



Él quería venganza...
Ella perderse en su fuego.

Mr. SAUNDERS

◀ PARTE I: DISEÑO OCULTO ▶

MORUENA ESTRÍNGANA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2024

www.grupoedicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, diciembre 2024

© 2024 Moruena Estríngana

© 2024 Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Mercedes Pacheco

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Nota de la autora:](#)

[DISEÑO OCULTO](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

Dedicado a mis lectoras, por estar siempre ahí en cada libro que creo. Hasta en los más ardientes.

Nota de la autora:

Esta novela es Romántica/Erótica. Contiene escenas de sexo explícito. El protagonista masculino puede tener comportamientos tóxicos.

No contiene drama sobre enfermedades graves, ni muertes dramáticas.

Es una novela ardiente que te hará gozar.

¿Estás preparado? Que empiece la venganza.

DISEÑO OCULTO

Prólogo

Wesly

—¡Nos ha jodido, pero bien! —Miro a mi mejor amigo, Luben, al que le sangra la nariz. También tiene la ceja partida y ambos tenemos feas heridas en los costados, que no queremos ni mirar.

Estamos perdidos en la nada. Sin forma de volver a casa. Sabemos quién nos ha hecho esto. Lo tenemos muy claro y mientras ando, sin querer perder la conciencia, noto cómo algo cambia en mí para siempre.

—Nos vamos a vengar de ellos —juro, mirando la noche estrellada—. No sé cuándo, pero un día Jeb, el puto cabecilla de todo esto, se va a arrepentir de haberse metido con nosotros.

—Cuenta conmigo.

—Vamos a triunfar en la vida...

—Tú, tal vez, porque yo soy solo un puto desgraciado, que no sabe sacar más de un cinco...

—Pero eres mi mejor amigo y donde yo vaya, tú irás. —Le tiendo la mano y me la estrecha—. Eres como mi hermano. En todos mis logros, tú estarás ahí.

Luben me mira esperanzado, y noto también el cambio en él. Todo lo que ha pasado para llegar a este punto nos ha marcado.

Tengo una meta, un propósito. El odio corre por mis venas. Un día miraré a Jeb a los ojos y sabrá que nunca tendrá ni la mitad de poder que yo. Pienso llegar tan lejos como siempre he soñado. Pienso vengarme de ese cabrón. No sabe con quién se ha metido.

Me ha subestimado. Ha subestimado a la bestia que siempre he llevado dentro. La ha despertado.

Mi venganza será mi única meta en la vida.

Capítulo 1

Años más tarde, en Seattle.

Renata

Selena y yo entramos a nuestro nuevo apartamento, cerca del centro de Seattle. Acabamos las prácticas universitarias y a ella le hicieron una oferta para trabajar aquí, en una multinacional, como secretaria de uno de los directivos. Aceptó y yo me vine con ella, decidida a encontrar trabajo como diseñadora de interiores.

Necesitaba un cambio,irme lejos de San Francisco, y no solo por la ruptura con mi exnovio, porque lo nuestro nunca fue algo especial, tristemente. Siempre fue un quiero y no puedo, o una historia que me hacía sentir que era parte de algo. El amor y el deseo deben ser algo más que conformarse.

Por eso, y por otras cosas que he decidido dejar atrás, me fui tras mi amiga, con la esperanza de poder vivir por primera vez mi vida. No quiero pensar en lo que dejo atrás.

El miedo me cierra la boca del estómago, y hago el esfuerzo por olvidarme de mi pasado, porque necesito empezar de cero. Necesito algo tan sencillo como ser feliz.

Selena se iba y yo tenía mi oportunidad de empezar de cero. De alejarme de todo, y ser quien yo quiera ser. Estoy lista para comerme el mundo.

—Es pequeño, pero acogedor —dice y miro el espacio. Tiene dos habitaciones, una para cada una, un aseo y la cocina la comparte con el salón.

—Es precioso.

Entro al que será mi dormitorio. Habíamos elegido cada una el nuestro por las fotos que se habían publicado en internet. Me tiro a la cama y miro el techo, que está un poco amarillo.

«Mierda..., el anterior inquilino debía fumar y mucho. El sitio necesita un cambio. Un nuevo diseño».

Saco mi libreta de diseños y me pongo a dibujar.

Era pequeña cuando supe que esta iba a ser mi profesión.

Mis padres tienen una empresa de antigüedades. Compran muebles de segunda mano y les dan un cambio. Los pintan, los decoran y los venden. Mi madre es muy buena imaginando cómo quedarían. Van a comprar de vez en cuando trasteros, que se venden en subastas.

Yo siempre me lo tomaba como la búsqueda del tesoro. A veces se encontraban verdaderas joyas ahí dentro.

Mientras mi madre diseñaba, mi padre vendía y yo imaginaba cómo podrían encajar en las diferentes salas, según el estilo. A veces diseñaba una sala en torno a los muebles. Siempre me ha encantado el diseño. Crear un hogar, a partir de la personalidad de la gente.

Donde hice las prácticas me ofrecieron quedarme, pero era una empresa pequeña, y en mi barrio de toda la vida. Quedarme allí estaba descartado, porque sentía que me faltaba el aire en mi antigua ciudad. Por eso, les di las gracias y seguí a Selenia, con lo poco que había ahorrado y con la firme decisión de encontrar trabajo como fuera.

No me voy a rendir. Se acabó lo de conformarse en la vida. Pienso poner Seattle a mis pies.

Pienso ser libre, al fin.



Tras quince días buscando trabajo, estoy desanimada. Mis buenas notas no sirven de nada sin referencias. Ahora estoy mirando en el ordenador nuevas empresas donde dejar mi currículum. Nadie me ha dado una sola oportunidad.

Selenia llega de trabajar y se da una ducha, antes de venir y sentarse a mi lado.

—Empresa de diseño de interiores —lee—. No, mejor busca empresas importantes. Muchas de ellas contratan personas para el diseño de sus oficinas o para cuando hay un evento.

Me quita el ordenador y se pone a buscar. Al poco, presiona una foto.

—Joder, este hombre está muy bueno.

Miro la fotografía y la verdad es que es muy sexi. Aunque su mirada es de esas, de tócame y te mato. Sus ojos son de un verde azulado y el pelo lo tiene negro como la noche. Mira a la cámara como si quisiera matar a la persona que está tras esta. Tiene un aura de poder alrededor. Siento que lo he visto antes, pero no ubico dónde. Esos ojos...

Miro el nombre y me quedo de piedra.

—Es él —digo sin apartar mi mirada.

—Él..., ¿quién?

—Un amigo de Jeb, del instituto. El único que fue amable conmigo el último verano que fui a casa.

—Pues este tío tiene poco de amable.

—Ya, pero antes no era así.

—¿Y dices que era amigo de tu hermano?

—Sí, en el instituto.

—Pues mañana vas y pides que te conceda una entrevista, que eres la hermana de un amigo suyo.

—No quiero usar a Jeb ni para esto, ni para nada.

—No se va a enterar. Seguro que ya ni se hablan. Jeb solo tiene tiempo para él mismo y para su horrible mujer. Dudo que fueran amigos. Conoces a los amigos de Jeb. —Me recorre un escalofrío—. Y a este no lo he visto. Lo recordaría.

—Es cierto.

—O si no estás segura, déjalo como última opción.

—Sí, mejor, porque si fue amigo de Jeb...

—Si fue amigo de Jeb y ya no, quizás sea por una buena razón. Solo usas el que lo conociera para que no te cierren la puerta en las narices. La curiosidad hará que al menos quiera saludarte.

No lo tengo claro. Esto podría salir muy mal para mis planes.

Miro la foto una última vez. Es raro ver a quien fue tu primer amor, esa persona que despertó en ti mariposas, convertido en otra persona que, al mirarla, no reconoces. Wesly siempre fue muy guapo; para mí lo era, al menos. Aunque me sacaba seis años y solo era una cría para él.

Pero ahora es atractivo y sexi a rabiar. Y peligroso.

Al mirarlo siento que lo es. Hay algo muy oscuro en sus ojos. Algo perturbador.

Yo iba los veranos a casa de mi hermano. Mi padre tuvo a Jeb, antes de casarse con mi madre.

Su antigua pareja lo dejó, poco antes de tener al bebé, y se casó con un hombre con mucho dinero, que dio su nombre al pequeño, como si fuera suyo. A pesar de eso, mi padre luchó por ver a su hijo, y, con los años, lo consiguió.

Cuando nací yo, la madre de Jeb ofreció a mis padres que pasara algunos veranos en la piscina, con una niñera especializada.

Fui obligada por mi padre.

Para mí, era un horror estar allí, y todo cambió ese verano cuando cumplí doce años. Wesly fue el único amable en este tiempo. El único que evitó que mi verano fuera más horrible. Él nunca me miró con interés.

En ese entonces, seis años eran mucha diferencia, pero me daba igual la edad. Solo veía al chico más guapo que me traía dulces, para que abandonara mi cara triste.

—Tengo una hermana de tu edad —me dijo un día—. Me recuerdas a ella.

Por cómo lo comentó, se notó que la quería, y que a mí me veía como una niña pequeña. Sobre todo, cuando me revolvía el pelo y se marchaba para no ser descubierto.

No lo volví a ver tras ese verano.

Nuestros caminos no se juntaron, pero lo que sentía al tenerlo cerca, no lo he experimentado en años por nadie.

Es mejor dejarlo como última opción.

Capítulo 2

Wesly

Entro a mi despacho tras una intensa reunión. Quiero llevar mis empresas fuera de los Estados Unidos, pero no lo estamos teniendo fácil para hacer alianzas con los japoneses, y mi secretaria es una incompetente.

Entra tras de mí, y es ponerse a llorar cuando la miro.

—Estás despedida.

—¡Dame otra oportunidad! Lo haré mejor...

—Te he dado muchas, y ya no te paso ninguna más. Recoge tus cosas y vete.

—¡Tengo una hija! ¡No me da la vida!

—¿Te cuento yo a ti mis putos problemas? —Le he dado muchas más oportunidades que a otras, que he despedido por menos, pero sabía que es madre soltera, con una hija, y quise no ser tan capullo. Al final, no puedo con esta situación, y por su culpa hemos perdido una alianza muy importante—. Fuera de mi despacho ahora mismo.

Se marcha llorando, pero hace tiempo que las lágrimas dejaron de ablandar mi corazón.

—Mucho te ha durado —dice mi mejor amigo, Luben, y socio, con el 40 % de la empresa. Yo tengo el sesenta, porque, al fin y al cabo, todo lo hago yo.

—Ha jodido toda la reunión... Damos una imagen de incompetencia.

—Lo sé. Estaba ahí. Quizás, la mía pueda ayudarnos a los dos, hasta que encuentres a alguien.

—Sí. —Suenan el interfono con una llamada de la recepción—. No me pases llamadas.

—Lo siento, señor Saunders, pero hay una mujer muy insistente que quiere que le llame. Dice que es hermana de un antiguo amigo suyo del instituto.

—Mi único amigo trabaja conmigo, que se largue.

—¡Soy hermana de Jeb Adams!

Miro a Luben. Ambos odiamos ese nombre más que a nada.

Abro el portátil y busco las imágenes de las cámaras de seguridad de la recepción. Enseguida veo a una joven de pelo castaño, esperando que responda.

Recuerdo que Jeb tenía una hermana por parte de padre, pero en mi mente era una niña de grandes ojos violetas y mejillas llenas de pecas, que me recordaba mucho a Chiara, a mi hermana.

La mujer que hay ante la cámara poco tiene de niña. Es una mujer, y jodidamente hermosa.

—Señor, ¿qué le digo?

—Solo quiero una entrevista. Soy muy buena como diseñadora..., o de lo que sea. Solo quiero una oportunidad.

Parece desesperada.

Miro a Luben.

—Dile que deje el currículum en recursos humanos y que le hagan una entrevista, para ver si podemos encontrarle algo.

Se lo dice y Renata, que así es como recuerdo que se llamaba, da pequeños saltos, hasta que se controla. Sus ojos se llenan de ilusión y se muerde la boca para contenerse. Una boca llena, jugosa...

Cuelgo y miro a Luben.

—Llevamos años queriendo vengarnos de Jeb y al fin tenemos una oportunidad. —Luben sonrío—. Los dos sabemos lo mucho que le importaba su hermana. Lo mucho que la quería.

Jeb nos amenazaba con que ni la miráramos, ni nos acercáramos a ella, cuando íbamos a casa a la piscina, pero yo la miré. La vi llorar, y era como si viera a mi hermana triste. Busqué un dulce y se lo llevé. Era joven, pero ya apuntaba maneras de lo preciosa que sería un día.

Nunca la miré de forma interesada porque, para mí, era muy pequeña.

Al menos, hace años.

Cuando la veía, le daba algo para que dejara esa tristeza de sus ojos. Pensaba que, si hubiera sido mi hermana, me habría gustado que alguien se tomara la molestia de que no estuviera triste.

No volví a verla tras ese verano, ni a pensar en ella. Tenía cosas más importantes en las que centrarme. Pero hay algo que recuerdo

de ese verano, y es que Jeb sentía adoración por su hermanita pequeña.

Seguro que con los años esto no ha cambiado. Tengo un plan... para que ese cabrón pague.

—¿Qué piensas hacer? Conozco esa mirada.

—Seducirla, y joderla para el resto de las relaciones que tenga. Tras haber acabado con ella, poco quedará de esa inocencia que tiene en los ojos. Entonces, Jeb sabrá que yo jodí con su hermana de todas las formas posibles.

—Buen plan. Ese cabrón va a saber lo que es la venganza.

Luben se marcha y busco en las pantallas de seguridad la sala de recursos humanos.

Renata no tarda en llegar y la hacen pasar para una entrevista. Activo el micrófono.

—Aparte de diseñadora de interiores, ¿qué más sabes hacer?

—He trabajado muchos años en la empresa de mi padre. Le llevaba las llamadas, respondía sus correos... Puede decirse que le hacía de secretaria, porque mi padre es un poco desastre con los negocios y mi madre... Bueno, ella vive perdida en su mundo y a veces se olvida de que necesitamos dinero para vivir. —Sonríe tímida—. Soy muy buena en lo que hago. Nunca me rindo y nunca me acobardo ante un reto. Solo quiero una oportunidad. Además, como puedes ver, fui la mejor en mi promoción. Tuve las mejores notas de mi carrera. Sé que puedo conseguir todo lo que me proponga.

¿Es posible que el destino me haya puesto la venganza en bandeja? Tal vez, y no pienso desaprovechar esta oportunidad. Llevo años esperando la forma de joder a Jeb Adams, y ser mucho más rico que él. Joder a su hermana me dará la satisfacción suficiente, y en más de un sentido, y podré enterrar el pasado para siempre.

Olvidar que un día conocí a Jeb Adams.

Aunque esto tal vez solo lo consiga cuando logre hacerle pagar por todo.

Pero es un nuevo comienzo. Tal vez sea el principio de algo más grande para mi sed de venganza.

Quizás, Renata sea el talón de Aquiles de Jeb y, gracias a ella, al fin pueda destruirlo.

Capítulo 3

Renata

Llegué a mi casa algo desanimada tras la entrevista. Al entrevistador se le notaba que no tenía interés en hacérmela, aunque me pareció un buen hombre. Las preguntas eran las típicas.

Al acabar, me dijo que ya me llamarían y sonrió como si me dijera que lo sentía.

Me fui a tomar un café, cerca del centro, donde están los rascacielos, y esperé para ver si me llamaban, pero nada. Lo peor, es que no sé qué más hacer para conseguir trabajo.

Vi en la cafetería que necesitaban gente y dejé el currículum porque, si no encuentro algo de lo mío, ya me tiene que valer cualquier cosa, para seguir viviendo aquí, y no regresar a casa de mis padres. No pienso volver por nada del mundo, aunque tenga que trabajar donde nadie quiere. Volver, queda descartado.

De nuevo, los recuerdos quieren salir de la caja donde los he metido.

No lo hago.

Hace años aprendí a guardar en ella todo lo que me perturba. Sé que no es sano y que un día la caja explotará, por lo que me tocará enfrentarme a todo, pero, hasta que llegue ese día, prefiero hacer como que nada de eso me pasó a mí.

Saco mi ordenador y busco trabajo de cualquier otra cosa.

Mando varios currículums y paso el día esperando alguna llamada.

Selena llega al caer la noche. Estoy en el sofá, con una tarrina de triple chocolate, en noviembre, con el frío que hace.

—Joder, la cosa no pinta bien —comenta, al verme comer con una cuchara enorme.

—Sí... he acabado echando el currículum para elfo de Navidad. — Se ríe con solo imaginarme así vestida, la muy cabrona—. Estaría muy sexi.

—Sí, sobre todo eso. —Se vuelve a reír—. Vale, me voy a cambiar y hago algo para cenar, mejor que atiborrarte con azúcar. O mejor,

como es viernes, nos vestimos en plan zorrón y nos vamos de fiesta.

—No tengo ganas.

—No te he preguntado. Nos vamos, y punto. Me han dicho de un *pub* con muy buena música.

Mi amiga me arrastra hasta su cuarto y saca su ropa más sexi. Le encanta la moda. Gasta un dineral en ropa cada mes, porque nunca tiene que ponerse. Yo soy más práctica; aunque tengo algunos vestidos, que me gustan cómo me quedan, por lo general soy más de vaqueros para todo.

—No me puedo creer que no te guste nada. —Cojo una camisa así transparente y me marchó—. Tienes que empezar a olvidar a la chica que eras; a esa que siempre estudiaba y no salía por miedo...

—Se calla, y menos mal que lo hace—. Aquí eres libre. Ponte unos buenos tacones y cómete el mundo.

Coge unas botas de tacón y me las tiende. Tenemos el mismo número.

Los miro y sé que esto es algo que no haría en San Francisco..., pero aquí soy libre.

«Él no está...». Aparto este pensamiento de mi mente.

Busco una falda negra y me pongo la camisa negra, semitransparente, sobre un sujetador negro. Tras calzarme las botas, salgo, y al ver Selena, que casi no llevo maquillaje, me pone más ahumado en los ojos. Los labios los deja. Me encanta mi pintalabios de color rojo intenso. Es fijo y siempre que me lo pongo, me siento poderosa, aunque, desde que lo compré, solo lo he usado en casa. Con mi exnovio, las citas eran siempre en versión infantil, para mi desgracia.

Salimos tras coger el abrigo.

Vamos primero a cenar algo y al *pub* llegamos casi a las doce de la noche. La verdad es que el ambiente es bueno y tiene música en directo.

Miro mi alrededor, como si alguien me observara.

—No hay nadie. —Selena me aprieta las manos—. Eres jodidamente libre para hacer lo que quieras. Al fin.

Asiento e intento no tener miedo. Meto todo en mi caja, como si esto no fuera parte de mi vida.

«Un día lo pagarás caro...», me dice la voz de la razón, pero la ignoro. Es la única forma que encontré para seguir adelante, tras lo que me pasó.

Pedimos unas bebidas y vamos hasta una mesa, alejadas de la música.

—Así les damos más intimidad a los buenorros, para que se nos insinúen. —Mi amiga se alza las tetas al quitarse el abrigo. Lleva un corsé precioso—. Lo que necesitas es un buen polvo. De esos que te hagan olvidarte hasta de tu nombre.

—De momento, me conformo con ser feliz.

—Te puedo asegurar que, con un pollón entre mis piernas, yo soy muy feliz. —Se ríe por su gracia.

Selena también lo dejó con su novio de toda la vida, poco antes de venir, y decidió darse varias alegrías para el cuerpo, sin plantearse nada serio con nadie.

Yo no sufrí, cuando dejé a mi ex, y eso es una clara señal de que nunca fue nada. Solo fue alguien que estaba ahí, sin más. Aun así, cuando me inquieta, me da más por comer.

A unas les da por follar y a otras por engordar.

Mi amiga me abraza y tomamos nuestra bebida, mientras vemos cómo tocan en directo. Hago un barrido por la sala y siento que alguien me observa. Busco quién puede ser, y me quedo de piedra al ver a Wesly al fondo, mirándome fijamente. Lo hace de una forma que me pone los pelos de punta.

Su mirada es oscura, ardiente, y tiene algo más que no sé identificar. En persona es mucho más intimidante. Más sexi e intrigante. Por cómo me mira, no sé si sabe quién soy o si solo lo hace por curiosidad.

—¿A quién miras?

—A Wesly Saunders. Intenta disimular. Está al fondo.

Mi amiga no disimula nada.

—Joder, está potente. Casi es mejor que no trabajes para él, porque a ver cómo puedes evitar mirarlo con la cara de fóllame donde quieras.

—Yo no lo miraría así.

—Ah..., es cierto, que la pava odia el sexo.

—No lo odio. Es solo que no...

—Que no lo practicas. No sabes lo que te pierdes, y ya te digo yo que el sexo te haría olvidarte de todo. —Por cómo me mira, está dejando claro justo lo que debo olvidar. Aparto la mirada, porque no quiero pensar en eso—. Ese momento, cuando alguien te besa y te importa bien poco que el mundo se vaya a la mierda, mientras esperas que te posea con fuerza... Es una puta pasada.

Mi ex me comió la cabeza con el sexo. No ayudaba, que yo me centrara más en estudiar y en sacarme la carrera, que en nada más, pero sé que, si me hubiera seducido, habría salido de mi zona de confort.

Edey estaba aterrado ante la idea de ser padre antes de los treinta. Su madre lo tuvo cuando tenía quince años, tras su primera relación sexual, y Edey ha visto cómo malvivían desde pequeño porque su madre no podía hacerse cargo de todo. Quería tener sexo, cuando pudiera tener un trabajo o una estabilidad económica.

Cada vez que trataba de hacer algo más, me paraba los pies, y al final los besos se convirtieron en algo aburrido, y ni eso.

Lo debí dejar hace tiempo, lo sé, pero me centré en los estudios, hasta ser la mejor de mi clase. Luego, en las prácticas, quise ser la mejor en todo... Cuando me di cuenta, llevaba con él cuatro años y nos tratábamos como amigos.

Veinticuatro años y sin saber lo que es tener un encuentro sexual de los que te hacen olvidarte del mundo. Se me da mejor estudiar que practicar el sexo. Qué narices le voy a hacer, si a esta edad prefiero más un buen libro, que un buenorro entre mis piernas.

Ojalá la vida fuera tan fácil, como sueñas.

—Para mí eres virgen, y lo sabes. Hasta que no folles de verdad..., eres mi amiga, la virgen.

—Ojalá lo fuera. —Noto dolor en el pecho y Selena me tiende la bebida.

Bebo y olvido. Es lo mejor.



Selena coge su copa y se empieza a ir.

«¿Dónde va?».

Cuando la veo a medio camino de Wesley, la quiero matar. Me hace señas para que la siga, pero no me muevo del sitio. Todo lo que a mí me cuesta la vida, a ella no le cuesta nada.

Se acerca y se presenta a Wesley y a su amigo.

Luego, me señala.

Wesley no parece feliz con la intromisión. De hecho, parece enfadado.

Selena me hace señas de nuevo, para que vaya.

No me muevo del sitio. No puedo. Todo esto me parece demasiado. Quiero que me den una oportunidad, pero no me gusta acosar a nadie de esta forma.

Recojo mis cosas y me marchó hacia la salida. No puedo hacer esto. Es ridículo.

—Señorita Hill... —me llama el portero de la puerta—. la buscan dentro.

—¿Cómo?

Señala su pinganillo.

—No la puedo dejar salir. Órdenes del jefe.

—¿Del jefe?

Hace señas para que regrese y hago lo que me pide.

Veó a Wesley acercarse a mí. Se está abrochando el botón de la chaqueta y, conforme se acerca, siento que es mucho más alto e impresionante de lo que esperaba.

—Sígueme, señorita Hill —me dice y va hacia un pasillo.

¿Por qué lo sigo? Es algo que no entiendo. Nada de esto tiene sentido, y todo por la entrometida de Selena.

Lo sigo hasta un despacho oscuro. Cierra la puerta y me quedo a solas con él.

Va tras la mesa y me mira como si me quisiera cortar en pedazos.

—Odio que me hablen de trabajo en mi tiempo libre.

—Pensé que era dueño de una empresa tecnológica, y no de un *pub*.

—Compro otros negocios por aburrimiento.

—Entiendo.

—No, no lo entiende. —Se echa hacia delante—. ¿Hasta dónde está de desesperada para que le dé un trabajo?

—Solo quiero una oportunidad.

—¿Hasta dónde llegaría por esa oportunidad?

—Haría cualquier cosa.

—Cualquier cosa —por cómo lo dice, siento que se me ponen de punta los vellos de la nuca—. Hacer cualquier cosa, por un puesto de trabajo, me parece lamentable.

—Tal vez porque no ha tenido que empezar de cero para ganarse la vida.

—No se equivoque conmigo, señorita Hill. Yo no nací en una familia rica, ni me adoptó un hombre rico. —Habla de mi hermano.

—Yo tampoco.

—Todo lo que tengo me lo he ganado yo solo, y nadie me ha regalado nada. Ahora, usted espera que le regale un puesto de trabajo, solo por ser la hermana de alguien... No creo que merezca ser parte de mi empresa solo por lástima.

—¿Por lástima? Soy la mejor. Siempre he sacado las mejores notas, nunca me ha asustado el trabajo y nunca me han asustado los retos. Estar aquí es mi decisión y pienso hacer lo que sea por no marcharme de Seattle. Si lo ve como una debilidad, lo siento, pero no era mi intención. Solo aproveché mis cartas y las jugué lo mejor que supe. Siento haberlo molestado en su gran imperio de oscuridad, míster Saunders. —No sé por qué lo llamo así, pero, por su mirada, deduzco que no le gusta ni un pelo, y eso me alegra.

—¿Imperio de oscuridad? No lo sabes bien... —Me marchó hacia la puerta, percatándome de que me acaba de tutear—. La espero el lunes a primera hora en mi despacho. Va a ser mi secretaria. A ver si es cierto que es algo más que la hermana de alguien rico.

—Soy mucho más. Ahora yo decidiré si quiero o no trabajar para usted.

—Ha dicho que haría lo que fuera por una oportunidad. ¿Era mentira? —Nos miramos. La barrera que nos separa aumenta al utilizar la tercera persona, y me doy cuenta de la oscuridad que inunda sus ojos, junto a algo más.

Mi corazón late acelerado. ¿Dónde me estoy metiendo? Mi instinto

de supervivencia me grita que salga corriendo, que me aleje de este hombre, que ya nada queda de ese chico dulce que conocí. Nada.

—A primera hora estaré allí. Pienso demostrarle que soy la mejor.

—Perfecto, porque, si no lo es, haré que nadie la contrate.

—Acepto el reto, míster Saunders.

—Para usted, señor Saunders.

—Si me juego mi futuro, lo llamaré como me dé la gana. —Lo miro retadora y algo parece brillar en sus ojos.

—Hágalo, y la despido.

Nos observamos retadores y salgo del despacho sin decirle adiós.

Al hacerlo, siento que el aire regresa a mis pulmones. Estoy temblando. ¿Por qué me siento como si acabara de hacer un trato con el diablo? Tal vez, porque se le parece bastante, pero, aun así, no me he acobardado ni agachado la cabeza.

Ante él, el miedo no existía. Era como si fuera otra persona. Una más fuerte y segura. Me ha gustado la mujer que era ante sus ojos. Me ha gustado mucho.

Capítulo 4

Wesly

—Su amiga, con solo dos copas, ha soltado la lengua.

Tomo una copa en mi casa, mirando hacia el lago de Washington, mientras Luben está al otro lado de la línea de teléfono.

—¿Qué te ha contado?

No esperaba ver esta noche a Renata. Mi idea era llamarla en unos días, pero el destino parece tener otros planes, y está a favor de que le joda la vida.

Cuando la vi ahí, con esa camiseta semitransparente, observando el local, con esa inocencia en los ojos, supe que pensaba llamarla el lunes para joderla cuanto antes, pero su amiga se nos presentó, y Renata salió casi corriendo, agobiada.

Quise comprobar hasta dónde llegaría por un trabajo, y también saber si podría hacer el esfuerzo de follar con ella, solo para joder a su hermano... Joder, sí. Tenerla a mis órdenes en la cama, va a ser muy satisfactorio. No es una sumisa, pero tiene un punto. También es guerrera y fuerte. Muy fuerte. Lo que hará más placentero el triunfo. Me costó mucho no devorar su boca, con esos labios rojos tan sugerentes. La quiero arrodillada a mis pies.

Míster Saunders... Es una descarada.

Tiene un aire dulce e inocente, hasta que me miró, como si dentro de ella hubiera una fuerza que no sabe controlar. Todo esto no lo hace sino más interesante el proyecto.

Ella no tiene la culpa de ser la hermana de Jeb.

Esto me plantearía un dilema moral, si tuviera alma, pero gracias a su hermano, hace años que carezco de ella. Jeb mató el último resquicio de mi alma con ese accidente, y hoy en día lo que siento es solo venganza. Por lo de esa noche, y por lo que pasó antes de eso.

Él no tuvo reparos en joderme la vida, y yo tampoco los pienso tener cuando joda a Renata con fuerza.

Jeb se metió con la persona equivocada. Pienso destruirlo de una

forma u otra.

—Pues me ha contado que le ofrecieron quedarse en la empresa donde hizo las prácticas de diseño de interiores, pero lo rechazó, porque lo acababa de dejar con su novio, el virgen sumiso. Palabras textuales de la amiga. Según ella, quería vivir lejos de todo lo conocido, aunque siento que hay algo más, pero no ha soltado prenda.

—¿Es virgen?

—Al parecer, sí. El novio no quería sexo, por si la dejaba preñada, y le comía la cabeza. Renata es una empollona de cuidado, y pasaba tanto tiempo estudiando, que fue dejando pasar este tema, hasta que rompieron.

—Me importa una mierda que sea virgen. Voy a llegar hasta el final.

—Lo sé. Su amiga se me ha insinuado, pero no he seguido adelante, porque creo que es bueno para el plan dejarla con ganas de más. La llamaré para quedar un día.

—Bien. Si las tenemos a las dos cerca, será más fácil saber cómo va el plan.

—Sí, eso pensé. Vamos a joder a ese cabrón.

—Del todo.

Cuelgo y pienso en lo dulce que va a ser la venganza. Pienso disfrutar de ella y, cuando sea el momento, Jeb sabrá la verdad de todo, porque se la contaré en persona.

Si algo adoraba Jeb, por encima de todo, era a su hermana pequeña.

Ese último verano no nos dejó acercarnos a ella. Ni mirarla, pero yo sí hablé con Renata, cuando no había nadie. Estoy deseando verle la cara, cuando su hermana caiga rendida a los pies de quien más odia ahora mismo.

Jeb me odia tanto como yo a él, porque he conseguido éxito, a pesar de sus intentos por destruirme.

Capítulo 5

Renata

Selena y yo fuimos de compras para mi primera semana en el trabajo.

La verdad es que siento que me voy a arrepentir de todo esto. Es como si tuviera una corazonada. Con mi exnovio me pasó igual, ya que, cuando empecé con él, algo me avisaba de que corriera en dirección contraria. No hice caso, porque me gustaba tener algo más que mis estudios.

«Me gustaba desafiarle a él... No, no lo recuerdes».

Me preparo para ir a trabajar y, al llegar, como es temprano, voy a la cafetería del otro día.

Cuando tengo el café, me dirijo a mi trabajo. Entro y, al decir quién soy, me indican que vaya a la planta de recursos humanos. Al llegar, me tienden el contrato.

Lo leo y es bastante bueno, aunque estoy a prueba.

Me explican que el señor Saunders quiere que esté a su lado como secretaria, mientras encuentra a otra. Pero, en ese tiempo, aprenderé sobre su personalidad para los trabajos posteriores como diseñadora. Apuntan que en mi currículum dejé claro que, para entender qué tipo de vida es mejor dar a un sitio, se debe conocer el alma de las personas que van a vivir en él.

Lo leo varias veces, porque siento que algo no encaja en todo esto. Yo no soy secretaria, y no tengo experiencia, aunque sé que funciones realizar porque en la empresa de mi padre ejercía de ello, y así consta en mi currículum. Lo que no me encaja es que Saunders es uno de los hombres más influyentes y adinerados de Seattle, por lo que seguro que necesita a alguien con más trayectoria que yo. ¿Por qué esta oferta? ¿Solo es para conocerlo mejor?

Un reto. Eso es. Quiere ver hasta dónde llego por una oportunidad.

Firmo y una mujer me hace una ruta rápida por la empresa. Me enseña cada uno de los edificios que pertenecen a Tecnologías

Saunders.

Al acabar, me lleva hasta la planta de Wesly.

Al llegar, llaman a la puerta de su despacho, y este me da paso. Su voz es ronca y sensual. Me hace temblar, aunque sé que no debería.

—Nos vemos —me dice la mujer que me ha acompañado y se va.

Tomo aire, porque sé que no hay marcha atrás.

Entro y veo a Wesly con gesto cabreado, mirando una mesa llena de papeles.

Su mirada, verde azulada, se centra en mí. Parece que por ella está pasando una tormenta.

—Ordena todo esto y te espero a las dieciséis horas en la sala de reuniones, al fondo. Mi café lo quiero solo y espero que te hayas preparado para la reunión. Todo lo que necesitas saber, está aquí.

Coge su chaqueta y se la pone sobre la camisa blanca. No lo miro fijamente, pero, de reojo, veo cómo coge su móvil y lo guarda en el pantalón. Luego, se pone la americana, que le queda como un guante, y se marcha.

Expulso el aire y noto que mis manos tiemblan.

—Vale, tengo una oportunidad para demostrar a ese maleducado lo buena que soy —comento en voz alta, y miro la mesa que está llena de documentos.

Hay otra mesa para la secretaria.

Saco la agenda de la anterior persona que ocupaba mi puesto y compruebo que era muy desordenada. Sus notas no tienen sentido y nadie se puede aclarar así. Menudo reto. Mi padre también es un poco desastre, y por eso no me asusta todo esto. Mi padre no es mal hombre, o eso me digo a mí misma, porque es más fácil convencerme de ello, que explicar muchas cosas de él. El negocio va bien, porque antes de irme les hice pagar a un gestor que les llevara todo. Yo no podía hacerme cargo de los estudios, las prácticas y su empresa.

Empiezo echando un vistazo a todo y voy ordenando cosas, mientras leo los datos de la reunión. Tal vez, Wesly no sabe que tengo memoria fotográfica. ¡Sorpresa! No soy una inútil, y he estado este fin de semana estudiando todo lo que he encontrado de su

empresa por internet.

El despacho no me gusta cómo está diseñado. Me pone de los nervios el sofá, debajo de la ventana, y la mesa de la secretaria está colocada de forma que no puede trabajar bien. Es por eso por lo que, a la hora de la comida, en vez de almorzar me pongo a cambiar muebles. Con seguridad, lo enfade, pero me da igual, porque siento que solo estoy aquí de paso.

Cambio los cuadros de sitio y casi no llego a la reunión. Corro con mis apuntes y la agenda.

Al entrar a la sala, Wesly ya se encuentra en ella y me mira enfadado, cómo no.

Lo ignoro y saco las fotocopias para dejarlas en la mesa. Luego, dejo varias botellas de agua y, al acabar, tiendo a Wesly una lista de lo más importante para la reunión.

—¿Qué es esto?

—Los puntos más destacados a tratar. A los japoneses les importa mucho la familia, pero, sobre todo, a este hombre. Por su familia se ha trasladado a vivir a los Estados Unidos, y, si quieres que haga negocios contigo, mejor empieza hablando de sus hijos. Los adora.

Mira las notas y luego a mí. Primero a mis ojos y luego a mis labios rojos. Se me seca la boca ante su intensa mirada. Un jefe nunca debería mirar a una empleada así, y yo no debería reaccionar con este calor recorriendo mi cuerpo.

De nuevo, centra su mirada en mis ojos y no parece feliz.

—Ya lo sabía, y odio a las personas que van de listas conmigo.

—Es tu problema —le replico. Me mira y me quedo quieta—, míster Saunders. —El desafío brilla en sus ojos como fuego.

¿Qué estoy haciendo? Yo no soy así. Por norma general, siempre me oculto, pero, ante él, no puedo.

—No me repliques, y no tientes a tu suerte. Estás a prueba. — Tiene razón y dejo todo en la mesa, a su lado.

—Entiendo, señor. —Por su mirada pasa algo oscuro, lo que me indica que le gusta que claudique.

Aparto la mirada y me centro en las personas que van llegando.

Las saludo en su idioma natal.

Sonríen y les hago pasar.

Wesly no deja de mirarme. Lo siento en mi espalda y parece enfadado. No puedo dejar que me hunda solo por ser buena. No sería la primera vez, porque la gente no se lleva bien con las empollonas.

Mi hermano, el primero...

«No, no pienses en él».

Pero ya es tarde, porque mis recuerdos aparecen en mi mente a tropel.



—Mira la empollona. Como si eso te fuera a servir de algo. —Coge mi libro de japonés y lo tira al suelo. Solo tengo diez años, pero mi hermano, desde que nací, me ha hecho la vida imposible.

—Deja a Renata tranquila —le pide mi padre casi en un susurro.

—¡Tú no eres mi padre!

El dolor, que muestran los ojos de mi padre, es de los que no se olvidan.

Mi hermano odia a mi padre porque él no es rico. Es así de triste, y de cruel.

Al menos, esto fue antes de que fuera creciendo y cambiara, pero no siempre los cambios son para bien.



Alejo el pasado de mi mente.

Siempre he creído que el odio de mi hermano era malo, pero porque desconocía lo que vendría después.

Me centro en la reunión y pongo las diapositivas cuando toca. Las voy pasando, conforme Wesly va hablando. Es muy bueno en su trabajo. Directo y conciso, pero falto de alma.

Esto no saldrá bien, porque esta gente busca humanidad, y es algo que dudo que se encuentre en el dueño de esta empresa.

Al acabar, sé que la propuesta es muy buena, pero la frialdad será la que decline la balanza.

Así es, rechazan el trato y se marchan.

—Ha sido tu culpa.

Sus palabras me hacen mirarlo con frialdad.

—El primer error de un necio es no saber ver sus propios fallos.

—¿Acaso tú sí sabes qué se debería hacer?

—Por supuesto. Estas personas han triunfado por ser una empresa familiar. Buscan algo familiar, un equipo y no solo alguien que es bueno en lo que hace, pero que, a la vista está, no le importa nadie más que sí mismo.

—Te estás jugando que te despida.

Recojo mis cosas y me marcho de vuelta al despacho.

Me sigue de cerca y, cuando entramos, cierra la puerta, enfadado.

—¿Pero qué narices ha pasado aquí?! —Me mira y veo cómo le tiembla la ceja—. ¡Tú!

—¿Paso a recoger mi finiquito?

—¡Por supuesto! ¡No quiero volver a verte por aquí!

—Será un placer, míster Saunders —digo solo por joder.

Salgo del despacho, tras recoger mis cosas.

Voy a la planta de recursos humanos y me siento idiota por haber ido tan lejos. Solo tenía que no darlo todo el primer día, mantenerme al margen y hacer solo lo que me pidieran. Solo eso.

«—Tienes la costumbre de ir siempre por delante de la gente, hija, y eso no siempre gusta —mi padre me lo comentaba a menudo—. Deberías aprender más de tu hermano. Él sí sabe cómo meterse a la gente en el bolsillo».

Mi padre idolatra a mi hermano, como si nunca lo hubiera repudiado. Acepta las migajas que le da, sin importar nada más.

Llego al despacho y pido el finiquito.

Llaman al jefe, porque no tiene aviso de que me lo prepare.

—No, no está despedida. —Lo miro pensando que se equivoca—. Mañana, a primera hora, la esperan.

—Pero... ¿No tiene sentido?

—Yo solo soy un mensajero.

Salgo confundida, porque pensé que me había despedido, y ahora, al parecer, tengo otra oportunidad.

Mañana deberé aprender a hacer solo lo que me pidan.

Wesly

—La verdad es que está mucho mejor así. —Luben se sienta en el sofá.

—Es una puñetera entrometida y sabelotodo. Si no la he despedido, es solo por la venganza. Odio a la gente así.

—Porque te recuerda a ti, o a quien fuiste.

—Tú no sabes nada. Solo está aquí por la venganza; si no, ya estaría en la calle. La gente así, no me gusta.

Reviso todo lo que ha hecho, y compruebo que todo está ordenado y listo. El problema es que ha resaltado mis errores y no me gusta que nadie se atreva a decirme dónde fallo. Así era su hermano, y seguro que ella es como él. Seguro que usa los defectos de otros para destruirlos.

Pero esta vez, yo voy un paso por delante. Yo la destruiré a ella.

Capítulo 6

Renata

Decido no hacer más que lo que se me pide, aunque veo cosas mal y todo es un desastre, tal y como está ordenado. Aunque esta oficina está decorada con tan poco gusto que me altera los sentidos.

Me centro en mi trabajo y no en ir de listilla. Eso hace más fácil soportar a Wesly, que todo lo que tiene de atractivo, lo tiene de capullo integral. No sé cómo espera que diseñe su casa, si me parece un ser frío, sin corazón ni emociones. Un robot a su lado muestra más sentimientos.

El problema es que, a pesar de eso, cuando lo tengo cerca, noto que mi cuerpo reacciona a su presencia, y me altera. No en el mal sentido, porque su cercanía me calienta la sangre.

Ahora está hablando por teléfono en un idioma que desconozco y, cuando puede, me fulmina con la mirada, mientras yo respondo un *email*. Claro que yo, cada vez que eso ocurre, le sonrío como si me diera igual que me perdonara la vida a cada segundo.

Antes no era así. El verano que lo conocí era amable, y tenía un brillo especial en la mirada, que hasta parecía herido. Era como si alguien o algo en la vida lo hubiera hecho sufrir. Muchas veces estuve tentada de preguntarle si estaba bien, pero no éramos amigos. No podía dejar de mirarlo. Era hipnótico y destacaba entre los demás, cuando venía a casa de mi hermano.

Algo ha cambiado en él, para que ahora sea este ser sin emociones, que, por otra parte, no me importa.

Cuelga y me mira fijamente.

—¿Qué tienes para la decoración de mi casa? —Me levanto y le tiendo la libreta. La abre y me mira enfadado—. ¿Qué broma es esta?

—No tengo nada, porque no transmites nada. Eres un ser frío, sin corazón.

—Te estás jugando el puesto...

—¿Has encontrado a alguien de secretaria? —Se queda callado—.

Pues eso, me necesitas más a mí que yo a ti. —Su mirada se hace más fría y se levanta.

Viene hacia mí.

Cuando lo tengo cerca, debo alzar la cabeza para seguir mirándolo a los ojos.

No me toca, pero estamos tan cerca, que me llega su perfume, mezclado con la espuma de afeitar.

Alza una mano y la pone bajo mi barbilla. Su contacto me quema. Me hace arder.

—No sabes cómo me va a gustar tener a mis pies a esta descarada.

Alzo una ceja y noto cómo mi cuerpo da una sacudida.

—En tus mejores sueños. Yo no me arrodillo ante nadie. —Me parece ver una sonrisa en sus ojos.

—Vamos, te vienes a mi casa.

—¿Cómo que me voy a tu casa?

—A ver si así, esa libreta tiene más vida.

Se aparta y noto que el frío se posa en mi cuerpo.

Voy a la mesa a por mis cosas y lo sigo fuera. Se le acercan varias personas para pedirle algo y Wesly las despacha a todas.

Vamos hasta el ascensor y bajamos a su coche. Un automóvil negro de alta gama.

Entro y me pongo el cinturón.

La verdad es que tengo curiosidad por ver cómo es su casa.

—A tu edificio de oficinas le hace falta un buen cambio de diseño.

—Me gasté una pasta hace dos años en su decoración, por lo que olvídate de ello.

—Muy bien, aunque la imagen que proyectas habla de cómo eres tú como empresario. —Juego con mi carpeta, pero no dice nada más.

—Si eso me importara, sería como una monja de caridad. Por si no te has dado cuenta, me la suda bastante lo que piense la gente de mí.

—Como para no verlo. Tú aceleras la era de la glaciación con tu frío corazón.

—Te prefiero callada.

—Cómo no, a veces me olvido de que se me ha contratado para no mostrar mis altas capacidades, y ser una sumisa y estúpida integral. Te pido disculpas.

—Con esa actitud no vas a durar nada en esta empresa, ni en ninguna otra.

—Alguien habrá que sepa apreciar mi talento.

—Ya lo vi cuando me suplicaste por el puesto.

—Capullo... Oh, perdón, tal vez al jefe no se le puede elogiar.

No dice nada, pero lo veo sonreír de medio lado.

Mi razón no para de decirme que me calle, que pare, pero no puedo. Hay algo liberador en llevarle la contraria. Algo adictivo, que nunca he tenido el lujo de probar. Me gusta la mujer que soy, cuando me mira, y no agacho la cabeza. Es como si fuera una mujer valiente y no una llena de miedo, una que ha escondido su pasado en una caja...

Vamos hasta las mansiones que hay cerca del lago Washington.

Pulsa el botón de un mando y se abren las rejas de una casa con un estilo moderno.

Entramos y dejamos atrás un bonito jardín, antes de detener el coche cerca de la puerta principal.

Baja y espera que yo haga lo mismo.

Salgo y lo sigo dentro de la casa. Abre, tras poner el código de seguridad.

Nada más entrar, se escucha el eco de nuestros pasos y no se ve nada. Nada de nada.

No hay muebles. Solo habitaciones sin vida.

Vamos hasta el salón, desde donde tiene unas vistas increíbles al lago.

Todo lo que se me ocurre para este lugar, no encaja con alguien tan frío. Vamos a su despacho, donde sí hay muebles, pero todo está con muy poco gusto.

—Tu casa me está dañando los ojos. —Sonríe y va hasta el ordenador.

Imprime algo y me lo tiende.

—Un contrato de confidencialidad. No quiero que nada de lo que hagas o veas en mi casa salga de aquí.

Echo la mano para cogerlo, con la mala suerte de que lo toco. Su contacto me quema y noto que mi piel vibra.

Aparto la mano con el contrato y lo leo.

Cojo un bolígrafo para firmarlo.

Lo guarda y salimos del despacho.

Deja la chaqueta y se va arremangando la camisa hasta los antebrazos, conforme pasamos de un cuarto a otro.

Mi mirada va más a sus brazos que a la casa. Son fuertes y tocados por el sol. Cuando se quita la corbata y se desabrocha varios botones, mi cuerpo entra en combustión espontánea. No recuerdo la última vez en que mi cuerpo tuvo vida propia al mirar a un hombre; que sintió este deseo al mirarlo. O tal vez sí. Con él. Pero antes lo miraba de forma inocente, y ahora no hay nada inocente en el calor que siento entre mis piernas.

«¡¡Odio desear así a este ser vil y horrible!!».

—¿Me estás escuchando?

—La verdad es que no.

Alza una oscura ceja y abre una habitación.

La miro y, aunque es bonita, no me dice nada. Además, está muy cerca de la cocina y yo tiraría la pared para hacerla más grande.

Vamos hasta esta y los muebles son nuevos y fríos.

Subimos al cuarto de arriba y su dormitorio está amueblado, pero todo está muy frío. Su vestidor muestra los perfectos trajes que posee, que todos son de diseño. Hay una zona para sus gemelos y corbatas.

—¿No tomas notas?

—No me hace falta —indico cuando salimos.

Vamos hasta la planta de más arriba y me fijo en que tiene un ascensor directo.

—¿Y esto?

—Para los invitados, cuando este lugar esté acabado. —Miro la sala, e imagino una sala de reuniones o algo por estilo.

—Bien, así no tienen que pasar por el resto de la casa.

—Este es el lugar donde más prisa tengo para que acabes.

—¿Más que el salón, para sentarte en un cómodo sofá?

—Paso más tiempo trabajando, que ganduleando. Deberías

probarlo, porque así no acabarás trabajando para jefes como yo.

—Paso. Mis tardes de domingo de películas, manta y chocolate no las cambio por nada. Y dime, ¿qué tienes pensado para este espacio? —Abro la libreta para tomar notas.

Estoy preparada para cualquier cosa que salga de su boca, menos para lo que dice:

—Quiero un cuarto sexual. Con juguetes de todo tipo.

Literal. Se me cae la libreta de las manos. Pero ¿qué narices acaba de decir?

Capítulo 7

Wesly

La he dejado sin palabras, y es algo raro en ella, que veo cómo se muere la lengua casi a cada segundo para no replicarme.

La verdad es que es muy eficiente y sé que podría dar mucho más, pero no la he contratado para que sea la mejor. Solo lo he hecho para jugar con ella. ¿De qué sirve que haga el doble de trabajo, cuando la acabaré por despedir cuando esto acabe?

Recoge su libreta y me mira como si tratara de asimilar mis palabras.

Se sonroja, y la rojez le baja al cuello. Seguro que sus pechos están ahora mismo sonrojados. No voy a mentir, sé que voy a disfrutar mucho con esta venganza.

Renata tiene algo que me excita, y no sé qué es.

Por norma general, para mí el sexo solo es eso: un intercambio de placer momentáneo sin ataduras. No es que no me gusten las relaciones, sino que nunca me he sentido intrigado por alguien, más allá de lo que dura el placer.

Siempre pierdo el interés.

Tal vez, porque nunca soy yo mismo con las mujeres con las que me acuesto. Les escondo una parte de mí, que no saco por miedo a espantarlas. Nunca he confiado en alguien capaz de entender mis juegos.

Y Renata tampoco lo será. Ella solo es una pieza de un juego para una venganza mayor.

Tendré que hacer el esfuerzo de forzarme si, tras el primer acercamiento, he perdido las ganas de seguir, porque esta mujer acabará en mi cama. Puedo jurarlo.

—Un cuarto de juguetes sexuales.

—Puedes informarte sobre el tema, si no tienes mucha idea.

—Sé lo que es un cuarto de juegos sexuales. Es solo que no lo esperaba. Supongo que lo quieres tipo sado, dominio del infierno. Te pega, míster Saunders —me reta, como si deseara probarme.

—No me gusta el sado, pero me agrada que me obedezcan en la cama y atarlas.

La imagino atada a mi cama, abierta para mí, y se me pone dura.

Joder..., me pone mucho atar a la gente, pero nunca lo he hecho. Por miedo, por falta de confianza, por falta de interés tras un encuentro sexual... No lo sé. Son todos deseos ocultos. No tenía pensado usar esta habitación para eso, pero es ver su cara de asombro, y sé que ha merecido la pena.

Ella no se calla lo que piensa y, al parecer, yo tampoco. Es muy peligrosa.

—Cómo no. No lo había imaginado. —Su forma de replicarme me pone de los nervios y, a la vez, la encuentro refrescante—. Entonces, cuarto de juegos para tus invitados a la orgía del mal.

Renata es patética, pero hay algo adorable en todo eso.

Es la típica mujer de la que huiría nada más conocerla, porque, aunque hay fuego en sus ojos, se nota que es dulce y cariñosa. Se nota dolor en sus ojos y tormento, y no me acerco a las personas que tienen más mierda que yo. Cada uno que cargue con su mochila.

Sobre todo, por su sonrisa. Una sonrisa que hace que la luz parezca brillar más.

No, ella no es el tipo de mujer que buscaría para follar, pero aquí estamos.

—Quiero que empieces a trabajar en mi casa por las tardes. Te pagaré un sobresueldo.

—¿Y cuándo se supone que tengo tiempo para mi vida?

—No es mi problema. ¿Lo aceptas o no? Esto es lo que querías: diseñar interiores. Ahora puedes hacerlo. ¿Cuento con ello?

—Claro, porque tener vida social está sobrevalorado.

—¿A cuántas fiestas has ido desde que llegaste a la ciudad?

—Bueno... a una. En la que me viste. —La miro, pensando que es una aburrida—. Pero incluyo, en mi vida social, tarde de películas, libro y manta.

—Sola.

—Tu casa no es la de la alegría, por lo que me atrevo a pensar que, cuando estás en ella, también lo haces solo.

—De ti depende que aceptes. No pienso obligarte a nada.

«A nada que no te haga desear con todas tus fuerzas».

—Sabes que voy a aceptar. Me pone el reto de hacer de este lugar frío un hogar.

—¿Te pone?

Se sonroja y mucho. Muerde su boca generosa y gruesa. Ese pintalabios rojo debería estar prohibido, porque le hace una boca besable y jugosa.

«Joder..., no dejo de imaginarla lamiendo mi polla...».

—Olvida eso que dije.

—No pienso hacerlo. Me gusta cómo tu disparatada boca te pone en evidencia con tanta frecuencia.

—Es lo que tiene no saber callarse. —Abre la libreta y toma unas notas—. Vale, lo tengo todo apuntado. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora. Yo voy a trabajar en mi despacho, y puedes darte una vuelta por la casa. Te dejaré una tableta para que puedas mirar cosas por internet.

—Vale.

Bajamos a mi despacho, y veo que deja en el perchero su chaqueta, al lado de la mía.

Le doy la tableta y se marcha para trabajar.

Dudo que consiga hacer algo que me guste, pero que juegue a creer que sí. Ese cuarto iba a ser otra cosa, pero ahora será algo diferente, para comprobar hasta dónde puede llegar Renata.



Es tarde cuando Renata toca a la puerta de mi despacho.

Alzo la cabeza y la veo con el pelo despeinado y la ropa arrugada. Tiene manchas de tinta en la boca y en la mejilla. Su pinta es horrible, pero la encuentro jodidamente sexi. Y ese pintalabios... sigue intacto en su boca, y sé que se ha mordido sus generosos labios. Me hace desear ponerlo a prueba.

—Me marchó. Voy a pedir un Uber...

—He puesto a tu disposición un chófer para que te lleve y te

traiga a mi casa.

—Ah, gracias.

—Lo hago para ahorrar tiempo de trabajo.

—Cómo no, ibas a demostrar un gesto humano. Nos vemos el lunes, a menos que esperes que trabaje como una esclava los fines de semana también.

—No, el lunes nos vemos. Intenta no meterte en líos, aunque lo dudo. Seguro que tu plan es tan aburrido como una serie, manta y chocolate.

—Cómo lo sabes, y no te olvides de estar dos días seguidos sin tener que soportarte.

—Así no llegarás a nada importante.

—Mejor, así no acabaré siendo como tú. Buenas noches, míster Saunders.

«Cabrona».

Gracias a su lengua afilada, me da ganas de morderla.

Se marcha, esta descarada joven a la que se supone que debo hacer que caiga en mis redes, y no yo en ellas. O tengo cuidado, o me volverá loco.

Luben me llama casi a las once.

—He quedado con la amiga de Renata. Esta no quería venir, porque tenía planes. Lo mismo se ve con alguien.

—Con Netflix. Es una aburrida de veinticuatro años.

—Ah, pues sí. Ya te contaré si descubro algo importante. ¿Cómo ha ido lo del cuarto sexual?

—No ha salido corriendo. A ver cómo es capaz de crear algo bueno alguien que parece huir del sexo.

—Y a ver cómo consigues meterla en tu cama, si, al parecer, le pone más Netflix que tú.

—Cuando llegue el momento, jugaré todas mis cartas. Por ahora, dejo que se relaje.

Cuelgo el teléfono y me centro en el trabajo. No paro hasta que me entra sueño. Hace años que no me permito el placer de disfrutar. Llegar aquí, para alguien que nunca ha tenido apoyos, no ha sido fácil. He tenido que joder a muchos cabrones por el camino, para demostrarles que yo siempre era mejor.

Capítulo 8

Renata

El sábado me lo tomo para investigar sobre el cuarto de juegos sexuales.

Voy a una tienda de juguetes eróticos y pregunto a la mujer si sabe de alguien que entienda de esto.

Me pasa el teléfono de alguien que diseña cuartos de juego.

También me he zampado una serie de Netflix que va del tema. No sabía que estaba, hasta que me puse a buscar en internet información y me salió. Está curiosa, pero si no sé nada de Wesley, dudo que pueda hacer algo decente.

Quedo para comer con la mujer experta en este tipo de habitaciones.

Me espera en la barra y, tras presentarnos, vamos a una mesa.

—La primera sesión es gratis —bromea tras pedir—. No, en serio, en lo que pueda ayudarte, lo haré. Yo he sido joven como tú, y ambiciosa, y a mí nadie me ayudó. Por eso, siempre que puedo, ayudo a las nuevas generaciones de diseñadores. Todos merecemos un guía.

—Ahora entiendo tu amabilidad.

Sonríe.

—¿Qué necesitas, Renata?

—Un cliente me ha pedido un cuarto de juegos y siento que, si comprara sin más las piezas, sin saber qué preferencias tiene, sería un error.

—Un error enorme. El sexo no gusta a todo el mundo de la misma manera. —Miro a mi alrededor cortada, y se ríe—. El sexo es parte de la vida, y si vas a trabajar en un cuarto así, debes abrir tu mente.

—Eso intento. Quiero hacerlo bien.

«Para joder a mi jefe, cuando vea lo buena que soy en lo mío», pienso.

—Si quieres hacerlo bien, tienes que saber para qué es cada cosa y el placer que pueda darle. Además, deberás saber algo sobre el

cliente. —Noto cómo me sonrojo. Cuando estudié la carrera no creí acabar así—. Mi hija es la dueña de la tienda de artículos eróticos a la que has ido a preguntar. Yo le compro todo a ella.

—¿Y esta comida era para ayudarme? Porque ahora parece que era, además, para tenerme de clienta. —Se ríe.

—Qué le vamos a hacer. Nadie hace nada por nada, primera lección. Ahora, disfruta de la comida, y luego iremos a la tienda de mi hija, y te explicaré algunas cosas del diseño. Te enseñaré mi portafolio con habitaciones eróticas.



Tras comer, vamos al local de su hija y me enseña sus diseños.

Hay de todo tipo. Algunos son sencillos y solo tienen cosas para jugar en pareja, pero sin que parezca un cuarto erótico. Luego, hay otros que son más descarados. El problema es que, sin saber los gustos de Wesley, poco puedo hacer.

No me puedo creer que parte de mi trabajo consista en saber los gustos sexuales de mi jefe.

Quedo en volver más veces y me regalan un succionador.

Madre mía, qué vergüenza sentí cuando me lo dio y me dijo que disfrutara. Tengo que aprender a normalizar el sexo. Me encanta y, en libros, una buena escena sexual me pone a cien, pero en la vida siempre tengo algo en la cabeza.

«O un pasado que no quiero recordar... No, a la caja...».

Paso el domingo diseñando ideas para la casa de Wesley y dejo para lo último el cuarto del placer.

Selena ha quedado con el amigo de mi jefe, y se la ve muy ilusionada. Le he aconsejado que intente no hacerse ilusiones, porque seguro que solo está con ella por aburrimiento.

—Ese es tu problema, que no te dejas llevar. Si es por aburrimiento, que lo sea, mientras me siga follando así de bien. —Revuelve mi pelo y me da un beso—. Adiós, aburrida.

La veo irse y diseño mientras veo series.

Al acostarme, sueño con consoladores y salas de placer. En uno

de los sueños estoy atada a una cama desnuda y alguien me da con un látigo. Lo cierto, es que me gusta dejarme llevar, ceder a otro el control de mi cuerpo y no pensar en nada... No tener miedo...

Gimo y, cuando miro a quien está frente a mí, los ojos verdes azulados de Wesly se cuelan en mi sueño.

—¡No! —Me despierto agitada, nerviosa y altamente cachonda.

Joder..., no puedo soñar con mi jefe ni sentirme así de ardiente.

Además, nunca, bajo ningún concepto, pienso dejar que me ate... La mujer de mis sueños no tiene una caja llena de demonios.

Capítulo 9

Wesly

Renata llega al trabajo y al verme se sonroja.

Alzo una ceja y me mira a la defensiva.

—¿Tan mal ha ido tu fin de semana de la diosa del aburrimiento?

—¿Acaso has hecho tú más que trabajar?

—No hay mucho que hacer.

—Entonces no te metas. —Saca sus cosas y me fijo en que tiene mala cara, como si no hubiera dormido bien.

—Si te quedas dormida trabajando, te despido.

—Gracias por el apunte, pero ya lo imaginaba, jefe de los infiernos.

Tarde, se da cuenta de que no debería hablarme así.

Lo que está claro es que a Renata no le impresiona mi posición. Desde que soy rico, la gente me mira diferente, sobre todo las mujeres, pero ella no es así.

Se pone a trabajar y la mando a hacer varias cosas por la oficina.

Al regresar, la escucho hablar con Eneas, el jefe de contabilidad. Abre la puerta y veo cómo este la mira, de una forma que deja claro que Renata le cae bien.

Siguen hablando y voy hasta ellos.

—No os pago para perder el tiempo.

Eneas se pone rojo como un tomate y se despide de Renata.

—Me quedaban dos minutos de descanso. Gracias por hacer que los pierda, ayudante de Lucifer —murmura por lo bajo.

Cierro la puerta, cabreado con ella y con su falta de educación.

—Me va a encantar despedirte —le digo, apoyado en la mesa.

—Adelante, así me librarás de tener que seguir investigando para tu cuarto de tortura.

—Sexual.

—Eso. —Sonríe y se sienta a su mesa. Al ver que la sigo observando, alza la cabeza—. ¿Acaso no tienes trabajo que hacer?

El día que la pueda despedir, tras mi venganza, pienso hacer una

fiesta para celebrar el librarme de ella.

Hago varias llamadas y la veo trabajar, mordiendo el boli.

Odio que la gente haga eso, pero más en ella, porque imagino que muerde otra cosa... Mi polla da una sacudida. ¿Cómo me puedo poner tanto una mujer insoportable y descarada?

Al acabar, se va derecha a mi casa. Antes, le he dado una tarjeta para los gastos que pueda ir teniendo. Sigo trabajando, oliendo su perfume avainillado en el aire.

Tal vez, debería acelerar las cosas: acostarme con ella, mandar las fotos a su hermano y acabar con todo esto... Tal vez debería...

Pero no lo hago. ¿Por qué? Ni puta idea.

Renata

Hago varios diseños, basándome en cómo es la empresa de Wesly, en cómo es su despacho, en su casa, y su dormitorio.

En su habitación he pasado mucho tiempo, pero ahora estoy en el suelo del vestidor, tratando de descubrir cómo es este hombre en realidad.

Lo escucho llegar a la casa y, cuando me encuentra, va sin camiseta. Seguro que no esperaba que estuviera aquí.

No sé quién se sorprende más de los dos.

Voy a decir algo, pero me pierdo en su cincelado cuerpo y en sus cicatrices. Tiene un costado lleno de marcas irregulares.

Sigo mirando descarada y veo cómo el corto vello se pierde en sus pantalones... ¡Joder! Miro sus ojos y está enfadado.

—Lo siento, pero este es el único lugar donde puedo saber cómo eres.

Me levanto y se me caen las cosas.

Se acerca a mí y me acorrala contra el armario.

—¿Te horrorizan mis cicatrices? —Pone la mano en mi cuello. No aprieta, pero la deja ahí, calentando mi piel.

—Me horroriza tu personalidad, y eso no tiene remedio. —Su mirada se hace más oscura.

Soy muy consciente de su cuerpo y del calor que desprende. Noto cómo reacciono a él, y cómo tiemblo por su contacto. Mi cuerpo se hace de golpe jodidamente sensible a su tacto.

Trago con dificultad.

—No sabes lo poco que te soporto. —Acaricia mi cuello y acerca su boca a la mía. Su aliento me hace arder—. Debería cerrarte la boca con la mía, porque así no me replicarías.

—Y yo podría denunciarte por acoso.

—Hazlo. No veo que salgas corriendo.

Se me seca la boca, cuando se acerca más.

Todo mi cuerpo está en este instante. No pienso en nada. Solo en la posibilidad de perder la cordura y besarnos.

Aprieto los dedos en mis botas y luego noto cómo mis muslos se tensan. Nunca he sentido nada parecido. Ni este calor entre las piernas. Siento que mi sexo da una sacudida y se moja mi ropa interior.

Esto no es propio de mí...

—Largo, ve al despacho. Ahora iré para ver cómo pretendes destrozar mi casa.

Se separa y me marchó, tras recoger mis cosas.

Antes de ir al despacho, voy a por agua fresca a la cocina.

Me bebo media botella, pero el calor sigue en mi cuerpo. Los pechos los siento pesados y mi sexo sigue latiendo por su cercanía. ¿Qué narices me pasa? ¡No soporto a ese hombre del mal!

Si mi exnovio me hubiera puesto así, solo una vez, tal vez nuestra historia hubiera sido diferente.



Wesly entra al despacho, donde lo espero ante su mesa.

Se pone tras esta y me mira fijamente.

Cuando entrelazo la mirada con la suya, veo su fuego, pero también algo más que me pone los pelos de punta. La razón me grita que corra, que me marche.

No lo hago.

Le tiendo la tableta y nuestras manos se tocan. La dejo ahí, más de lo que debería.

Me voy a quemar. Voy a arder. Me va a destruir.

La razón me grita que corra de nuevo, pero no lo hago.

Me quedo quieta, incluso sintiendo cómo todas las alarmas gritan en mi cabeza que ponga tierra de por medio.

—Eres italiano, si no recuerdo mal.

Ese recuerdo, no sé de dónde ha salido, pero me acordé de que me contó que vivió en Sicilia, cuando era pequeño. Con su hermana y su madre. Su padre era de los Estados Unidos, y por él tuvo que aprender inglés desde bien pequeño. Cuando me habló de su padre, parecía tenso.

Lo entiendo, porque a veces no sé cómo reaccionar con el mío. Odio sentirme así.

—Sí. —Mira las imágenes y no sé si le gustan—. No veo nada sobre la habitación de juegos.

—El cuarto del infierno no está listo porque, para que salga bien, necesito saber tus preferencias sexuales. —Muerdo mi boca.

«Sal corriendo...», la razón me grita. El corazón se me acelera.

Muerdo mi boca, y sigue los movimientos de mis dientes.

«Sal corriendo. No puedo...».

Sé que un día me arrepentiré de seguir aquí.

Capítulo 10

Wesly

Los diseños no son tan malos como esperaba, pero no me gustan. Son muy fríos. Demasiado, hasta para mí.

—¿Qué quieres saber de mis preferencias? —Se sonroja todavía más.

Cruza las piernas, y seguro que es para contener su deseo. Toma aire y me mira nerviosa.

Yo no hago movimiento alguno. La dejo que se hunda en su propia vergüenza.

Me desea. Lo vi en sus ojos, cuando casi la besé, odiando encontrarla allí. Nunca me quito la camisa cuando tengo sexo. No me gusta que nadie se horrorice con mis marcas.

Renata no se horrorizó. Solo las miró con curiosidad.

Cuando la cogí del cuello, no vi su horror, pero sí su deseo.

¿Cómo es posible que no le asqueen? Yo odio mirarlas cada día.

—Podemos dejar el cuarto del terror para lo último.

—Cualquiera diría que odias el sexo.

—No lo odio, pero tampoco lo entiendo tanto como tú, que quieres tener una casa con una habitación para torturar a la gente.

Alzo una ceja y casi me río por cómo lo dice. Esta chica sabe muy poco del tema.

Muerde su boca. Esa puta boca de color rojo. Me remuevo inquieto.

—Te sorprendería el placer que da someter a alguien a tus deseos.

—¿Acaso no tienes suficiente con joder la vida a tus empleados cada día? Me consta que te gusta usar tus dotes de mando, míster Saunders.

Descarada y bocazas. Las dos cosas en una.

—No, no es suficiente. Me gusta más cuando la mujer me cede el control y la plena confianza en que haré que su placer sea aún mayor. —La miro—. ¿No tomas notas?

—Ah, claro... —Apunta—. ¿Te han gustado mis diseños? —

pregunta, para cambiar de tema.

—No, son muy fríos.

—Como tú, si se me permite constatar ese dato.

—Quiero un hogar, y no una extensión de mi oficina. Me siento defraudado, porque pensaba que eras mucho mejor.

—Si fuera mucho mejor, te cobraría el doble. Estoy aprendiendo, pero te juro que lo haré increíble. Al final, me darás las gracias.

Veo su determinación brillar en sus ojos violetas. Me recuerda a mí, hace años, antes de que me pudriera por dentro; cuando aún creía en los sueños, y en que, hasta alguien como yo, podía ser feliz un día.

Me pregunto si, cuando esto acabe, seré yo el que haya matado esa ilusión en su mirada. Tal vez... ¿Me importa? No, ni un poco.

—Lo dudo —respondo.

—¿Cómo esperas que cree un hogar para un hombre como tú, que de tan frío que eres, congelas todo lo que tocas?

—¿Cómo a ti en mi vestidor? Porque tenía tu cuello bajo mi mano, y noté tu pulso acelerado, tu cuerpo calentarse y tu respiración cada vez más agitada. Te morías porque te besara... ¿Dónde te deja a ti desear a alguien tan inhumano? —Se queda callada, y es algo raro en ella—. Deberías salir corriendo.

—Nunca he huido ante un reto. Pienso demostrarte lo increíble que soy, cueste lo que cueste.

«Te va a costar el alma», pienso, pero no lo digo.

La veo irse, admirando su fuerza y odiando su forma dulce de ver la vida. No la soporto..., pero la deseo, y mucho.

Capítulo 11

Renata

Wesly se ha ido de viaje, por lo que he podido trabajar en el despacho con libertad. Al igual que en su casa. El sótano también tiene vistas al lago, y me he estado informando sobre las casas de algunos de sus vecinos, y tienen piscinas climatizadas.

He decidido darle un toque menos frío. Dejar de pensar en él como el mismísimo Lucifer y darle un poco de calor hogareño. Lo mismo, hasta tiene corazón...

No, lo dudo.

Mi padre me llama cuando estoy en la cocina de Wesly comiendo algo. Si le molesta, nunca ha dicho nada sobre esto. Paso aquí muchas horas y, si tengo hambre, me sirvo algo para comer.

Gracias a la comida que uno tiene en el frigorífico o en los armarios también puedes saber mucho de una persona, y Wesly es un soso. No hay nada de dulces. Solo barritas energéticas, que me he comido todas, por cierto. Le compraré más.

—Hola, cariño —me saluda mi padre cuando le descuelgo. Por su tono dulce. Sé que quiere algo de mí, y odio pensar eso. Por eso, aparto ese pensamiento y no doy nada por sentado—. ¿Qué tal el trabajo?

—Muy bien, estoy ahora diseñando cosas.

Mi padre no sabe mucho de mi trabajo, y tengo miedo de que me dé un sermón, si supiera que desempeño dos trabajos.

Por eso, sabe que diseño, pero no que, además, soy secretaria.

No quería que estudiara Diseño, sino Empresariales, y que ayudara a mi hermano en sus empresas, como este me sugirió.

Que no entendiera por qué no deseaba eso, me dolió.

—Muy bien. Eso es bueno... —Se queda callado y siento que va a decir algo que no quiero oír. Por eso su voz melosa...—. Tu hermano ha estado por aquí, e insiste en que quiere hablar contigo.

Noto cómo me baja un sudor frío por la espalda.

—Espero que no le hayas dado mi móvil, ni dicho dónde estoy. Lo

prometiste.

—No, no lo hice, pero, Renny, es tu hermano, y guardar tanto rencor dentro no te hace bien. Ya te pidió perdón. Te quiere mucho...

—Entiendo que es tu hijo —le corto, porque siempre me dice lo mismo—, y que lo hayas perdonado..., pero yo no puedo. —Noto cómo se me acelera el corazón recordando el pasado.

—No definiendo lo que hizo..., pero era joven... Ha cambiado, y más ahora que va a ser padre. Ha madurado.

—Lo dudo. Dudo que haya madurado. No quiero hablar de él. —Me estoy quedando sin aire.

—Ha madurado, se arrepiente de todo, es un gran hombre...

—¡Para! ¡No quiero hablar de él! —Tiemblo y odio ponerme así.

Para poder seguir adelante con mi vida, tras lo que pasó, hice como si nunca hubiera ocurrido, pero, para eso, tuve que alejarme de Jeb, y no pienso volver a ese momento.

Tomo aire y cierro todo en una caja.

—Vale, hablemos de otra cosa. Te paso a mamá, que quiere hablar contigo. Te quiero, hija. No lo dudes.

—No lo dudo, papá —miento porque, cuando se pone así, me invaden las dudas de si en realidad me quiere, y odio pensar así. Me hace sentir egoísta como hija.

Selena dice que mi padre usa esto para darle la vuelta a la tortilla, porque sabe que hablar de su hijo mayor nos separa, y siempre insiste para solucionarlo.

Sé que para él no es fácil porque, a pesar de todo, es su hijo, pero yo quiero olvidarme de todo. Quiero hacer como que nunca existió esa noche..., y todo lo demás.

Mi madre me habla de sus nuevos trabajos y me manda fotos. Poco a poco, logro llevar al fondo de mi corazón ese momento y lo que me hizo alguien que se supone debe quererme.



—¿Qué haces aquí? —Pego un bote y casi me caigo del taburete.

Miro a Wesly, que deja sus cosas en la isla de cocina y me observa con frialdad. Cómo no, perdonavidas a su servicio. Míster Saunders ha vuelto.

—Me he quedado dormida.

—Hasta eso he llegado yo solo.

—Estaba trabajando en ideas para el sótano y me dormí.

Coge la tableta y revisa mi trabajo.

Yo lo miro de reojo a él. Lleva traje de chaqueta gris, y camisa negra. No lleva corbata y se ha desabrochado varios botones de la camisa.

Se me seca la boca al ver esa porción de carne, que se atisba de su pecho.

No debería atraerme de esta forma.

Centro mi mirada en sus manos, pasando las imágenes, y es un gran error, porque las recuerdo sobre mi cuello, notando el latir de mis venas bajo su palma.

«Mierda, debería ser ilegal que me atraiga alguien de esta forma tan visceral».

—Me gusta. Puedes empezar a comprar lo necesario y contratar a gente para hacer las obras.

—Vale, me pongo a ello. Buscaré una empresa. —Cojo mis cosas y mira la caja vacía de barritas—. Me las he acabado. Te compraré otra.

—No hace falta. Mañana traerán más. —Lo miro, y parece cansado. Agotado, diría yo. De golpe, no parece tan inhumano—. Buenas noches, señorita Hill.

—Buenas noches, míster Saunders.

—Odio que me digan míster, ya lo sabes. —Sonrío—. No debí confesarte algo así.

—No, pero tranquilo, ya lo sabía. Me marchó antes de que me parezcas humano, con defectos y todo. Cuando te llamo míster Saunders, es porque... pareces un ser frío y sin corazón. Te pega a veces.

—No quieras saber hasta dónde puede llegar este hombre frío, sin corazón.

Me recorre un escalofrío y lo imagino en la cama, haciéndome

arder, mientras me observa con fuego en los ojos y el gesto duro.

«No sigas por ahí...».

—Vete, Renata —casi me suplica que me vaya. Es como si deseara que le dejara solo cuanto antes.

Lo miro, antes de irme, preguntándome qué narices lo tiene así. Parece muy tenso.

Monto en el coche, agitada, por mi deseo de querer saber más de él.

Wesly

Alguien trata de competir en Seattle con mi empresa. No sé quién puede ser, y de momento son solo especulaciones, pero he tenido que hacer varios viajes para hablar con algunos de mis clientes.

No se me da bien desplegar mi encanto y odio viajar en avión. Por eso, no esperaba llegar y encontrarme con Renata dormida sobre la isla de la cocina. Tampoco que, al no sentir la casa tan vacía, removiera algo en mí. Algo que solo recuerdo en contadas ocasiones.

Necesito dormir, y no quiero recordar...

No quiero recordar cómo era sentir algo.

Capítulo 12

Renata

—Si me dices esto, hace un año, no me lo creo —señala Selena, que me ha acompañado a la tienda de juguetes eróticos.

Es tarde, pero la tienda no cierra por la noche, porque tienen un club en la zona de abajo, de copas y bailes sensuales.

Tras mi encuentro con Wesly, quería seguir trabajando, y se lo dije a Selena, que se apuntó de inmediato.

—Solo es trabajo. —Mira los vibradores y coge uno. Lo mueve delante de mi cara—. ¡Para!

Se ríe. Está disfrutando todo esto, porque se sale de mi zona de confort.

—Si estuviéramos en San Francisco, sería impensable entrar en un sitio así. Al menos para ti.

No puedo negarlo. Si mi hermano me viera dentro de un lugar así, montaría un número, por lo poco apropiado que es para una señorita hacer este tipo de cosas.

—Pero no estamos.

—¿Ha vuelto a mandar a tu padre para hablar contigo?

—De momento, no. —Miro varios catálogos y trato de aprender un poco de todo esto, porque, si quiero dar lo mejor, no puedo no saber nada del tema.

—Mejor así. ¡Yo quiero este! —Selena señala un vibrador enorme, y la empleada se acerca para contarnos lo maravilloso que es.

—Ponle otro a ella.

—No, ni de coña —digo, y claudica.

—Vale, solo uno para mí.

—Solo estoy aquí para aprender, y compraré cosas para ese cuarto.

Vamos por la sala y vemos una zona roja y negra.

—¿Te imaginas atada, mientras Wesly te da con un látigo? —susurra mi amiga, y, aunque la idea no me molesta del todo, aparto la mirada.

—No.

—Vamos, solo estamos imaginando.

Venir aquí con Selenia es una pérdida de tiempo. No puedo hacer bien mi trabajo.

Voy hasta una mesa y miro catálogos, o esa es mi idea, hasta que Selenia aparece con varios vibradores más, que quiere comprarse.

Los deja sobre la mesa y es complicado centrarme en los catálogos, con tantas pollas de distintos tamaños delante.

Somos tan diferentes, que no entiendo cómo seguimos siendo tan amigas. O cómo ella no se ha cansado de mí.

—Tienes que dejarte llevar. Este lugar es nuevo, no hay capullos cerca y puedes explorar el mundo. Eres libre, Renata.

—A veces me da miedo decirlo muy alto, por si todo se tuerce.

Sonríe con calidez, ella me entiende como nadie, y por eso somos las mejores amigas.

—Hablemos de otra cosa.

—Vale, yo voy a dar una vuelta mientras miras esos aburridos catálogos de muebles.

Repaso varios catálogos y busco muebles *online*.

Vendré otro día para hacerme una mejor idea de todo y poder hacer un buen espacio.

Selenia paga todo lo que se lleva y vamos a una cafetería para cenar.

—Estás cambiando —comenta, cuando nos sentamos con nuestra cena en una mesa.

—¿Y todo por acabar en una tienda de juguetes eróticos?

—No, es algo más. Eres tú. Has dejado de ocultarte del mundo. Estoy orgullosa de ti.

Asiento conforme. Si antes no lo hice, fue por una razón.

Miro tras la ventana a la gente y me invade el miedo.

—No está. No sabe dónde estás. A disfrutar.

Escondo todo en mi mente y me centro en la cena.

A veces, para sobrevivir, solo puedes hacer como si nada pasara. En mi caso, fue porque siempre creí que nada cambiaría, pero ahora algo está cambiando en mí y tengo miedo de que, cuando todo regrese a ser como antes, no esté preparada.

Cierro los ojos, tomo aire y decido no pensar en todo eso.
Solo quiero ser libre.



Me despierto agitada tras una noche de pesadillas. Es lo que pasa cuando pienso en mi pasado, que luego cuesta mucho encerrar mis demonios dentro.

Tomo agua y trato de olvidarme de todo. Mis manos tiemblan, y dudo que pueda dormir. Por eso, me pongo a diseñar, y lo hago pensando en la empresa de Wesley. No me gusta nada cómo es. Tan fría y poco personal.

Un día me dejará cambiar todo, pero siempre que no me despida antes.

Wesley es para mí un reto. El reto de superarme. De ser mejor, de adentrarme en su oscuridad y no perderme. No sé de dónde ha salido eso, pero siento que es cierto. Que Wesley es peligroso. Lo sé, lo siento, pero aquí sigo.

Tal vez, porque no oculta quién es, a diferencia de otros, que van de una cosa y luego son lo peor...

«No pienses. Aquí no va a encontrarte. Ojalá...».

Capítulo 13

Renata

Voy a trabajar y hay otra chica en mi puesto.

Wesly me dice que tiene a otra secretaria de prueba, y que me centre en las obras de su casa y la decoración.

Lo dice sin mirarme.

Tras la noche que he tenido, donde casi no he dormido, es lo que menos necesitaba.

—¿Y mandarme un mensaje no se te había ocurrido?

Se gira para mirarme con lentitud y sus ojos se clavan fríos en mí.

—¿Acaso te molesta no pasar más tiempo a mi lado?

Me sonrojo.

—Para nada. Me encanta librarme de la presencia del demonio. — La nueva secretaria da un respingo—. Si no aguanta, me traerás de vuelta. Solo yo tengo la capacidad de poder andar entre los infiernos de un jefe tirano como tú. No lo olvide, míster Saunders.

—Señorita Hill... —me advierte, y sé que me quiere despedir, y que al final me despedirá. ¿Por qué no lo hace? Su mirada se agudiza más—, a trabajar.

Salgo del despacho y me pregunto qué narices me pasa. No sé por qué lo contradigo de esta manera y por qué me nace replicarlo. No soy así. Yo soy la chica que se calla, la que prefiere meter la nariz entre libros, antes que alzar la voz. ¿Por qué él saca este lado de mí?

Siempre he pasado más tiempo callando lo que siento, que enfrentándome a ello. Soy la que se aterra, la que se esconde y la que no vive por miedo, pero, desde que estoy en Seattle, me siento diferente. Además, al lado de Wesly me siento libre.

Esta necesidad de contradecirlo no es normal. Ni lógica.

Bajo a la entrada principal y el chófer me espera para llevarme a la casa de Wesly. De camino, llamo a varias empresas de reformas, que he estado estudiando y sé cuáles son las mejores. Quedo con ellos para ver la construcción y comprobar cuál me lo hace mejor, por menos dinero.

La primera empresa llega con retraso, y eso ya no me gusta. Valoro mucho la puntualidad. Mi padre siempre me dijo que llegar puntual es señal de respeto por el que espera. Por eso, la descarto de inmediato, a pesar del buen precio, aunque me dice que no se deje guiar por las primeras impresiones.

La segunda llega antes y el precio es un poco más elevado, pero me da confianza.

—Trabajaré contigo este proyecto mano a mano. —Miro al hombre que tengo enfrente. Se llama Basil, y tiene más o menos la edad de Wesly—. Nos gusta que los clientes queden satisfechos, y me han asignado este proyecto, en caso de que lo aceptaras.

—Me parece bien.

—Tus ideas son muy buenas, y este sitio quedará muy acogedor. ¿Dices que es tu primer trabajo?

—Sí. —Sonríe por su halago. Me tiende la mano y se la estrecho—. Pronto les diré si os aceptamos para el proyecto.

—Perfecto. —Sonríe y me fijo en sus perfectos dientes.

Lo acompaño a la puerta y nos despedimos.

Paso a Wesly todos los informes y le indico que me ha dado más seguridad la segunda empresa.

Al poco me responde que haga lo que quiera y que no lo moleste con tonterías.

«Será idiota».

Pues se va a enterar...

Le envío otro mensaje y le pregunto si quiere ver mis últimos diseños. Me responde que luego los verá, pero le añado que así podremos hablar del cuarto del terror... Digo, del sexo.

Dejo el móvil y me pongo a hacer diseños.

Al final, miro este sitio desde otro punto de vista. Le han gustado las ideas del sótano. Lo de la piscina y el gimnasio. Los colores no le han desagradado, ni ese toque de lujo y a la vez hogareño.

Sigo esa línea, para el resto de las salas, y se me pasa el día con ello.

Mando un *mail* a la empresa de Basil, para aceptar su oferta, y me confirma que mañana mismo podemos empezar a trabajar juntos.

Estoy por irme, cuando se abre la puerta y entra Wesly con cara

de pocos amigos.

—Mañana te quiero en mi oficina a las ocho.

—¿No te ha durado ni un día? Vaya. ¿Qué le hiciste?

Su mirada se hace más oscura.

—Si no te necesitara, te despediría.

—¿Sabes que decir eso me hace sentir poderosa? —Pasa su mirada por mi cuerpo, de la cabeza a los pies, y mi respiración se acelera.

Anda hacia mí y noto cómo contengo la respiración.

—*Dovrei fotterti e farla finita adesso*¹.

Lo miro sin comprender, pero prendada de su acento italiano. Joder..., si me habla así otra vez, arderé por combustión espontánea.

Me mira a los ojos, como si me quisiera sacar la cabeza. Seguro que ha mencionado todos mis defectos, como hace siempre. Su mirada se centra en mi boca y de golpe siento el deseo de que me bese.

—¿Has adelantado algo del cuarto de juegos?

—Algo, el cuarto del terror estará listo cuando me hables de tus preferencias sexuales —digo lo último con un hilo de voz.

—Perfecto. Hablamos de cómo me gusta el sexo... cenando. Pide algo para cenar. Voy a mi despacho. —Se pasa la mano por el pelo, cansado—. Pásame los diseños por *email*.

Se va hasta el despacho y cierra la puerta con fuerza.

Saco el móvil y pongo en mi agenda que debo aprender italiano. De golpe, este idioma se me antoja muy excitante, y más susurrado por Wesly en mi oído...

«No, por favor. Borra esa imagen de mi mente».

[1](#) Debería follarte y acabar con esto ya.

Capítulo 14

Wesly

Hoy mi día ha sido un caos. La nueva secretaria no dejaba de sobresaltarse cada vez que le hablaba. Le pedía cosas y me las daba temblando. Soy un capullo, pero lo de esa mujer ha sido exagerado. Antes de comer, ya tenía su renuncia. El departamento de recursos humanos está buscando a alguien más cualificado, ya que, de mi empresa, nadie desea ocupar ese puesto. La única a la que parece que todo le da igual es a Renata.

Además de que es muy eficiente.

Me envía los diseños nuevos por *email* y estos sí me gustan. Siguen en una línea elegante, pero tiene un toque acogedor que no hace parecer tan frías y carentes de vida a estas paredes.

Renata tiene un don para esto. Ha enviado los diseños en digital, pero se le han olvidado algunos que ha hecho a mano. Sus trazos, sus delineados y los colores usados son muy buenos. Sabe lo que hace. Ha tenido la mala suerte de cruzarse en el camino de un cabrón como yo, que le importa bien poco quién salga herido, mientras yo pueda dejar de sentir el dolor del pasado en el pecho.

—¡Todo esto ha sido por tu culpa!

Noto que el pecho me duele, por esas palabras que no paran de repetirse en mi mente cada vez que pienso en el pasado y en mi hermana. Cuando todo acabe, dejaré de escucharlas. O al menos, así me perdonará... Tal vez.



Salgo del despacho de mi casa tras escuchar el timbre.

Renata recoge unas bolsas de comida a domicilio y entra con ellas a la cocina. Las deja sobre la isla de la cocina y veo que ha pedido comida japonesa.

—¿Te gusta?

—Como de todo —respondo y me siento frente a ella.

Saca los cubiertos, pero cojo los palillos y tomo un nigiri con facilidad.

Trata de imitarme, pero se le cae un montón de veces. Al final, lo pincha como si fuera una brocheta y se lo mete a la boca con una sonrisa.

—Eres patética.

—No me importa —me indica con la boca llena.

Sonríó, por cómo le resbala todo.

Cenamos un poco más antes de que saque el tema. Debería esperar a que tenga la boca vacía, pero no puedo ser bueno.

—Me gusta el sexo duro.

Se atraganta. Tal y como esperaba. Tose, se sonroja, me fulmina con la mirada y bebe agua.

Si quiere seguir con lo nuestro, a pesar de todo lo que le diga, tal vez me sienta menos culpable y, por una vez, no quiero mentir en mis preferencias.

—Cabrán... —suelta, porque se ha atragantado.

—Como si eso te molestara. —Alza una ceja y se acerca a su libreta de notas. Apunta sexo duro.

—¿Qué más?

—Me gusta dominar...

—Como si no lo imaginara ya, míster Saunders.

—Para imaginarlo ya, te está costando bastante diseñar ese cuarto.

—Eso es porque, aunque parezcamos una cosa, tal vez en la cama seamos otra. Dame más detalles.

—Me gusta atar a mis parejas, y tenerlas a mi merced y deseos. Que se entreguen por completo a mí. —Anota y chupa el boli, con esa tonta manía suya.

Su boca me tienta y, cuando me mira, me cuesta mucho no besarla. Una parte de mí quiere hacerlo, para acabar con esto ya, pero otra... Otra no tiene prisa, y no quiero analizar la razón.

—Entonces, cama con ataduras y cruces de san Andrés, potros...

—No me gusta el estilo sado, y no soy un amo. Me gusta poder disfrutar de los juguetes o de los placeres sexuales, sin que mi habitación parezca fría. Odio el color rojo, y solo es un juego. Es el

rol de ser otra persona en la cama.

—Vale, entonces dentro del cuarto eres míster Saunders el controlador y fuera otra persona. —Sonríe por su gracia, pero como siga así le demostraré hasta qué punto la puede hacer gozar míster Saunders, a esta descarada—. Entonces, quieres un sitio donde puedas jugar con tus citas, pero sin que parezca demasiado agresivo. —Asiento—. Vale, creo que podré darte los primeros bocetos pronto. He encontrado un sitio donde venden muebles, y todo tipo de juguetes. —Me mira y su respiración se acelera por mi forma de observarla—. También he estado viendo una serie de Netflix, de una mujer que hace habitaciones sexuales. —Sus ojos relucen y la puedo imaginar tumbada en su sofá, con una manta, chocolate y la serie.

—¿Y te puso cachonda?

Su sonrojo se acelera más.

—No creo que esto sea propio entre jefe y empleada.

—Fuera del horario de trabajo, solo somos un hombre y una mujer. No ceno con mis empleados.

—Porque nadie te soporta —añade con una sonrisilla—. Lo siento, pero no pude evitarlo, y no, no me puso cachonda. —Noto algo oscuro en su mirada.

—¿Por qué?

—No soy fácil de excitar —indica y trata de coger otro nigiri, pero no lo hace a la primera, y lo destroza.

Cojo uno y lo mojo en salsa, antes de acercárselo.

Abre la boca y veo cómo se pierde entre sus labios rojos. Se sonroja y la imagino sometida a mis deseos sexuales, descubriendo que le excita. Ella dice que no es fácil de excitar, pero, cuando la tengo cerca, no parece tener ese problema.

—Entonces, ¿eres virgen?

Se atraganta y sonrío.

—Capullo. —Sigo comiendo—. No, no lo soy, pero no quiero pensar en cómo perdí la virginidad. Por eso, todo el mundo cree que lo soy.

No debería importarme el dolor que veo en sus ojos. No debería querer conocer al capullo que le hizo daño y darle una paliza.

—Tienes veinticuatro años... Me cuesta creer que no has tenido nada.

—Mi exnovio no quería tener sexo, hasta tener un montón de cosas seguras, y yo me esforcé por estudiar y sacar las mejores notas.

Siento que se calla algo más. Su mirada se agita. Veo cómo esconde todo eso.

—Y luego te metes conmigo por no poder dejar de trabajar.

—Porque meterme contigo es un placer recién descubierto. —Su mirada derrocha picardía. La jodida disfruta con esto. No se asusta, no se amilana y no tiene miedo—. Por cierto, he quedado con los de la empresa de reformas a mitad de la mañana. No sabía que me tocaba ser tu secretaria. ¿Aplazo la reunión para la tarde o me acerco a tu casa a media mañana?

—La aplazas.

—Cualquiera diría que no puedes vivir sin mí, y eso que me toca ser sumisa y no dar mi punto de vista...

—Dudo que puedas ser sumisa en tu vida.

Se ríe y ese sonido me acelera los latidos.

—No sé si podría ceder el control a nadie.

—Pues a mí me lo cedes, cada vez que te callas.

—Eres mi jefe y quiero demostrarte lo buena que soy en mi trabajo, para que admitas, al final de todo, que soy jodidamente buena. Esa es mi meta.

La mía es arruinarte la vida, pero esto no se lo digo.

Solo nos miramos fijamente.

Revisa la hora que es y se levanta.

Nos despedimos hasta mañana y me quedo solo en esta gran casa, que de golpe se siente tan vacía. No sé cómo Renata puede pasar tantas horas aquí, sin asfixiarse con la soledad.

Entro al despacho y me pongo a trabajar.

Se cuela en mi mente su boca, sus ojos violetas y el deseo de comerse el mundo. Tengo que acelerar las cosas, porque no quiero conocerla... No quiero saber más de ella. Ni tan siquiera que su primera vez fue una mierda.

Si tuviera alma, odiaría lo que voy a hacerle, pero la perdí por

culpa de su hermano.

Soy incapaz de sentir nada.

Capítulo 15

Renata

No tardo en hacerme cargo de todas las exigencias de Wesley.

Los de recursos humanos le mandan una chica, que se queda a mi lado para aprender, para ver si así le dura más. No va a durar nada porque, cuando Wesley le pide cosas, ella se sobresalta como si fuera un monstruo, y esto le pone nervioso.

—¡Joder! ¡No me puedo creer que solo tú puedas estar ahí!

—Parece que te jode que sea tan buena. —Le dejo sobre la mesa mi tableta, con el diseño del despacho—. Así quedaría mucho mejor, y quiero la sala de reuniones igual. —Paso las imágenes.

—¿Cuándo has hecho esto?

—Cuando veo series, me entretengo haciendo diseños, y cuando no puedo dormir también.

—No me gustan. —Aparta la tableta.

—Un día te arrepentirás de no haberme sacado más partido, porque voy a ser la mejor diseñadora de todo Seattle. —Si antes no lo tenía claro, ahora sí. Deseo demostrar a este ser sin corazón que tuvo a la mejor entre sus filas y no la supo aprovechar—. Y te joderá mucho.

—Tendré mi casa de recuerdo. A trabajar, señorita Hill.

Regreso a mi mesa y me respondo correos. Le filtro los mejores, y hago lo mismo con el correo postal.

Al acabar, me marchó a su casa y estoy lista para mi reunión con Basil.

Al llegar, veo que trae a varios obreros, que dejan muestras de todo en el sótano. Hablamos de qué se hará primero y le comento que quiero tirar la pared del cuarto que está cerca de la cocina, para hacerla más espaciosa.

Se nos pasa el tiempo volando, hablando del diseño.

Me marchó a mi casa y Wesley aún no ha venido.

Así es toda la semana.

Lo veo en el despacho malhumorado, y en su casa no nos

volvemos a encontrar.

Pasan quince días sin que me dé cuenta.

La verdad es que mi trabajo de secretaria me gusta, porque Wesly es complicado, pero, una vez le coges el punto, es muy fácil trabajar con él. Solo hay que entender sus tiempos, sus miradas y sus gestos. Soy experta en ellos, y esto le molesta.

Cabrearlo me encanta. Me gusta cuando alza una ceja y le doy lo que quiere, y le fastidia.

La verdad es que estoy aprendiendo mucho de él.

Estoy aprendiendo a no agachar la cabeza, a luchar por lo que quiero y a que un no, no me detenga en el trabajo.

No le gustan mis diseños, la mayoría de las veces, pero así lo hago mejor. Me supero a mí misma, y esto es algo que no haría si, a la primera, me dice que todo es perfecto.

Su casa va a quedar increíble. Por las tardes estoy pendiente de todo y aprendo mucho de Basil. Me gusta mucho hablar con él.

Ahora me estoy preparando para salir de fiesta con Selena.

Comenta que las cosas con Luben no van muy bien y piensa encontrar a otro que le quite las penas. Vamos, que quiere follar con alguien esta noche.

A veces la envidio... Envidio tener sexo sin miedo, sin recuerdos... No, no quiero pensar en eso. No existió.

Dejo caer la camisa sobre mi pantalón negro y me miro al espejo, para retocar el maquillaje. Mi camiseta brilla y lleva la espalda al aire. No llevo sujetador, gracias a que tengo el tamaño justo de pecho, para poder ir sin él, si quiero. Nunca me ha importado no tener más. Para mí son perfectas así, y caben en una mano.

Miro mi imagen en el espejo.

El pelo castaño lo llevo suelto en ondas y los ojos ahumados, con la línea del agua de color violeta, lo que hace que se resalte más mi mirada. Por un momento, me pregunto si yo sería otra mujer, si no tuviera el pasado con el que cargo.

Esta semana que entra iré a la tienda de objetos eróticos para ver de nuevo todo el catálogo y pedir algunas cosas. Así, empezaré a trabajar, sabiendo qué puedo comprar y lo que quedará bien. Investigaré lo que hará un espacio acogedor y elegante, donde se

pueda jugar. Aunque, para mí, siempre será el cuarto del terror.

Por un momento, por una noche, me gustaría ser otra mujer. Una mujer sin miedos.

Cojo mi pintalabios de color rojo y me lo pongo en los labios. Me encanta, y él lo odiaba... Era mi forma de decirle que se jodiera.

No, no quiero pensar en él. No está aquí para amargarme la vida.

Salgo y Selena me hace fotos para las redes sociales.

No las uso. En realidad, paso de ellas, pero Selena me etiqueta en todas, con cuidado de que no se vea dónde está nuestra ubicación.

Vamos a cenar en un restaurante elegante, que hay cerca de la costa.

Está todo muy bueno y el vino me ha dejado ese puntito de que me voy a comer la noche; aunque luego lo único que me quiera comer sea mi manta, mi cama caliente y mi pijama de franela.

Ya en el *pub*, la música me encanta. No es el local de Wesly, ya que, por suerte, mi amiga no quería estar en un sitio donde estuviera Luben.

Pedimos algo de beber y, por una vez, me dejo llevar y me esfuerzo por ser otra mujer. Una que disfruta.

Hasta que unos tíos se nos acercan y me joden la noche.

A mi amiga, no, porque le encanta que la adulen, que la miren, pero a mí me pone nerviosa. Me inquieta y me jode mi fiesta de chicas.

Voy a la barra para pedirme otra copa.

Cuando el camarero me sirve, noto a alguien tocando mi espalda. No me gusta que me toquen. No me gusta...

—Me pone mucho saber que no llevas sujetador. —Me toca de nuevo y no puedo moverme. Es uno de los tíos que se nos han acercado a la mesa y me ha seguido, para mi desgracia.

—Vete —le digo casi sin voz.

—Lo estás deseando. Te vi mirarme.

Es mentira. No lo hice.

Va a tocarme de nuevo, pero alguien lo detiene y lo escucho quejarse.

Giro la cabeza y veo a Wesly con su mirada de dios de los infiernos. Estruja la mano del capullo, que no me dejaba en paz.

Lo observo, pero no lo detengo. Quiero que sufra, quiero que le haga daño, por no haberme dejado en paz.

Wesly me mira, mientras observo que la mano se pone morada.

Cuando se detiene, el tipo sale casi corriendo. Todo sería más fácil sin capullos que se creen que, cuando dices que no, es que en verdad no sabes lo que quieres y, si te tocan un poco más, al final te van a convencer.

—*Forza ragazza, reagisci o dovrò inseguirlo per picchiarlo*².

Tomo aire y me giro para coger mi copa. Wesly me la quita de las manos.

—La has perdido de vista demasiado tiempo.

Pide otra igual y la paga.

—Estoy bien. Solo era un idiota. —Guardo todos mis fantasmas bajo llave—. No te pienso dar las gracias, o sí, porque seguro que lo odias.

—No hace falta. Me encanta joder a la gente. —Sonríe y mira cómo bebo.

—Gracias, Wesly. Eres tan, tan amable. —Noto cómo se inquieta y verlo tan enfadado hace que mis miedos se vayan al lugar de donde nunca debieron salir—. Eres tan bueno... Tan humano.

—Para. —Me río, sin evitarlo—. Voy a cerrarte esa puta boca por descarada.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

Coge mi cara entre sus manos y acerca su boca a la mía.

No se atreverá a hacerlo. No será capaz...

Sí, lo es.

Su boca se cierne sobre la mía, en este lugar atestado de gente, con la música alta y con el ambiente cargado, pero, de golpe, la nada. Solo puedo escuchar mis latidos. Solo puedo ser consciente de sus manos en mis mejillas y de su boca lamiendo mis labios.

«¿Cómo es posible que, mientras lo siento tan cerca, no sienta nada? ¿Ni miedo? ¿Cómo es posible besar al mismísimo diablo y no sentir ganas de salir corriendo antes de que te consuma con sus llamas?». ».

El beso se hace más ardiente cuando muerde mi boca y luego la

devora.

Hago lo mismo y gruñe. Aprendo rápido.

Acerca mi cuerpo al suyo, posando una mano en la curva de mi espalda. Toca mi piel desnuda, pero no tiemblo de miedo. Es algo más profundo, denso y placentero. Siempre supe que solo estaba rota hasta que alguien me ayudara a no invitar a mis miedos a la fiesta. Siempre supe que alguien podría besarme hasta el punto de olvidarme de todo.

Paso mis manos por su cuello y tiro de su pelo.

Adentra su lengua en mi boca, en un beso demoledor.

Nos acercamos, hasta que el aire es incapaz de pasar por nuestros cuerpos sin rodearnos.

Gimo en su boca, lo que hace que el beso se descontrole más. Mi cuerpo se amolda al de él y noto cómo su dura polla presiona contra mi estómago. Mi sexo da una sacudida y noto escalofríos subir por mis piernas, hasta las paredes internas.

Tira de mí, hasta una zona más íntima y devora de nuevo mi boca, tocando mis duros pezones sobre la camiseta. Mi coño caliente está mojando mis braguitas de encaje.

«Esto es demasiado...».

—No puedes culparlos por imaginarte desnuda... Esta camisa es una puta tortura.

—No me la pongo para nadie, sino para mí.

—Y eso es lo que me gusta de ti. Juraré no haber dicho esto nunca. —Besa de nuevo mi boca, la que sonrío por mis palabras—. También pienso ser un capullo y hacer como si esto no hubiera pasado.

—Lo sé, pero yo haré lo mismo. Estoy aprendiendo mucho de ti.

—No sabes todo lo que me gustaría ensañarte... —Pasa sus dedos por el borde de mi pantalón. Muerde mi cuello y lo chupa—. Si te toco ahora, seguro que estás muy mojada. —Pasa los dedos sobre mi pantalón, por mi sexo—. Noto tu calor traspasar la prenda.

—Es por la calefacción —miento, y, cuando me toca, como si no llevara nada, gimo. Noto cómo mi sexo palpita al sentir la presión de sus dedos sobre el pantalón.

Los mueve adelante y atrás. Sabe muy bien lo que hace y yo

estoy más cachonda que nunca.

—Si sigo, te correrás con la ropa puesta.

—Lo dudo —lo desafío y sonrío. Mueve la mano—. Bésame —le pido, pero pienso que se va a negar, hasta que pone su otra mano en mi cara y lo hace de nuevo.

El beso se hace más duro, mientras mueve sus dedos sobre mi ropa.

Noto que la fricción hace que mi sexo se contraiga. Siento cientos de escalofríos en esa zona.

Pongo mi mano sobre la de él, para sentirlo cerca. No puedo hacer nada que no sea dejarme llevar.

Pasa su mano por mi espalda desnuda. Lo baja hasta mis glúteos y mete la mano en mi camiseta, casi a punto de tocar mis pechos.

—Seguro que tus pezones están duros como piedras. ¿Te gustaría que te los tocara?

—Sí...

—Joder, Renata... Aquí no puedo. —Muerde mi boca—. No sabes cómo me ponen tus labios rojos y la de cosas que imagino hacer con tu sucia boca. —Sus palabras me excitan.

Nos besamos de nuevo, mientras su mano sube y baja por mi espada, y la otra se frota contra mi sexo.

—Seguro que estás muy mojada... Mis dedos entrarían muy bien en tu apretado sexo. —Aumenta las embestidas e imagino sus dedos dentro de mi ropa interior, tocando mi cuerpo desnudo—. Te gusta que te diga guarradas —susurra en mi oído, mientras la fricción de los dedos es mayor—. Me gusta tenerte así de cachonda, Renata. —Pone su mano en mi cuello. No aprieta, pero su presión hace que sienta su calor traspasarme, y él note los acelerados latidos de mi corazón.

Nos besamos de nuevo, y estoy a punto de correrme.

Mueve más fuerte la mano y la imagino dentro, dándome todo el placer que ansío.

Cuando me corro, noto cómo su boca acalla mis gemidos. Mi cuerpo tiembla, pero me sujeta con fuerza, como si no fuera a dejar caerme nunca. Su seguridad me atrapa, y me deja tranquila en sus brazos.

—Aquí no ha pasado nada.

Muerde mi boca, tras mis palabras.

—Nada. —Se lleva los dedos a la nariz y huele mi perfume más íntimo—. Perfecta.

Me besa levemente y se marcha como si nada. Actúa como si no acabáramos de enrollarnos como dos adolescentes, en medio de la discoteca.

Miro alrededor, nerviosa. De golpe, soy consciente de todo, pero nadie me mira. ¿Cómo he podido dejarme llevar así?

Busco a mi amiga y la veo enrollarse con un tío.

La dejo sola.

Al salir, me espera el chófer que Wesley me pone para que me lleve de su casa al trabajo.

Abre la puerta, en una muda invitación, y sé que es cosa de su jefe. El detalle me sorprende más que todo lo demás.

Tomo aire y sé que debo hacer como si esto nunca hubiera pasado. Aunque dudo que en toda mi vida sea capaz de olvidar este instante.

Nunca me he sentido tan deseada.

Nunca he tenido la oportunidad de poder disfrutar de esto: sexo libre y sin miedo. Sexo libre, y sin él para joderlo todo. No está, y eso siento muy bien.

Mi burbuja del miedo se está rompiendo, y siento muy bien salir de ella.

Wesley

—¿Tienes las fotos?

—Tengo foto y vídeo. Joder, parecía que disfrutabas —me dice Luben.

—Pásame todo. —Estoy llegando a casa. Entro y me llega el *email*.

—¿Las ves? Con estas fotos y vídeos puedes joder a Jeb.

Veo las fotos, y tengo que reconocer que el móvil de Luben hace muy buenas instantáneas en la oscuridad.

En ellas se ve a Renata disfrutando de mis besos. Perdida en mis caricias, preciosa... Veo el vídeo y se me pone dura al recordar sus

gemidos en mi boca.

Cuando se corrió, me miró sorprendida. Fue como si no se creyera que fuera posible un placer así.

Tengo lo que quería, y esto joderá a su hermano. Con esto, todo se acaba entre los dos.

—Voy a hacer que se enamore de mí y, cuando no pueda vivir sin mí, le mandaré todo a Jeb.

—Creo que es mejor dejarlo aquí...

—¿Acaso no recuerdas lo que nos hizo ese cabrón? Acaso no recuerdas...

—Lo recuerdo, joder... Te apoyo, y, hagas lo que hagas, estoy de tu parte. Yo solo quiero hacerle daño y que el pasado deje de doler.

Lo entiendo, porque los dos llevamos esa carga en el pecho.

—No tomes nada.

—No pienso meterme nada. Hoy, no.

Ese hoy no me deja inquieto.

Yo no pienso tomar drogas para alejar mi dolor. Odio las adicciones, pero Luben... Luben usó las drogas para olvidar todo lo que pasó. Solo espero que controle o que acepte mi ayuda para alejarse de toda esa mierda.

—Como sigas así, te matarás tú solo. —Se ríe.

—Controlo, tío. No me jodas.

Cuelga y miro las fotos de nuevo.

Esto acaba de empezar. Ahora ya sé que me desea. Lo siguiente va a ser ir más lejos, hasta que no pueda vivir sin mí.

Todo lo que nos hizo Jeb pasa por mi mente, hasta no dejarme respirar.

Renata no es como él, y si llego hasta el final, perderé la poca alma que me queda. Lo sé, pero necesito vengarme. Necesito dejar de escuchar sus gritos...

Juré vengarme de Jeb y Renata es la clave, porque ser más poderoso que él no ha conseguido que sienta paz. Ella es la clave y pienso seguir hasta el final.

[2](#) Vamos, muchacha, reacciona o tendré que ir tras él para darle una paliza.

Capítulo 16

Renata

Entro en el despacho de Wesly, sin querer recordar su beso.

«Joder..., qué beso... Mierda, esto no ayuda».

Me he pasado todo el fin de semana volviendo a ese momento, al instante donde me dejé llevar, donde me sentí una mujer seductora, decidida y valiente. De esas que cogen lo que quieren de la vida sin importar nada. De las que no tienen miedo a que alguien venga y te aparte de lo que estás sintiendo. Era libre para enrollarme con un hombre a oscuras, y disfrutar.

Selena me dijo que se había liado con uno que besaba fatal, pero quedó con él el sábado, para ver si ella le enseñaba a besar.

Spoiler: no acabó bien. Dice que, como Luben, pocos saben besar.

—¡Estoy jodida para los restos! —grito y pienso en el beso con Wesly.

¿Una vez que encuentras a alguien con quien besarte es como tocar el paraíso o los infiernos, como es mi caso? ¿Cómo te conformas a caminar entre besos de mediocres mortales?

Entro y no miro a Wesly, pero siento que él no deja de observarme. Sus ojos verde azulados están clavados en mí.

Tomo aire, mientras dejo mis cosas, y, cuando me atrevo a perderme en su mirada, lo veo con los brazos doblados, apoyados sobre la mesa, observándome como si quisiera devorarme.

—Podrías dejar de mirarme así —le pido, dejando la agenda en su mesa.

—Así, ¿cómo?

—Como si te murieras por besarme de nuevo. Sé que soy increíble, pero córtate un poco.

—Solo te miro como alguien que quiere devorar a su siguiente víctima. Pareces un pollo desplumado.

—Gracias por abrir esa gran boca y dejar claro lo poco que me atraes.

—¿Quieres ver qué hago con esta boca para recordarte lo mucho

que te atraigo? —comenta, y mi sexo da una sacudida.

—No, gracias. Mi cupo de besar a dioses del infierno está lleno. Cuando tenga un hueco, tal vez te lo haga saber.

Sonríe de medio lado y empieza a darme órdenes.

Anoto todo y me pongo a trabajar.

Mandan a otra chica, para ver si puede quedarse de secretaria. No aguanta ni dos horas. Dice que no quiere tanta responsabilidad.

En serio, la gente se ahoga en un vaso de agua. Si quieres ser alguien en este mundo, tienes que aprender a nadar entre pirañas.

Wesly tiene varias llamadas privadas y adelanto trabajo en la sala de reuniones.

Luben entra y me mira.

—Hola, señorita Hill.

—Hola. ¿Puedo ayudarte con algo?

—La verdad es que sí. Mi secretaria está enferma y no sé cómo cambiar el papel de la impresora.

Cierro el ordenador y voy hasta la sala de reprografía. Cambio el papel en un momento.

—Gracias.

—De nada.

—¿Cómo haces para soportarlo? —me pregunta divertido.

—¿A quién?

—Al jefe gruñón.

—No es tan difícil. El señor Saunders solo es alguien que quiere trabajar, según sus parámetros. Si los tienes claros, y lo conoces un poco, todo irá bien.

—Tienes mucho talento, que se está desaprovechando aquí. Tal vez deberías irte.

Lo miro extrañada, porque parece que no me quiere aquí.

—¿Qué pasa aquí? —Wesly entra y, por su mirada, sé que ha escuchado gran parte.

—No sabía cambiar el papel.

—Ya puedes regresar al despacho, que yo tengo algo que hablar con mi socio.

Las miradas que se echan me ponen los pelos de punta.

Salgo de este lugar, no queriendo ser parte de lo que se dicen.

Al ir a por mis cosas, me llama Basil por si acepto ir a comer para hablar de la obra.

—Podemos ir luego a la tienda de juguetes sexuales, para ver cómo encajar ese lugar con la casa.

Basil y su equipo han firmado un contrato de confidencialidad y voy a hacer obras en la buhardilla. A Wesley le parecieron bien, aunque no así mis notas sobre el cuarto del terror. Pero, tras su beso, ya no lo veo igual, la verdad.

—Vale. Me parece bien. Envíame la ubicación y allí nos vemos.

Me la manda y se la paso a Roque, mi chófer.

Wesley no viene al despacho.

Dejo lo que me ha pedido sobre su mesa y me voy a por el coche.

Roque me saluda, al entrar al coche. No se me pasa desapercibido cómo me miran algunas compañeras por ir en un vehículo oficial, como si no me currara mi trabajo.

—En esta vida siempre habrá alguien que hablará mal de ti, hija —me dijo mi madre un día al volver de clase, porque unas niñas se metieron con mis deportivas.

Mi madre es una mujer peculiar. Siempre ha seguido sus propias modas y tiene una gran capacidad para perderse en su mundo, y para que todo le importe una mierda. Algo que admiro de ella, pero que en ocasiones me ha dado ansiedad. Sobre todo, cuando he necesitado que mediara entre mi padre y mi hermano.

Me acuerdo de que le dije que dolía, pero ella me indicó que «más dolía ser idiota y no ponerle remedio». Después de eso, nos reímos.

Tenía razón.

Poco a poco, me dejó de importar qué decían de mí, porque yo no hago nada malo, y ellas sí.

Acabé convirtiéndome más en mi madre, aprendiendo a meterme en mi burbuja, hasta casi desaparecer.

Ahora, ya no tengo claro que eso fuera tan buena idea.



—No sabes cómo me corta hacer este encargo —comento a Basil,

mientras pasa las páginas del catálogo y mira los diferentes tamaños de vibradores que nos rodean.

—Pues no me puedo imaginar el motivo. —Sonríó—. Esto lo hacemos muy a menudo en la empresa, y, cuando trabajes para nosotros, espero que seas la mejor también en esto.

—Das por sentado que aceptaré.

—No has nacido para vivir entre las sombras, con el talento que tienes.

—En verdad, me encantaría trabajar para vosotros, pero no hubiera conseguido esta oportunidad de no estar trabajando para el señor Saunders. Quiero acabar este trabajo y luego, tal vez, acepte tenerte como jefe, antes de ser socia.

—Me encanta que no te conformes con menos. —Su mirada se hace más ardiente un segundo, antes de apartarla.

Basil es muy guapo y sexi, pero cuando lo tengo cerca, no siento nada. No hay enfado, rabia, deseo, placer... He vivido al lado de alguien que me transmitía la nada, y al final solo queda eso: nada.

Nos ponemos a mirar los catálogos y hago varios bocetos, tras ver algunos que pueden encajar.

Lo peor es que siento celos de imaginar a Wesly con alguien en estos lugares. La imagen de él con otras despierta instintos asesinos en mí. Miro un poco molesta las cosas, por saber que las usará con otras mujeres, pero soy una profesional y hago unos diseños increíbles.

—Eres maravillosa. Estoy pensando hacer una habitación así para mi casa.

—Bueno, pues te pasaré el pago de mis servicios. No soy barata.

Se ríe y me relajo a su lado, hasta que la dueña me regala un vibrador y no sé dónde meterme.

—Tiene tres velocidades —me indica esta, que lo pone en marcha y la polla, que es de color negro, se mueve de un lado a otro.

Basil se carcajea y yo quiero que me trague la tierra.

—No hace falta de verdad... —Lo mete en mi bolso—. Vale, supongo que gracias. Tengo una polla que baila para Navidad. Solo le falta el traje a medida de Papá Noel. —Basil se ríe más y la dueña me guiña un ojo. Tarde, me doy cuenta de lo que acabo de

comentar—. ¿Podéis olvidar lo que acabo de decir? —Todos niegan con la cabeza.

Vamos al parquin y el chófer me lleva de vuelta a la casa.

Al llegar, Basil me pasa unas fotos del antes.

—Sé que tus diseños van a quedar impresionantes, y tal vez te dejen subir alguno a internet, para que te contrate más gente, si no te decides para estar en mi equipo.

—Lo estoy pensando. No lo he descartado.

Se marcha a ver cómo van las obras.

Van muy rápidos, porque tiene un gran equipo detrás.

Subo al cuarto del terror y pruebo varios colores para la pared, de los que me ha dejado de muestra.

Le mando a Wesly fotos y le pido que las mire, para que me diga por cuál se decanta.

Me llama:

—Aún no he dicho si me gusta tu propuesta.

—Tú querías un sitio elegante para tus jueguitos, y yo te lo he dado.

—No entiendo cómo alguien que parece odiar el sexo, puede hacerlo bien. Tal vez debería contratar a otra.

—Nadie lo hará mejor que yo. Si hace falta, realizo un curso prémium de placer exprés.

—Tal vez yo pueda ayudarte con eso. —Noto cómo se me acelera la respiración—. Pagándome la suscripción. —«Idiota», pienso—. ¿A que creías que te estaba proponiendo otro orgasmo increíble?

—No fue para tanto. Cuando solo has tenido orgasmos con tu vibrador, cualquier cosa es mejor. Lo siento, míster Saunders. No eres tan increíble en el sexo.

—Eso suena a reto. —Su voz es más aguda.

—Estamos en horas de trabajo, y podría denunciarte.

—No lo estamos. Deberías estar fuera de mi casa hace media hora. —Miro el reloj y tiene razón—. No llegues tarde mañana. —Cuelga sin más.

Dejo las muestras de pintura, al lado de los diseños que he hecho a mano de este cuarto. También dejo la carpeta con todo lo que he estado investigando, para que vea que no me tomo nada a la ligera.

Bajo a la zona de obras y lo han dejado todo preparado para proseguir mañana.

Tengo un mensaje de Basil en el móvil, que me dice que nos vemos al día siguiente.

Roque me lleva hasta mi casa y, cuando llego, Selena me dice de mirar ropa *online*. Acepto y nos sentamos juntas.

—Estás cambiada —me dice—. Es como si, al estar aquí, lejos de él, te hubiera hecho florecer.

«Él», es mi hermano, y aquí soy alguien más que la hermana de un rico empresario de éxito. Aquí puedo ser yo, sin que controle cada uno de mis pasos para que no pierda...

—Sí, yo también lo noto.

Voy hasta el bolso y saco el vibrador, mientras le cuento todo lo de la tienda. Se ríe de mí.

—Podrías usarlo.

—No, porque dudo que sirviera de algo tras besar a Wesly. —Se lo conté todo, porque necesitaba que entendiera mi caos mental.

—Te entiendo. A mí también me cuesta conformarme tras Luben, pero yo no era para él. Él buscaba algo diferente. Lo triste es que yo creí que, al fin, no tenía que seguir buscando.

Aunque tras la ruptura con su exnovio, mi amiga afirmó que sola estaba mejor, sé que echa de menos tener a alguien.

—Bueno, me tienes a mí, y no pienso irme a ningún lado. —Se apoya en mi hombro—. Para que te alegres, dejo que me compres ropa.

—Y unos buenos tacones. De esos que dicen, fóllame, mientras me como el mundo.

—Unos zapatos no pueden decir tantas cosas. —Se ríe.

—Te pienso pasar al lado oscuro de los zapatos de doce centímetros. —Mi amiga ama los zapatos de tacón—. ¿Empezamos?

—Vale. —Se ríe feliz y revisamos zapatos en una de sus páginas favoritas.

Me mira emocionada y mi tarjeta tiembla cuando la acerca para pagar. Solo espero que todo me venga bien.

Ponemos una peli y la disfruto.

Selena tiene razón: estoy cambiada. Tal vez, porque, estando

aquí, he dejado de tener miedo a que cada cosa sea controlada por Jeb.

No era consciente de lo atrapada que estaba hasta ahora.

Wesly

Subo al cuarto erótico, tras darme una ducha, y veo las muestras de colores.

Me decanto por una de ellas y lo señalo.

Veo las notas de Renata y las abro. El cuarto está dibujado a mano, con una precisión increíble. Hay información de cada juguete sexual que ha elegido, y hasta ha puesto mi altura, para que todo sea más cómodo para mí, y puedan adaptarse a las invitadas.

Esto último lo ha escrito con rabia, porque, si pasas los dedos, se nota que lo ha apuntado con más fuerza.

«Celosa... Curioso».

Reviso sus apuntes y es muy buena. Joder, es increíble.

Por eso sé que, si quiero que se enamore de mí, tengo que ser yo mismo. Algo me dice que precipitar las cosas solo lo estropearía todo. Desde lo que pasó, siempre hago caso a mi instinto, y esta vez haré lo mismo.

Capítulo 17

Renata

Wesly ha aceptado uno de mis diseños para el cuarto de tortura.

Ahora lo llamo así, porque todo lo que estoy comprando parece sacado de una película de la Edad Media. Eso sí, todo muy elegante y funcional.

Los chicos de Basil están trabajando en él y, cuando esté pintado y modificado, empezaré con la decoración. De momento, estoy decorando algunas habitaciones que ya han terminado de pintarse, y lo estoy disfrutando mucho.

Ahora estoy en el que es como una sala de estar en la segunda planta, abriendo muebles. Me encanta la calidad de las piezas y cómo son al natural.

Desembalo todo y casi veo este sitio acabado, con una tarde de manta y vistas al lago. Dudo que Wesly lo aprecie, pero él quería un hogar.

Hoy este tenía una nueva secretaria y parece que ha pasado la primera prueba.

Desde el beso, me ignora, o solo hablamos de lo estrictamente profesional, a pesar de que, cuando no se da cuenta, me pierdo en su boca, en su mirada seria ante el ordenador o en sus manos. Esos dedos largos y masculinos me vuelven loca, y los recuerdo entre mis piernas frotando mi sexo...

Joder, que me ignore, es como que aumenta más mi deseo de llamar su atención.

Tal vez, sería mejor que, cuando acabe la obra, me fuera a trabajar a la empresa de Basil.

Miro la hora que es y decido quedarme un poco más. Necesito ver cómo queda todo. Es viernes y no quiero esperar al lunes para comprobarlo.

Saco las alfombras y las coloco.

Lo dejo todo puesto, menos los cuadros y los adornos. Me tiro al sofá y es muy cómodo. Me imagino con una manta mirando la noche

caer...

—¿En el suelo? —Escucho una voz de mujer.

—No pienso follarte en mi cuarto. —La voz de Wesly se cuela en mis oídos—. Siempre puedes irte.

—No, he tenido sexo en sitios peores.

Salgo del sitio, agitada, nerviosa y notando cómo me duele cada beso que los escucho compartir. Lo hago con tanta prisa que me choco con unas cosas de la obra, que se caen y hacen un ruido enorme. Por culpa del golpe, pego un grito.

—¿Quién anda ahí?! ¡Espero que no seas Renata, porque te despido!

Salgo corriendo, y voy a toda prisa hasta la puerta principal.

Al llegar, me atrapa y me gira. Mi espalda golpea contra la puerta.

—Lo siento.

Su mirada es fiera, oscura y me hace temblar, pero no de miedo.

—No deberías estar aquí. No deberías estar aquí. —Parece muy enfadado, y respira agitado.

—Quería ver cómo quedaba todo. Yo... —Veo las marcas de lápiz rojo en su cara.

Se las limpia y se marcha.

—Vete, que tengo cosas que hacer.

—Al menos, podrías haber esperado a que estuviera acabado para echar un puto polvo. Como si no tuvieras dinero para pagar un hotel.

—Me observa impresionado—. No me mires así. Si destroza algo de lo que tengo ahí, te juro que te hago un cuarto del terror de verdad.

—iiVolevo solo fare sesso con lei per dimenticarti!!³ —Se pasa la mano por el pelo, enfadado.

No he entendido nada de lo que me ha dicho.

—Váyase, señorita Hill.

—Eso iba a hacer, y quizás debería irme de verdad y aceptar el trabajo en la empresa de Basil.

—Si lo haces, los despido antes de acabar la obra. —Nos miramos retadores, hasta que su cita aparece.

Es una preciosa rubia, de largas piernas y generosos pechos.

Todo lo que yo no soy.

Abro la puerta y me marcho sin mirar atrás. No debería molestarme, no debería imaginarlo con ella y sentir ganas de romper cosas. No debería sentirme así.

Por eso, acepto salir con Selena. Esta noche pienso disfrutar. Tengo que olvidarme de esta atracción insana por mi jefe. Al final, quien saldrá herida sin duda seré yo.

Wesly

Ha ido a mi *pub*.

No sé si trata de provocarme o joderme la vida ella a mí.

Ya me ha jodido la noche, porque no he podido hacer nada. Los besos eran horribles y los comparaba con lo que sentí cuando besé a Renata. Creo que, si Renata no se hubiera delatado, no habría podido seguir o sí, porque el sexo para mí siempre es el intento de olvidar, aunque nunca me dejo llevar del todo. Solo me conformo, porque deseo sentir algo más que frialdad. Ser, por un momento, parte de un placer más grande que yo mismo.

Nunca lo logro, pero me dejo llevar.

Subo a la sala VIP y voy hasta Luben, quien me ha avisado de que Renata estaba aquí.

Miro hacia la zona de abajo.

Renata baila sobre una tarima, sintiendo la música entrar por sus venas. Baila como si fuera una diosa, como si no necesitara a nadie para brillar. Está cambiando. Cuando llegó aquí, era diferente, y cada día se crece. Lleva un vestido que se sube por sus muslos con cada baile.

Un tío se le acerca y ella se aleja. Él insiste y Renata se queda paralizada.

¿Por qué no saca toda esa rabia y dureza con la que me habla a mí? Voy hasta ella, mientras pienso en cuál puede ser la razón para que se paralice. ¿Por qué no saca las uñas?

Llego a su lado. El tipo se marcha y Renata me mira con mala cara.

—Entonces, ¿eres de esos que solo necesitan tres minutos? —
Sonríe descarada.

¿Por qué no mostró ese lado a ese capullo?

—¿Te lo demuestro?

—No, gracias. Pero puedes ver cómo bailo. Ver lo que nunca tendrás. —Tira de mi camisa y desabrocha un botón.

—¿Cuánto has bebido?

Levanta la mano y se ríe cuando se mira los dedos.

—Ni idea, pero me da igual. Soy feliz bailando. ¡Soy libre!

Mira las luces y sigue bailando.

Me quedo cerca, y, si me preguntan, diré que es para que nadie me joda el plan.

Si fuera sincero por una puta vez, admitiría que es porque no puedo dejar de mirarla.

Cuando me doy cuenta de esto, me marcho y mando a los de seguridad que la vigilen. También llamo a Roque para que la lleve a casa.

Busco a una mujer para tener sexo y cuando entro en ella, pienso en Renata, en su baile, en su boca... Mierda, no quiero pensar.

La desconocida se corre, pero yo no. Me quedo frío, helado y agitado.

Cierro los ojos y el pasado vuelve. Gritos, lloros, reproches y un solo culpable: Jeb.

[3](#) Solo quería tener sexo con ella para olvidarme de ti.

Capítulo 18

Renata

Wesly tuvo sexo con una mujer rubia en el despacho del *pub*.

Lo vi irse con ella y cómo esta salía arreglándose la ropa, con cara de haber follado.

El dolor me quitó el subidón de golpe y me marché. Roque me llevó a mi casa.

No debería molestarme esto. No debería sentirme mal. Le estoy haciendo una habitación para que tenga sexo, y me siento idiota por mis sentimientos.

El fin de semana lo paso con Selena de tiendas.

Tengo más ropa que nunca, y ella parece que está sobrellevando mejor lo de Luben.

A primera hora del lunes, estoy en la cafetería para pedirme un café, antes de ir a trabajar.

Hoy estreno uno de los vestidos que me ha comprado Selena este sábado. Es elegante, pero ajustado. Llevo una americana encima y unas botas tobilleras negras de tacón alto.

Cojo mi café cuando me lo preparan y salgo para el despacho.

Entro al edificio de Tecnologías Saunders y, como siempre me pasa, observo la cantidad de cosas que hay mal en la entrada, en lo referente a diseño. De tan elegante que es, resulta fría. No dice nada, y, aunque se lo comenté a Wesly, le da igual.

Yo termino callada, mientras mentalmente redecoro cada parte de este sitio, porque mi mente no deja de crear ni durmiendo.

Llego a la puerta de Wesly. Dudo, pero entro. Es mejor así, a ver si de una vez dejo de mirarlo y de sentir algo que nunca debió habitar en mí. Tomo aire y lo siento antes de alzar la cabeza, para mirarlo.

Tiemblo, sintiendo su mirada puesta en mí.

Me quito la chaqueta y dejo mis cosas en el primer cajón, antes de coger mi agenda e ir hasta su mesa.

Solo sé profesional. Solo olvida lo que pasó el sábado. Solo...

—¿Para qué quieres un cuarto del terror si luego tienes sexo donde pillas? La verdad es que no lo entiendo.

«Mierda, solo tenía que no abrir mi gran boca con él».

—Al parecer, no entiendes muchas cosas.

Nuestras miradas se cruzan y no parece feliz. Parece cabreado. Bueno, como siempre.

—Para haber tenido sexo, tienes cara de amargado. Quizás no necesites un cuarto de los horrores, sino uno de meditación. Está muy de moda hacer yoga.

—¿Te digo dónde te puedes meter tus consejos? ¿Has venido a trabajar o a ser impertinente?

—Las dos cosas. Me da tiempo para todo, y lo sabes. Soy la mejor, y por eso no encuentras a nadie que me sustituya.

—Creo que estoy creando un monstruo.

—No pienso darte las gracias por haber descubierto mi talento oculto, siendo jodidamente perfecta en casi todo. —Emite una pequeña sonrisa y luego se pone serio.

En verdad, no me creo perfecta en todo, pero me gusta cabrearlo.

—A trabajar. —Me tiende una carpeta con trabajo.

Nuestras manos se tocan y ahí está esa vibración que nunca debió existir entre nosotros.

Aparto la mano y me centro en el trabajo.

Al poco, llega la chica que está aprendiendo para quedarse como secretaria de Wesly. Aparece tarde, y eso es un punto negativo.

Wesly no la despide, pero luego le manda un montón de trabajo.

A media mañana tenemos un descanso y voy a la cafetería de la empresa para tomar algo. Eneas me ve y se pone a mi lado en la barra.

—La nueva secretaria de Wesly no para de quejarse de todo. —Miro al fondo y la veo hablando con varias chicas, que se ríen—. Wesly es muy duro, y por eso nadie quiere trabajar con él.

—Pues como se vaya, te toca buscar a otra.

—Solo tú pareces soportar al ogro. —Hablar tanto con él, para buscar una secretaria, ha hecho que sea la persona con la que mejor me llevo de toda la empresa.

Vamos hasta una mesa, cuando nos sirven todo, y escuchamos

cómo se ríen y se quejan de Wesly varias secretarias de la empresa.

Cuando regreso al despacho, lo hago sola, porque la que se supone que me va a sustituir se ha cogido la baja por estrés.

Entro y voy hasta Wesly, que está hablando por teléfono cerca de la cristalera.

Al ver mi gesto, cuelga y deja el móvil en la mesa.

—¿Se puede saber qué pasa ahora?

—¿Podrías no asustar a la persona que venga a sustituirme como tu secretaria?

—¿Me estás pidiendo que no exija a alguien lo que me exigiría a mí mismo? —Asiento—. Esta sí que es buena. No soy tan malo como me ponen en la cafetería. —Lo miro sorprendida—. Lo sé todo de mi empresa, y tú sigues mi ritmo. Te has equivocado muchas veces, pero, si fuera un ogro, estarías en la calle.

—No recuerdo haberme equivocado tanto

Me relata uno a uno todos mis fallos.

—No estoy aquí para regalar un sueldo. Yo he trabajado como ayudante de dirección al acabar mi carrera y, en vez de quejarme, lo que hice fue aprender todo lo que pudiera para fundar mi propia empresa. Soy un capullo, pero como jefe soy como el resto. Es solo que no emito sonrisas falsas para que la gente crea que todo está bien.

—Tal vez, en vez de fingir felicidad, podrías intentar serlo.

—No tienes ni puta idea de lo que me hace feliz.

—Eso es porque me eres indiferente.

Nos miramos retadores, y no sé en qué momento me acerqué tanto a él o si fue él el que se ha ido acercando a mí.

Lo que sí sé es que, cuando acerca su enfurecida boca a la mía, la esperaba. Tal vez, desde la última vez que gemí entre sus brazos.

Nos besamos como si quisiéramos demostrar al otro que lo hacemos mejor.

Su boca me tienta, me derrite y excita.

Besarle es uno de esos placeres que te marcan de por vida.

Muerde mi labio interior. Tira de él y yo hago lo mismo. Mete su lengua en mi boca y me folla con ella, hasta que gimo y mis pies se convierten en gelatina.

Tiro de su camisa, y me alzo para profundizar más el beso.

Me coge de los glúteos y me sienta en la mesa, para instalarse en el interior de mis piernas.

Acerco mi cuerpo, poniendo las piernas alrededor de sus caderas, y su polla dura golpea mi sexo. Gimo de agonizante placer.

—Me deseas dentro, pero eso no va a pasar. —Pasa el dedo por mi boca—. No pienso acostarme contigo.

—Ni yo contigo. Solo te beso para demostrarte que lo hago mejor que nadie. —Sonríe, y lame mi labio.

—Eres una jodida pesadilla.

—Y tú, un dios del infierno. Debería denunciarte por esto, míster Saunders.

Pasa la lengua por mi cuello, y echo la cabeza hacia atrás.

—Deberías... Si no lo haces, te arrepentirás toda la vida —por cómo lo dice, siento que es cierto.

Toca mis duros pezones sobre la ropa del vestido.

—No me pones tanto como para jugarme mi trabajo, por follarte sobre mi mesa.

Lo aparto.

—Que te jodan, míster Saunders.

—Intenta trabajar sin pensar en el calentón que llevas encima.

—Eso tiene arreglo. —Entro al aseo, que tiene en su despacho, y cierro la puerta con fuerza, dejando claro que voy a usar mis manos para solucionar el problema de mi calentón.

Mentira. No lo voy a hacer, porque sus palabras me han enfriado de golpe. Lo peor es que, aunque sé cómo es, lo deseo como a nadie. O soy masoquista o idiota.

Prometo que no pienso dejar que me vuelva a besar de nuevo. Por lo que tengo que hacerle el mejor cuarto sexual de su vida para que esté tan cansado del sexo con otras, que nunca más me vuelva a besar.

Una vez más, pensar en eso me enfada. ¡Eres idiota, Renata!

Wesly

No debí besarla. No debí hacerlo y menos ponerla sobre mi mesa. El problema es que, desde que ha llegado esta mañana con ese

ajustado vestido, que moldea sus tentadoras curvas, no he podido dejar de imaginarla desnuda sobre mi mesa.

Parezco un adolescente cuando la tengo delante.

Ahora está en el aseo, acabando con sus manos lo que yo provoqué. Con solo pensarlo, estoy celoso. Estoy celoso de esos dedos que la tocan, lo que yo me muero por acariciar.

Es una descarada, una bocazas y una gran profesional.

Ella no se da cuenta de todo lo que le exijo, porque sé que dará más de ella; porque sé que la hará crecer en este mundo. Ella ignora que la estoy preparando para cuando la destroce y que, con su inteligencia y mis enseñanzas, se coma este mundo.

Desde fuera parece que soy un cabrón, pero solo se aprende cuando te esfuerzas por sacar todo eso que no eres capaz de ver, si no sales de tu zona de confort. Creo que Renata lleva muchos años en ella.

Sale del aseo, acalorada y con una sonrisa en esos putos labios rojos, que me torturan tanto y que no se han movido un solo milímetro.

—Pienso despedirte por usar tu tiempo para placeres que nada tienen que ver con mi empresa.

—Hazlo. Ah..., no, que nadie te soporta y me toca hacer doble trabajo, para no dejarte sin secretaria. —Su mirada es intensa y la deseo con una fuerza que me aterra. Por eso, no quiero dar ni un paso más.

La idea es que ella salga destruida, para joder a su hermano, y no que en el camino lo haga yo también.

Tengo que encontrar la forma de no desearla con tanta fuerza.

—Quiero que trabajes esta tarde en mi cuarto especial. Lo necesito cuanto antes. La semana que viene lo quiero listo.

—Es muy poco tiempo...

—¿Te lo pido para esta semana?

—¿Tanta prisa tienes por follar con otra pensando en mí? —Sus palabras son un dardo afilado, pero, lo peor, es que es cierto.

—Si me importaras tanto, ya te habría follado. Eres solo, una más.

Veo dolor en sus ojos, pero no retiro mis palabras. ¿No se supone que debo enamorarla? Nunca me he enamorado de nadie. Nunca he

estado enamorado, y no sé cómo mierda se hace, pero seguro que no es así.

Le mando trabajo y me marchó a una reunión. Necesito pensar.

Estando en ella, veo las fotos de Renata en la discoteca, conmigo. Quizás, debería mandarlas a Jeb y acabar con esto.

Las miro y me tienta hacerlo, porque así Renata desaparecería de mi vida para siempre.

Capítulo 19

Renata

Wesly me manda el diseño que quiere para su cuarto especial.

Le digo a Basil que tenemos que acabar esto cuanto antes.

—Al parecer, tiene mucha prisa en usarlo —comenta mientras revisamos cómo hacen las obras del techo. Han dejado todo parado, para centrarse en esto.

—Al parecer, así es —respondo.

Mi boca sigue latiendo por la de Wesly. No sé qué me empuja a discutirle todo. A rebatirlo o a sacar ese fuego de dentro de mí.

No regresó de la reunión, y no lo volví a ver.

Vigilo el trabajo, antes de irme para comenzar con la decoración de la salita.

Pongo todo con mucho cuidado y mimo.

Basil me manda a alguien para que me ayude a poner los cuadros, y acabo dejando una manta en una parte del sofá, que sé que Wesly no va a usar.

Le mando un mensaje, para informarle de que esta habitación está terminada.

Lo lee, pero no responde.

Voy a otra y trabajo con ayuda varios muebles. Hay cuartos que solo había que pintar, y por eso me es más fácil terminar todo.

El sótano se va a dividir en tres espacios: piscina climatizada, zona de deporte, y una sala para tomar algo con amigos. Con mesa de billar, tele grande y una pequeña barra, para si quiere servir algunas cosas. Todas las estancias dan al jardín trasero, donde se está trabajando en una piscina con cascada, que simulará una fuente natural, rodeada de plantas.

Hago fotos del nuevo cuarto, antes de irme a casa, y me siento satisfecha con el trabajo.

Envío a mis padres fotos de todo en el coche.

Me llaman, mientras Roque espera que le diga adónde vamos. Estamos en el garaje.

—¿Eso lo has diseñado tú? —pregunta mi madre.

—Bueno, los muebles no los he decorado yo.

—Ya, pero son bonitos. Has elegido un sitio muy acogedor. Seguro que la persona es hogareña.

Es un ogro, pero no se lo digo.

—Por cierto, tu hermano ha estado comiendo en casa —me informa mi padre y me tenso—. Ha preguntado por ti, que dónde estás. No le hemos dicho nada, pero lo vi afectado por no saberlo. Te quiere mucho, Renata, y está sufriendo por no saber nada de ti.

—Papá, entiendo que estás feliz porque tu hijo, el que te repudió de niño y se cambió el apellido, por el del marido de su exmujer, te hable, pero deja de intentar que yo lo perdone.

—La gente cambia, Renny. No puedes guardar tanto rencor dentro. Tu hermano es un buen hombre, un padre de familia, y te necesita.

«Para controlar todo lo que hago», pienso, y me altero.

—Deja a Renny en paz —dice mi madre, que siempre se pone de mi parte en este asunto.

—¿Y si fuera tu hija la que siendo joven se equivocara? ¿Acaso no esperarías que la gente le diera una nueva oportunidad? ¡Te ha pedido perdón!

—No me hagas hablar de este tema, que la tenemos. Si ella no quiere saber nada de él, respétalo. A menos, claro, que tengas miedo de que, si no le dices dónde está Renny, te deje de hablar. Solo te usa.

—Eso no es cierto. Mi hijo me quiere. —Mi padre se enfada por lo que insinúa mi madre, pero siempre ha sido así.

Mi hermano le pide algo y él corre a hacérselo, pasando por encima de quien sea.

Mi padre se ha pasado afectado toda la vida, porque su exmujer se casara con un hombre rico, y criara a su hijo. Este no ha querido verlo durante años, porque decía que odiaba a su padre pobre.

Mi padre nunca ha sido pobre. Es trabajador, pero me llevaban a esa casa y tenía que convivir con ellos. Con Jeb.

Allí no estaba mal, porque las niñeras que ponían a mi cuidado eran muy buenas, pero, poco a poco, me di cuenta de cómo era Jeb,

y fui acortando mis encuentros con él... Hasta que me hizo aquello, y dejé de hablarlo.

¿Y ahora espera mi padre que lo olvide? ¿Ahora que, lejos de él, estoy empezando a florecer? Ni de coña.

—Si me insistes con el tema de Jeb..., dejaré de hablarte, y es una amenaza. —Nunca le he hablado así. Mi voz se ha tornado dura, como la de Wesly.

Noto el escozor de las lágrimas en los ojos.

—No serías capaz.

—Ponme a prueba.

Se queda callado.

—Has cambiado.

—Mucho, y ni pienso dejar que nadie me arruine la vida. Tenga o no mi sangre. Si no hubiera sido mi hermano, lo habría denunciado. Así que, deja el tema, porque los dos sabemos que Jeb y sus amigos deberían estar en la cárcel.

—Solo fue una tontería. Estaban borrachos... ¡Tú también! —Cuelgo.

Seguimos en el garaje, y me estoy ahogando por las lágrimas. No soy capaz de salir, ni de dar ninguna indicación a Roque. No soy capaz de olvidar el pasado, y hacer como que eso nunca pasó. ¿Por qué mi padre insiste tanto? ¿Acaso no ve el daño que me hace?

Estoy tan metida en mi mundo, tan agobiada que, cuando la puerta se abre y aparece Wesly, con la camisa arremangada y el gesto contrariado, no sé reaccionar.

—Estoy bien... Solo necesito un momento.

Tira de mí y salgo del coche. Me coge en brazos, y me dejo caer en el hueco de su cuello.

Wesly no debería darme consuelo, porque parece que me odia. No debería encontrar paz aquí.

—Si me dices quién te ha hecho esto, iré a darle una paliza. —Sonrío, a pesar de todo.

Me conduce hasta el sofá del nuevo cuarto y se sienta conmigo. Estoy entre sus brazos.

—No soy débil... Solo necesito un momento.

—Por un momento, y que no sirva de precedente, prometo no

hacer nada, salvo estar aquí.

—Me vale con eso.

Intento relajarme.

Pienso que Wesly no debería estar aquí, pero seguro que Roque, al verme mal, le escribió, y este apareció. Son estos detalles de Wesly, los que me descolocan. Los que me hacen preguntarme qué se esconde tras todas estas capas que se ha autoimpuesto.

—No me negarás que el sofá no es cómodo —le digo para recuperar la cordura.

—Lo es. Me recuerda a la casa de mi infancia. —Mira a su alrededor serio.

—¿Viviste en Italia?

—Solo hasta los diez años. Mi madre se enamoró de un americano y nos trajo con él a los tres.

—¿Los tres?

—Tengo una hermana pequeña —me indica y su mirada se oscurece.

—¿Y te llevas bien con ella?

—Sí, pero desde hace años no es la misma, y no habla con casi nadie.

Pienso en Jeb, y en que yo no quiero saber nada de él. Wesly era amigo de Jeb. ¿Y si es como mi hermano?

—Estoy mejor. Gracias.

Nos miramos y nota que ha cambiado algo en mí.

Sonríe, con algo parecido a la tristeza, y me levanta.

—Ya sabes dónde te espera Roque.

—Sí, gracias por todo.

Empiezo a ir hacia la puerta, pero sus palabras me detienen.

—¿Por qué sigues trabajando para mí, si está claro que me detestas?

—No te detesto, y eso es lo que me da miedo —admito.

Por suerte, no pregunta más.

Regreso al coche y Roque me lleva a casa.

Cuando tomo aire, huelo al perfume de Wesly, mientras la razón me grita que salga corriendo y el corazón que espere un poco más.

Llego a mi casa y he encerrado en mi mente el pasado, como si

nunca hubiera existido. Como si ese episodio de mi vida le hubiera pasado a otra persona y no a mí.

Estaba borracha..., pero eso no cambia lo que pasó.

Capítulo 20

Wesly

Renata me informa de que la habitación está acabada; que está todo listo para que disfrute del cuarto del terror.

Lo dice tal cual.

No hemos hablado de lo que pasó la otra noche. Es como si nunca hubiera existido.

Roque me avisó de que, tras hablar con alguien, se puso agitada y nerviosa. Le pregunté sobre lo que habían hablado, pero me dijo:

—No me pagas para ser un chivato.

Me molestó mucho que no me lo contara, pero tampoco insistí porque, si sé más de Renata, será peor.

Aun así, al verla destrozada, la cogí y la llevé al primer cuarto que estaba acabado. Ese que, al verlo, me transportó a mi casa.

Aunque mi madre no podía permitirse muebles caros, teníamos una pequeña salita, llena de detalles.

Renata ha conseguido cuadros de mi tierra, de la costa siciliana, y objetos de aquella zona.

Fue raro entrar en ese lugar y sentir que viajaba en el tiempo; a uno donde era un niño ilusionado y alegre, aunque también uno que sufrió mucho.

—Es lo mejor para la familia —me dijo mi madre, antes de casarse de nuevo.

Lo dijo tan segura, que la creí. Pero no lo fue.

Renata es buena haciendo su trabajo, pero yo no quiero recuerdos del pasado y, por eso, he guardado todo lo relacionado con Sicilia. Si le ha molestado, no me lo ha dicho.

—Siguen queriendo comprar empresas de Seattle para ir contra nosotros —me informa Luben.

—Que lo intenten. Al final, siempre logramos salir adelante.

—¿Igual que están yendo las cosas con el mercado japonés?

Lo fulmino con la mirada.

—Descubre de quién se trata, si tanto te inquieta. Así te pagaré

por algo más que por hacer el vago.

Le duele, pero es cierto. Si no fuera mi mejor amigo, ya estaría en la calle.

—Lo haré.

Sale de mi despacho y miro la hora que es.

Es viernes, tengo un cuarto listo para usar y debo sacarme a Renata de la cabeza como sea.

Hay una fiesta a la que no quería ir, pero de golpe se me antoja interesante. En esos lugares siempre hay atractivas mujeres que se mueren de que les haga caso. Seguro que encontraré alguna que haga que me olvide de lo mucho que deseo a una descarada de ojos violetas y lengua afilada.



Llego a mi casa y subo al cuarto sexual.

Al entrar, veo la gran bóveda en el techo, desde la que se ven las estrellas. Tiene la opción de ponerse negra, por si quiero más intimidad. La cama es muy grande, con sábanas de seda, y con varias zonas de agarre para esposas. También hay agarres ocultos en la pared, para si quiero jugar en ella. Ha colocado un potro y una silla, que llama mi atención.

Al ir hasta ella, compruebo que se abre y, si pones las piernas de una mujer, a cada lado, puedes follar o darte un festín con su coño, mientras ella está atada y no puede moverse.

Es de color azul marino y está puesto en una esquina, con lo que no quita la elegancia del espacio.

Hay un armario y una ducha en cascada a un lado. Con un banco, para poder terminar de asearte.

También ha montado una zona de comida, con frigorífico, y en los armarios hay un sinfín de juguetes sexuales. De todo tipo, tamaños y gustos.

«Joder..., ha hecho su trabajo a la perfección».

Lo peor, es que imagino a Renata, colocando cada mueble y dejando todo esto aquí. Imagino su cuerpo desnudo en cada lugar

de este cuarto o bajo la cascada de agua, mientras la follo con fuerza.

Este lugar no es para ella, y, con seguridad, tampoco para nadie, porque dudo que confíe en alguien tanto para algo más que sexo rápido sin ataduras.

Saco el móvil y miro las fotos de Renata conmigo, y me tienta mandarlas, para acabar con esto. Seguir con mi vida, sin todo esto, que pesa en el pecho.

Sería lo mejor.

Renata

Basil viene a buscarme para la fiesta. Selena va a mi lado. Nos ha invitado a las dos, al final, ya que me dijo que, si quería que viniera mi compañera, por él no había problemas.

Lo preferí porque, si no, parecería una cita.

Basil me mira, dejando claro que mi vestido, en tonos violeta, le encanta.

Es cosa de Selena. Ella va con un precioso vestido negro.

Los presento y, por la cara de mi amiga, sé que le gusta lo que ve.

Entramos al coche.

Intento seguir la conversación entre los dos, pero no dejo de pensar en Wesly y en su cuarto del placer. Cada cosa que llegaba para instalar allí, lo imaginaba con otras y me dolía. Cada juguete sexual que puse en esa cómoda me era pesado en las manos.

No debería sentirme atraída por él, y no debería doler imaginarlo con otras.

Pero lo hace.

Vamos hasta donde será el evento.

Nada más entrar, Basil nos presenta a algunas personas, como unas amigas.

Paseamos por la sala y, aunque no quiero, me pregunto si Wesly estará usando la sala de juguetes sexuales. Algo oscuro se instala en mi pecho al imaginarlo con otras.

Cojo algo para beber y alzo la mirada para examinar la sala, cuando Basil me habla al oído, para preguntarme si todo está bien. Voy a decirle que sí, cuando la sonrisa que tengo en mi boca para él

muere en mis labios, al ver a Wesley al lado de una rubia preciosa, al fondo. Mi corazón da un vuelco antes de acelerarse, y, de golpe, todo mi alrededor se desdibuja. Solo soy consciente de su persona. De cómo su mirada verde azulada se centra en la mía, mientras bebe.

La rubia que está a su lado no se da cuenta. Es ajena a cómo compartimos una mirada intensa.

—¿Todo bien? —insiste Basil, y sigue mi mirada.

—Mi jefe está aquí.

—Ya veo. —Centra su atención en mí—. Que yo sepa, no estás en horas de trabajo y no tiene por qué molestarle lo que hagas en tu vida privada.

—No le molesta.

Miro a Wesley de reojo y no deja de observarnos. Su mirada se hace más oscura y su compañera está cada vez más cerca de él. Me pregunto si ella será la elegida, y siento dolor.

Aparto la mirada y me centro en Basil. Pone su mano en mi cintura y vamos hasta otra de las salas, donde están dando algo más que bebida, y hay obras de arte para admirar.

Observo las pinturas y Basil me cuenta varias cosas de ellas, ya que ayudó a restaurarlas.

Conversamos de los cuadros y del diseño.

Selena se ha marchado para hablar con un hombre, que no le quitaba los ojos de encima.

Salimos de la sala y sé que Wesley sigue al fondo. No lo miro. No hace falta que lo haga para sentir sus ojos puestos en mí.

Al final, caigo en la tentación de ver si sigue con esa mujer.

Cuando nos miramos, parece mucho más enfadado que antes. A saber, qué mosca le ha picado.

Voy hacia los servicios y me paseo por los pasillos admirando la decoración.

Estoy haciendo fotos, cuando siento una mano en mi espalda.

—Sígueme. —Mi cuerpo reacciona a Wesley de forma traicionera.

Andamos hasta el fondo y entramos en una sala vacía. Se apoya en la puerta.

—¿Qué haces aquí? ¿Me sigues? —pregunta molesto.

—Ya quisieras tú que te siguiera, como esa rubia, que parece feliz el lado de un ser frío como tú.

—¿Celosa?

—En tus sueños. ¿Ella es la elegida para estrenar la sala del placer? ¿Le harás firmar un contrato para que no cuente que al gran míster Saunders le van los juegos duros?

Se acerca y pone su mano en mi cuello. No me hace daño. Solo la deja ahí posada.

—¿Quién es?

—Es tu jefe de obra. Lo sabrías, si hubieras dejado de evitarme en tu casa.

—¿Y qué narices haces con él? —Mira mi boca y noto que mi respiración se acelera.

Lo nota, porque sus manos están puestas de tal forma que puede sentir mi piel, mis latidos, mis pulsaciones...

—Tal vez quiera follar con él.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento, porque su mirada se hace aún más oscura.

—¿Sabe que, cuando te meta la polla, pensarás en mí?

—¿Sabe la rubia que estás aquí perdiendo tu tiempo conmigo, en vez de llevarla a tu casa, para que juguéis en tu cuarto del terror?

Se acerca y mi respiración se acelera.

—Como sigas así, pensaré que quieres que te ate y pruebe todos y cada uno de mis juguetes con tu cuerpo.

Pasa su mano por mi espalda. Estoy temblando, y ahora mismo soy incapaz de pensar con claridad.

—Ya te gustaría a ti que te dejara. —Baja la mano por la curva de mi espalda, hasta los hoyuelos de mi espalda.

—¿Te apuestas algo a que me dejarías?

—¿Te apuestas algo a que nunca te cederé el control de mi cuerpo, ni dejaré que me ates?

Su mirada se agudiza.

—De momento, no tengo en mente atarte, sino demostrar que te derrites es por mí.

—En tus... —Me besa y no me deja decirle que en sus sueños.

No pienso admitir que me moría porque me besara de nuevo, ya

que eso sería darle demasiado poder a este hombre.

Capítulo 21

Wesly

Nuestro beso es una guerra de intenciones, donde queremos demostrar al otro lo mucho que nos deseamos. Esta atracción nunca debió existir. Ella solo era parte de un plan, pero es verla y sentir que el resto dejan de tener importancia.

Verla toda la noche al lado de ese hombre, me ha molestado, y, sobre todo, porque se nota que a este le gusta Renata. Pero no me extraña, porque esta mujer tiene una luz especial en la que te pierdes sin darte cuenta. Aparte de su belleza.

Pienso dar un paso más con ella. ¡A la mierda los remordimientos! Perder mi alma, para joder del todo a Jeb, habrá merecido la pena.

Cojo su cara entre mis manos y profundizo el beso, bebiendo de ella. Bajo una mano por su cuello y noto el pulso acelerado bajo mis dedos. Su piel se eriza, respondiendo a mí. Estoy deseando probar mi cuarto de juegos con ella. Solo con ella. Quiero hacerla disfrutar, que se entregue a mí. Quiero que goce con mis atenciones.

Bajo la mano por su escote, hasta atrapar uno de sus turgentes pechos entre mis dedos. Lo masajeo sobre la tela y tomo el duro pezón entre mis dedos.

—Te mueres porque lo tenga en mi boca.

—No —responde, pero su cuerpo dice otra cosa.

Tiro de su pezón hasta que gime. Hago lo mismo con el otro, mientras bajo mi mano por su espalda hasta su trasero. Me pone mucho su redondeado trasero. Cuando en el trabajo la veo trabajar de un lado a otro, soy incapaz de apartar los ojos de sus curvas.

—Si te toco ahora, seguro que mojas mis dedos.

—Te puedo asegurar que no. —Muerdo su labio inferior y luego lo chupo—. Alguien podría vernos...

—¿Y no te pone el miedo a ser descubierta?

—Nada de nada.

Muerdo su cuello y cojo el lóbulo de su oreja entre mis dientes.

—Qué mal mientes. —Subo mis manos por el interior de sus

muslos.

Aprieta las piernas para no dejarme avanzar.

—Es arriesgado.

—La vida es un riesgo. —Sigo subiendo, hasta llegar a su tanga—. Joder, estás muy mojada. Traspasa la tela.

Me excita mucho saber que responde así a mis atenciones.

—Lo mismo es por otro.

—No digas eso ni en broma —indico de forma posesiva, antes de besar su boca y tirar de su tanga, hasta que se rompe y cae al suelo.

Toco su sexo de manera salvaje y posesiva. Paso mis dedos por sus aterciopelados pliegues. Se ha depilado y los jugos resbalan por su raja. Gime en mi boca mientras la abro y busco el clítoris. Noto cómo late bajo mis dedos. La acabo de empezar a tocar y el orgasmo ya se anida aquí.

—No te corras aún —le pido, metiendo los dedos en su interior y usando la palma, para que se frote contra esta—. No hasta que me folles con fuerza los dedos.

Muevo mis dedos de dentro hacia fuera, sin dejar de besarla.

Sus gemidos me están volviendo loco, mi polla presiona con fuerza en los pantalones. Quiero entrar en ella con fuerza. Quiero follarla hasta que suplique. Hace tiempo que nadie me pone así.

—¿Te gusta follarme la mano?

—Ni un poco.

Sonríó por su descaro y aumento las embestidas para que gima con más fuerza.

—Eres una mentirosa. —Muerdo su labio—. Fóllame con fuerza, como la guarrilla que eres. —Mis palabras sucias la excitan.

Joder..., es perfecta para mí, porque sigue mis juegos y aumenta su placer. Es como si supiera la diferencia que existe entre el rol del juego sexual y la realidad.

—No me pone nada, míster Saunders —tal y como lo dice, parece que hablara con mi lado oscuro.

—Te voy a enseñar dónde te lleva este míster. Estás cayendo de lleno en mi oscuridad, y te gusta. Joder, te encanta que sea duro contigo. —Aumento las embestidas.

Cuando casi se corre, saco la mano y le hago lamer su esencia en

mis dedos.

Sonríe descarada, antes de lamerme, sin dejar de mirarme, como si me comiera la polla. Veo cómo se pierden a través de sus labios rojos, y es demasiado. La beso de nuevo con fuerza, mientras meto mis dedos dentro de ella hasta el fondo.

—Suplica.

—Nunca. —Saco los dedos y protesta.

—O lo haces, o juro que te dejo con el calentón. —Masajeo su clítoris, hasta que casi se corre y me detengo.

Lo hago varias veces, hasta que no puede más.

—Por favor...

—Así me gusta. —Meto los dedos hasta el fondo y noto que su vagina tiembla.

Los muevo de dentro hacia afuera, hasta que se corre con mis dedos y su sexo me oprime.

Joder... casi me corro con solo verla.

Saco los dedos y me limpio. Hago lo mismo con ella, con un pañuelo que llevo en el bolsillo.

—¿Acaso no hice bien mi trabajo que, en vez de usar tu cuarto del terror, tienes sexo en un evento?

—¿Por qué lo llamas cuarto del terror? —pregunto divertido.

—Porque supongo que quieres someter a la mujer que tengas ahí, y que te entregue tu confianza.

—Por supuesto.

—Yo nunca podría estar atada y expuesta a otra persona. —Noto miedo en sus ojos.

—Nunca es mucho tiempo.

—Nunca es nunca. —Su mirada se oscurece.

—Para mí, es importante ese lugar. Saber que la otra persona confía tanto en mí, que me entrega su placer sabiendo que la haré gozar.

—¿Puedo confiar acaso en ti?

—No.

—Entonces, si yo, que te conozco desde hace tiempo, no puedo confiar en ti, tú exiges demasiado al resto de mujeres.

—Solo confía en mí para el sexo, Renata. No busco una historia de

amor.

—Pues yo sí. A veces creo que... Olvídalo.

—No te calles ahora.

Me mira a los ojos.

—A veces pienso que solo el amor podría curarme.

—¿Curarte de qué?

—De mi miedo a confiar.

«Déjala ir», me grita una voz. «Está rota. Lo notas, lo ves y lo sientes. Sabes que le han hecho daño. No seas egoísta y déjala ir». Las voces en mi cabeza gritan para que entre en razón.

Renata se arregla la ropa y la veo marcharse.

Me agacho para coger su tanga, roto por mis manos.

Lo meto en el bolsillo, como recuerdo de esta noche. De ella.

Debería acabar esto, mandar las fotos y el vídeo a su hermano. Tratar de que ella me odie, pero que no me ame... Joder, no sé qué mierda hacer. Por primera vez, en muchos años, no estoy pensando solo en mí mismo.



Salgo de la fiesta, con la clara idea de dejarla ir.

Lo hago, hasta que la veo preciosa y sonrojada al lado del jefe de obra. Soy incapaz de dejarla marchar. Tal vez, es que no poseo alma alguna. En el fondo, siempre lo supe.

Llego a su lado. Renata, al verme, se sonroja.

—Buenas noches, soy Wesley Saunders. Al parecer, su empresa lleva las obras de mi casa. —Le tiendo la mano y me la estrecha con firmeza.

—Basil Adams. Encantado de conocerlo.

Nos miramos retadores. Aparta primero la mano.

—Gracias por su trabajo —le indico, y luego paso la mano por la espalda de Renata, de forma íntima y poco profesional. Su sonrojo, y la mirada de Basil, así lo demuestran—. Nos vemos el lunes en el despacho. No tardes.

Me marchó de la fiesta solo.

Mi plan sigue en pie y pienso usar mi sala de juegos, pero con Renata. Al final, confiará en mí y se enamorará.

Capítulo 22

Renata

Selena cierra la puerta de casa, tras acompañarnos Basil.

Me mira, dejando claro que quiere que se lo cuente todo.

—Dime qué narices pasó, durante el tiempo que estuviste fuera, y por qué tu jefe te ha marcado de esa manera ante Basil.

—Solo se ha mostrado cariñoso...

—¡Y una mierda! ¡Ha dejado claro que entre los dos hay algo más!

—No sé dónde me estoy metiendo. —Dejo mis cosas en el recibidor y me quito los zapatos.

—A mí me alegra que te dejes llevar, porque madre mía cómo está tu jefe. No me extraña que te derritas por él.

—Siento que me hará daño.

—Con tu exnovio no lo sentías, y era un puerto seguro, pero eso también te hizo daño.

—Cierto. Tratar de forzar lo inexistente, solo daña a uno mismo. —Me quito el collar, los pendientes y la miro—. Siento que Wesly puede arrasar conmigo.

—Pues yo siento que, desde que estás a su lado, el desafío que él te plantea te ha hecho salir de tu cueva. Tal vez te haga daño, pero hoy en día todo lastima. Solo hay que ver los vídeos de TikTok, donde parece ser que casi todo lo que comemos es malo. ¿Dejamos de comer? Pues no, pues tú tampoco dejes de vivir. Cuando te haga daño, ya veremos cómo salir de ese agujero. Mientras, no te enamores de él y todo estará bien.

—¿Acaso eso se controla?

—No, pero mejor tener claro que amarlo es un error. Follarlo, no.

—Eres una bruta.

Se ríe y me abraza.

—Vive, Renny. Es hora de que lo hagas.

Deja un beso en mi mejilla y se marcha a su cuarto.

Hago lo mismo, tras coger el móvil, y me doy una larga ducha. Cuando mis manos tocan mi cuerpo, recuerdo las manos de Wesly

entre mis piernas. No me puedo creer que le haya dejado llegar tan lejos en esa sala, tan cerca del resto de los invitados. Ha sido excitante y jodidamente sexi, pero, si busca que le deje atarme..., se va a llevar una sorpresa.

O tal vez esto solo haya sido un juego de una noche.

Me seco y voy a la cama, tras ponerme el pijama.

Estoy tan excitada, por lo que he vivido, que no tengo sueño, a pesar de la hora. Cojo el teléfono para perder el tiempo viendo vídeos en redes. Dicen que hacerlo antes de dormir es malo, pero a mí me da sueño. Debo ir al revés del mundo.

Entro a la cama y desbloqueo el móvil.

Tengo un mensaje de Wesley, que no lo esperaba.

Mi tonto corazón da volteretas. No quiero que entre en juego, pero no sé cómo decirle que no se enamore de alguien como él.

Wesley:

¿Has llegado a casa?

¿Ahora te preocupa si llego a casa sana y salva?

Veo que escribes, a pesar de que el mensaje es de hace una hora.

¿Para qué mierda tienes móvil, si no le haces caso?

Cuando me lo estoy pasando bien y no estoy trabajando.

Lo tengo en silencio.

Ese hombre nunca te dará lo que buscas.

No te importa, Wesley.

Sí, me importa, si está interesado en la mujer que me pienso follar.

Noto que mi sexo da una sacudida. Ahora sí está siendo claro con sus intenciones.

No he dicho que yo quiera algo más de ti.

Entonces, niégate aquí y ahora.

Si lo haces, te juro que no te volveré a molestar en la vida.

No soy bueno para ti...

Deberías elegir dejarlo aquí.

Joder, ¿y ahora qué hago? La idea de dejarlo todo aquí, es lo que la razón me pide, pero, por una vez, no deseo pensar tanto en lo racional, en lo seguro... Necesito lanzarme, hacer algo diferente, y estar al lado de Wesley me hace sentir más viva que nunca. Hace que me olvide de todo. Hasta del horror de esa noche.

En sus besos no existe nada ni nadie. Ni tan siquiera mis fantasmas.

«No soy bueno para ti», ha dicho, y lo sé. Sé que no es bueno para mí, pero, a su lado, estoy aprendiendo a vivir. A ser yo misma. ¿Cómo se puede renunciar a todo eso, tras la vida que he llevado?

Mientras no lo ame, todo estará bien...

Nos vemos el lunes.

Intenta no trabajar mucho mañana.

Te recogerá Roque una hora antes, en tu casa.

Baja sin comer nada.

Tienes revisión médica.

¿Cómo?

No me responde. A saber, qué trama ahora. Sé que en la empresa te pagan una revisión médica al año, pero, al estar de prueba, no lo esperaba. ¿Coincidencia? Lo dudo. Algo trama. Además, si soy sincera, me excita lo que pueda estar pensando, aunque no debería.

Mando a la razón a una caja, bajo llave. Necesito, por una vez, solo dejarme llevar.

Capítulo 23

Renata

Llego al trabajo tras las pruebas médicas.

Llamo al despacho de Wesley y me dice que pase.

Dudo, con la mano en el pomo. No le dije que se olvidara de todo, y no sé qué pasará a partir de ahora.

Abro y veo a una enfermera sacando sangre a Wesley. Este habla por el móvil, como si nada.

Centra su mirada en mí, cuando llego a mi mesa. La forma en la que me observa me hace arder.

La enfermera termina, y le pone una gasa.

Wesley pone el manos libres para sujetarla y la enfermera se marcha.

Escucho la conversación, mientras preparo mis cosas y él presiona la herida.

Yo estuve así un rato.

Observo sus fuertes antebrazos y sus manos. Esos dedos que me hicieron temblar... Noto los pezones duros.

Centro mi atención en el trabajo.

Wesley tira la gasa y se baja la camisa. Luego, se pone la corbata y la chaqueta. No deja de hablar en todo momento. Su mirada está fija en mí, aunque yo hago como que no me doy cuenta.

Al colgar, habla en italiano:

—*Dovresti scappare prima che ti divorci completamente e dopo non rimanga più niente di te*⁴.

—Es de mala educación hablar en un idioma que no entiendo.

—Nadie te prohíbe que lo estudies. Tener más idiomas te vendrá bien para tus objetivos.

—Nadie. —Nos miramos a los ojos un instante. Su mirada es tan ardiente, como la mía. Noto que me sonrojo y mi cuerpo tiembla—. ¿Empezamos a trabajar o perder sangre te ha hecho débil?

—¿Quieres que te demuestre lo débil que estoy? —Mi corazón da un vuelco, y sonrío de medio lado—. A trabajar, Renata.

—Mis amigos me dicen Renny.

—Tú y yo nunca seremos amigos. Que quiera follar contigo, no me convierte en nada tuyo.

Lo miro seria, fría y sin que note cómo me duelen sus palabras.

—Mejor, porque no soportaría ser amiga de un ser tan mezquino. Solo me pones cachonda, pero lo mismo que consigue un vibrador. Frío, satisfactorio y desechable. Ahora, empecemos a trabajar.

En su mirada veo algo parecido a la admiración. Le gusta que no me achante, que le rebata y pelee. Centro mi atención en el trabajo y, por suerte, no mencionamos nada sobre esta atracción que nunca debió existir entre los dos.

A la hora del almuerzo, voy con Eneas. Vamos a una mesa y parece cansado.

—Nadie quiere ascender y trabajar para el jefazo. Es muy complicado como jefe.

—No lo creo así, porque yo estoy aprendiendo mucho de él. —Me mira extrañado—. La verdad es que creo que se asustan por nada.

—El señor Saunders es muy frío.

—Lo es, pero no pide nada que no pudiera hacer él mismo. —Siento que el resto de los empleados nos observan—. Si ninguna quiere asumir el puesto de secretaria, es que tal vez no sean tan buenas para trabajar en este sitio.

—Seguiré con las entrevistas. Tú no puedes sostener durante mucho tiempo dos trabajos, aunque, cuando acabes con la decoración de la casa del jefe, si no te da trabajo aquí o te quedas como su secretaria, ¿qué vas a hacer? Ya tenemos un equipo de diseño, y el jefe no te quiso en él. Eso es porque seguramente te despida. ¿Te lo has planteado?

No, no me lo había planteado, pero a la cabeza se me viene Basil y su oferta. Al final, tendré que aceptarla.

—Tengo otros planes. No te preocupes por mí.

Termino de comer y al volver hay una mujer en mi puesto.

Wesly no está, pero ella revisa las cosas como si fuera la dueña del lugar.

—Así que no somos buenas para trabajar aquí, ¿no?

La reconozco. Es la secretaria de Luben, y creo que se llama Cori.

—Desde que estoy aquí, solo veo cómo se quejan.

—Yo no, pero estaba con el señor Evans, y no me pareció bien dejarlo a un lado. Creo que puedo llevar a los dos, y demostrar, a las que piensan que son superiores, que soy mucho mejor.

—Tú misma.

—Me lo ofrecieron, pero no vi razón para hacerlo. Ahora tengo un reto. Lo que diga el señor Saunders, haré. —Se sienta en mi mesa y coge mis notas.

La veo revisarlo todo y poner mala cara.

—No eres profesional.

—Por eso no me han despedido —replico.

Estoy temblando. Mi infancia se redujo a estudiar y tener que soportar a mujeres como ella, que nunca entendieron que lo único que deseaba era que me dejaran en paz en mi mundo, que no se esforzaban por entender.

La puerta se abre y aparece Wesly. Al ver a Cori, se sorprende y va hasta su mesa.

—¿Luben tiene algo para mí? —Wesly se desabrocha la chaqueta, antes de sentarse.

—No, he decidido aceptar la oferta de trabajar para los dos, y ganar el doble.

—Esa oferta no está disponible. Ahora regresa a tu puesto de trabajo.

Noto que el orgullo de Cori está herido.

—Ella no es mejor que nadie.

—Nadie es imprescindible en mi empresa. Si no te gusta trabajar aquí, siempre puedes irte.

Cori me mira y se marcha de malas formas, tras mirarme como si quisiera matarme.

—¿Te has buscado una enemiga?

—Solo comenté que eran unos incompetentes, porque no soportan trabajar contigo. No tengo la culpa de que escuchen conversaciones ajenas.

—Vamos a trabajar, y la próxima vez que alguien te diga algo, imagina que soy yo. Así lo mirarás como si quisieras reducirlo a cenizas.

—Yo no te miro así.

—Cuando me replicas, sí. Tienes fuego dentro. Quien lo apagara, quería hacer de ti justo eso: alguien reducido a sus cenizas.

«Si supiera...».

Mira el ordenador y me pide cosas que hacer.

Tengo adelantado trabajo, y eso facilita las cosas.

Me llama para que vaya a su mesa, y mire unos correos erróneos.

Lo hago, y me pongo muy cerca de él. La respiración se me acelera y noto cómo su cercanía me hace temblar.

Habla y miro su boca, primer error, porque recuerdo su sabor, cuando invadió la mía.

—Si no te centras, tendré que follarte sobre la mesa —me dice sin mirarme.

—Solo observo lo feo que eres. —Sonríe y me centro en el ordenador.

Acerca su boca a la mía, y, con seguridad sea para demostrar que no me parece poco atractivo, pero suena su móvil.

Se levanta y lo coge, saliendo del despacho.

Miro los errores de los correos y me centro en el trabajo, hasta la hora de irme.

Me marcho para trabajar en su casa, antes de que regrese.

Al llegar, Roque saca del coche una bolsa de comida para llevar y me la tiende.

—La ha pedido el señor para usted. Dice que no puede alimentarse solo de barritas o fruta.

La cojo y entro a la casa, feliz por el detalle.

La verdad es que debería prepararme algo para comer, pero, cuando llego a mi casa, ya ceno de forma contundente, y no tengo ganas de prepararme nada para el día siguiente. Cojo lo que pillo en casa de Wesley y me pongo a trabajar.

Hoy ya no es así.

Saco la comida, que huele de maravilla. Hay mucha.

Disfruto de la comida sola, antes de que lleguen los obreros.

Los dejo pasar y recojo todo, para irme a trabajar a continuación, revisando los muebles que han ido llegando por las mañanas.

Roque deja que pasen a la casa.

Por lo que sé, Wesley tiene gente que le limpia, pero nadie interno. Vienen, limpian y se marchan.

Roque es quien lo supervisa todo.

Basil llega y me ayuda con los muebles. Hay uno que ha venido picado y hablo con la tienda, para que me lo cambien, pero no quieren hacerse responsables de los golpes por el transporte.

—¿Cómo que no queréis haceros responsables por el traslado? —Basil me dice que insista y me escribe en un papel que amenace con comprar el resto de los muebles en otro lugar.

Hago lo que me dice.

—No hay otros como nosotros —me suelta la dependienta.

—Mi jefe tiene dinero suficiente para pedir los muebles en cualquier parte del mundo y pagar los portes. Mira, mejor, así podré pedir muebles de mejor calidad...

—Mañana pasarán a por él.

—Y la próxima vez que algo venga dañado y no me lo querías cambiar, cancelaré todos los pedidos. —Cuelgo y me apoyo—. Estoy temblando.

—Lo has hecho genial. —Se acerca y pasa mi pelo tras la oreja—. No dejes que nadie te acobarde. Esta gente quiere pelearse con tiburones. Tienes mucho que aprender. —Su mirada se hace intensa.

Quiero apartarlo, pero no puedo moverme. No sé reaccionar cuando alguien se me acerca tanto. Me bloqueo.

Basil no hace nada ofensivo, pero no quiero ser parte de esa caricia.

—A mi despacho —grita Wesley desde la puerta. Ando hacia él—. No te pago para acariciar a mi empleada. La próxima vez, estarás despedido.

—Por supuesto —indica Basil.

Sigo a Wesley hasta su despacho.

Al entrar, cierra la puerta y me apoya en ella.

—¿A qué juegos? ¿Quieres tener su polla caliente para cuando no te haga caso? —Le cruzo la cara y luego coge mi mano, que pone sobre mi cabeza—. ¿Por qué no sacaste ese fuego con él?

—¡Porque no me sale! —Lo miro agitada.

—¿Conmigo sí? —Asiento—. Eso no tiene sentido.

—Lo sé.

—¿Y si tratan de forzarte? —Se me acelera la respiración—. Joder, Ren, tienes que sacar ese fuego. No puedes dejar que capullos como yo te hagan cenizas.

—Bueno, contigo no me dejas. Quiero creer que, si alguien tratara de forzarme..., reaccionaría. Pero Basil es cariñoso y bueno...

No acabo, porque me besa, sin que pueda seguir elogiando al otro hombre.

—No soporto que tu boca elogie a alguien que no soy yo.

Me besa de nuevo, de forma posesiva, acercando su cuerpo al mío.

Aprieta mi cuerpo contra la puerta. Solo puedo temblar y derretirme entre sus brazos.

Mete su rodilla entre mis piernas y me las abre.

Lleva su mano a mi cara y me mueve para profundizar el beso.

—Tengo que trabajar —le indico, cuando se separa para respirar.

—No, sin que antes te escuchen gemir por mí.

—Eso no es profesional.

Lleva su boca a mi escote y abre los botones laterales del vestido.

—No es profesional... —Abre un botón más. Dos—. ¿O no quieres estar aquí? Por una vez, deja de ser la chica responsable y estudiosa, y sé la mujer que quiere vivir. ¿Qué desea esa mujer? — Mis ojos se pierden en los suyos, mientras espera para seguir o apartarse.

Pienso en mis tardes de estudio, para protegerme del mundo; en mi exnovio, que odiaba el sexo y sabía que nunca iría más lejos. Pienso en mí, en lo que deseo, sin todo lo demás. Sin un pasado que duele. ¿Qué deseo yo?

—Hazme gritar.

—Será un placer, pequeña. —Termina de quitarme los botones del vestido y queda abierto a ambos lados.

La respiración se agita, y más ante su mirada. Le gusta lo que ve. Le gusta mucho. Me siento preciosa bajo su mirada verde azulada. Deseada. El deseo nunca tuvo una mirada tan sincera.

Pasa los dedos por la cima de mis pechos y vemos juntos cómo estos se fruncen, y se endurecen hasta doler.

—Y solo por un roce... —Parece aborto en las reacciones de mi cuerpo—. *Sei una ragazza molto bella*⁵.

Si me habla con ese acento en italiano, me derrito. Más, cuando es susurrado, con ese tonto ronco y sensual. Joder..., o me toca, o voy a correrme solo, por cómo me observa.

Gimo y me mira sorprendido. Entonces, coge mi cara con una mano, y me besa, mientras la otra se pasea por mis curvas. Hago lo mismo con mis manos y lo toco, disfrutando del placer de tenerlo todo para mí.

Tira de mi sujetador y me lo baja, para que mis pechos se queden libres por encima de la pieza.

—Desde ahora, solo sujetadores con cierre delantero.

Es una orden, y me pone mucho que me dé órdenes sexuales.

—Vale —claudico, y sé que le excita.

Cuando me besa, es una caricia ardiente, mojada y dura.

Tira de mis pezones, mientras su boca me devora, y su lengua me invade, lamiendo y tocando cada parte de mi boca.

Gimo de nuevo, y esto le hace gruñir de placer.

Lo deseo tanto que duele.

Baja la cabeza por mi cuello, hasta el valle de mis pechos.

Lo veo meterse un pezón en la boca, mientras la otra mano estruja y juega con el otro. Lo pone a punto, mientras succiona su gemelo.

Joder..., estoy ardiendo. Verlo ahí, entre mis pechos, es demasiado para mí.

—Cuando te meta la lengua, en tu apretado coño, quiero que esté muy mojado. —Sonríe, por mi cara de sorpresa, al comprender que va a devorarme entera.

Noto que mi sexo se contrae, antes de dar una fuerte sacudida.

Casi me corro con solo imaginarlo entre mis piernas, lamiendo cada gota de mi placer.

Noto los pechos hinchados y más sensibles que nunca.

Jadeo y gimo, sin importar que alguien pueda escucharme. Ahora mismo estoy perdida en lo que siento con Wesly.

Me coge en volandas, hasta llevarme a la mesa de su escritorio.

Abre mis piernas, se sienta frente a mí y me mira, como si fuera a devorarme entera.

—No eres consciente de lo hermosa que eres. —Pasa los dedos por el interior de mis muslos, y noto la piel de gallina—. Eres jodidamente receptiva.

Llega hasta mi sexo y tira de mi ropa interior, hasta que esta se mete entre mis pliegues. Luego, la mueve de arriba a abajo, para que la fricción toque los puntos más sensibles de mi sexo.

Echo la cabeza hacia atrás y aprieto los dedos de los pies.

—Wes...

—Esto solo acaba de empezar. Eres mi jodido festín.

Muevo el cuerpo de delante atrás, sumergida en este mar de deseo.

Tira de mis pezones, mientras la ropa interior roza mi caliente sexo, y me lleva al límite, una y otra vez. Abre el cajón de su escritorio y saca unas tijeras. Las lleva a un extremo de la prenda, que está dentro de mi sexo, y corta. Después, corta el otro.

—Eres como un regalo para mí.

Tira de mi ropa interior cortada y abre más las piernas, para verme mojada y lista para él.

El fuego de su mirada me hace temblar. No me toca. Solo me mira, pero los latidos de mi corazón se aceleran. Más, cuando saca el móvil y creo que me va a grabar.

No, lo que hace es hacer una llamada de trabajo, mientras no deja de mirarme, abierta y lista en su mesa.

¡No me lo puedo creer! Mentiría si no admitiera que su mirada oscura, puesta en mi cuerpo sonrojado, cuando hace algo cotidiano, no me excita.

Anota algo en la agenda y coge el ordenador, para mirar unas cosas.

—No te muevas —me dice, sin articular palabra.

Noto el frío del ambiente posarse en mi cuerpo, como una caricia. Estoy tan caliente que enseguida lo fundo en mi cuerpo y lo convierto en vapor. No lo veo, pero lo siento.

Cuelga y hace otra llamada.

Se acerca y abre más mi sexo.

Muerdo mi boca, cuando aproxima la mano hasta mi zona más íntima. Soy su jodido banquete. Lo veo en sus ojos, me va a devorar, pero cuando él quiera.

Es excitante cederle el control de mi propio placer. Algo, que no pienso admitir nunca. Lo que no me aterra es saber que, si no quiero seguir, puedo irme. Nada me ata a este lugar. Estoy, porque lo deseo.

Wesly toma una nota y luego deja todo en la mesa, salvo el móvil. Se me acerca más, y sus dedos suben por mis muslos. Lo hacen, hasta llegar a mi sexo, y se meten dentro sin preliminares. Estoy tan mojada, que entran con facilidad.

Muerdo mi boca para no gemir. Sobre todo, cuando los saca y los mete de nuevo.

Su mirada es de alguien que sabe que me está llevando al límite y no me dará lo que quiero. Soy su juguete.

Mete un dedo más y la invasión en mi cuerpo es demasiado. Sobre todo, cuando con el pulgar acaricia mi sexo. Su mirada es cada vez más oscura y tenebrosa. No deja de mirar las reacciones de mi cuerpo, mientras trabaja.

Estoy abierta y expuesta a los deseos de mi jefe.

Saca los dedos, cuando acaba la llamada. Los lleva a su boca y huele mi esencia.

—Deliciosa.

—Wes...

—¿Dónde quieres mi lengua?

—Aquí. —Toco con mis manos mi sexo y me coge la mano.

—Tu coño ahora es mío. Nadie puede tocarlo, salvo yo, para darte placer. ¿Entendido?

«¿Dónde me estoy metiendo?», pienso mientras el corazón me late acelerado.

—Entiendo —acepto, pensando que me he vuelto loca por desear esto.

—Voy a darme un festín con tu coño, pero solo cuando yo lo decida.

Hace otra llamada y de nuevo mete los dedos en mi sexo.

No gemir, me cuesta horrores. Sobre todo, cuando aumenta las

embestidas y los saca, para pasar los dedos por mi sexo mojado.

Lo lleva a mi boca y los lamo, sin dejar de mirarme.

Cuando los saca, los lleva a mis sensibles pezones y tira de ellos, mientras habla como si nada. Da la sensación de que no tiene ante él a nadie desnudo, para su disfrute. Es como si no sintiera nada. Ni tan siquiera deseo. Si no estuviera viendo su mirada, creería que no le excita todo esto, pero sus ojos... Sus ojos hablan de placer oscuro y morboso.

Pasa los dedos por mi sexo y los mete dentro, mientras no deja de hablar de negocios. Entiendo más o menos la conversación. Hablan de alguien que está comprando empresas para hacerse fuerte en Seattle, y no saben quién es.

Está conversando con su socio.

—Sí, la tengo aquí —dice, mirándome fijamente—. Cumple muy bien mis deseos. —Mete los dedos hasta el fondo, y muerdo mi boca hasta hacerme sangre—. Es una gran profesional. —Los latidos se me aceleran e introduce los dedos más hondo. Me folla con ellos—. Se deja la sangre en todo lo que hace.

Joder, no me puedo creer que hable de algo profesional, sobre mí, mientras me folla con sus dedos.

Cuelga y deja el móvil en la mesa. Se levanta y pone su mano en mi boca. Toca la sangre y luego me come la boca con posesividad.

—No te imaginas cómo me pone jugar contigo... No deberías ser tan perfecta para mí —lo dice, como si fuera algo malo.

No lo entiendo, pero su beso atonta mis sentidos y soy incapaz de pensar en nada más que no sea él.

Se sienta de nuevo en la silla y mira mi sexo perlado por la humedad.

—Tan mojada y jodidamente sexi... Tan mía.

No puedo contradecirlo, porque ahora mismo dudo que pueda ser de nadie más. Estoy presa de él, de sus deseos, de esta nube de pasión que me ha descubierto y me hace arder solo por él.

Pasa primero una pierna por su hombro y luego la otra.

Lo primero que siento es su aliento; luego, su lengua, que me acaricia con gula de arriba abajo. Gimo, y esta vez no soy capaz de callarme el placer que me produce su boca lamiendo mi sexo.

Tiro de su pelo negro, cuando adentra su lengua en mi cavidad, y la mete y saca, como si me follara.

«Joder... Esto es demasiado».

—¿Es tu primera vez?

—Sí...

Por su sonrisa, sé que le gusta ser el primero.

—No dejes de mirarme —me pide, mientras veo cómo lame con su lengua mi clítoris, y mete un par de dedos en mi sexo.

Los dedos entran y salen con fuerza, mientras lame un punto de mi sexo que ignoraba que fuera tan sensible.

—Wes... Yo... No puedo más.

—Aún no he acabado contigo. —Tira de mi clítoris y me lame, mientras me lleva al límite del orgasmo.

Se levanta y me besa.

Su boca tiene mi sabor y esto lo hace todo más íntimo.

Desliza las manos hasta mi trasero y las deja ahí, antes de bajarme de la mesa.

Nos besamos con desesperación. El beso es rudo, caliente y morboso.

Se separa y gira mi cuerpo, para que mis pechos se apoyen en la mesa. El frío de esta, los eriza. Sube mi vestido y observa mi redondeado trasero en pompa para él.

—Tengo que hacer otra llamada. No hagas ruido. Sé una chica buena.

Este hombre no necesita una sala de juegos. Él solo se monta una fiesta en el despacho.

Ahora todo es más excitante, porque no puedo ver qué hace. Ni saber qué me hará. Imagino su mirada puesta en mi culo, y me da un pequeño azote, que hace rebotar mi nalga y latir mi sexo. ¡Joder!

Repito el azote, cuando ve que no me quejo. Mi sexo se contrae, con una sacudida, al notar el escozor. Nunca creí que algo así me pusiera tanto.

Noto mis muslos mojarse. Sobre todo, cuando los aprieto para contener el placer.

Muerdo mi boca para no gemir, cuando solo habla y no me toca. No saber qué me hará, me hace temblar.

Entonces, mete un par de dedos dentro de mi sexo hasta el fondo y los saca con fuerza, mientras no deja de trabajar. Mis tetas rebotan contra la mesa. No puedo más. Voy a correrme.

Cierro los ojos y noto las lágrimas caer por mis ojos, para aguantar el orgasmo, una y otra vez.

Saca los dedos, y los lleva a mi trasero. Noto cómo toca el agujero, y luego los mete, mojados por mis jugos.

Mi cuerpo se abre a la invasión.

Los mete y los saca.

Cuelga la llamada y me da varios azotes.

—Un día pienso follarte por todos lados. No sabes cómo me pones. ¡Cómo me gusta tenerte sumisa y rendida a mí! Eres perfecta.

De nuevo, noto que eso le molesta.

Voy a decir algo, pero su lengua lame mi sexo de arriba abajo y de mi boca solo sale un fuerte gemido. Me come el coño con gula, mientras su dedo se introduce en mi trasero.

—Wes..., no puedo más.

—Cómo me gusta escucharte suplicar... Me gusta llevarte al límite y verte tan cachonda. —Mete su lengua dentro y sale, para meter los dedos a continuación—. Eres mi jodido juguete. Ahora mismo podría hacer lo que quisiera contigo.

—Menos atarme —indica, aterrada con la idea.

—Un día me dejarás... Un día te ataré a mi cama.

Noto que eso me tensa y él también. Se levanta y besa mi cuello, tras apartar mi pelo.

—Hoy no —dice, con algo parecido a la dulzura, y noto su polla en mi sexo. Lleva la ropa puesta, pero siento lo dura que está—. ¿Sientes cómo me la pones?

—Sí.

—Te follaría, si ahora no tuviera otros planes para este coñito... Para ti.

Tira de mis pezones, mientras da varios empujones con su sexo en el mío.

Cuando se aparta, lleva la boca a mi sexo de nuevo y mete varios dedos dentro. Me da varios azotes, mientras lame mi clítoris.

—No puedo más...

—Has sido una chica buena, y dejaré que te corras.

Lame mi sexo, al mismo tiempo que mueve sus dedos. Lo hace, hasta que me corro, y esta vez nada puede detener mi orgasmo.

Grito, jadeo y dejo salir todo el placer que se ha ido anidando en mi sexo, desde que empezó este juego.

«Madre mía. ¿Qué ha sido esto? No me puedo mover».

Wesly arregla mi ropa y me levanta.

Cuando me giro, su mirada es oscura y no hay nada en ella.

—Ve al cuarto de juego para darte una ducha y cambiarte. Sabes que hay ropa allí. Luego, puedes irte a casa.

No hay besos tiernos o dulces. Esto es solo sexo. Un sexo increíble, pero nada más.

—Perfecto.

Me arreglo la ropa y cojo mis cosas, antes de salir.

Nadie me ve de camino al cuarto sexual.

Me meto bajo la ducha, y lloro, pero no sé la razón. He sido feliz y me ha gustado, pero... me ha faltado algo. Un beso, una caricia... Algo parecido al amor.

«Mejor así, porque de esta forma no me enamoraré de él. Debería darle las gracias por su frialdad, porque nadie se enamora de un corazón inexistente».

[4](#) Deberías salir corriendo, antes de que te devore entera y no quede nada de ti, luego.

[5](#) Eres una muchacha muy hermosa.

Capítulo 24

Renata

Cuando llegué a casa, conté todo a Selena.

Ella me dijo que era superexcitante, y lo es. Quiero más.

Ahora que tengo claro que solo es sexo, he pedido a mi corazón que no se atreva a sentir nada más.

—Tienes que ser egoísta —me dijo Selena—. Disfruta de él, del sexo y, luego, si te he visto, no me acuerdo. Pero esto te vendrá bien para dejar de tener miedo, y para olvidar lo que te pasó.

—No quiero hablar de eso.

Mi amiga me abrazó. Lo sabe todo porque, cuando pasó, fui a su casa y entre lágrimas se lo conté.

—Lo sé, pero esto te va a liberar. Déjate llevar. Es hora de que confíes en alguien.

—No pienso dejar que me ate.

—Pues deberías. Solo cuando te entregues por completo a otra persona, el pasado dejará de doler.

Incómoda con el tema, corté la conversación.

Hablamos de otras cosas y vimos la tele juntas.

Selena no sabe nada de Luben, pero ha empezado a escribirse con otros hombres de una aplicación, dando por cerrado ese episodio de su vida. Un día yo tendré que hacer lo mismo con Wesly, y solo espero que no me duela.

Llego a las oficinas y subo al ascensor con Eneas. Quedamos para la hora del almuerzo.

El ascensor está lleno de gente, y nosotros estamos hablando en un lado.

—El viernes he quedado con unos amigos, podríais veniros con nosotros, Selena y tú. Así conozco a tu amiga, de la que no paras de hablar.

Me río, porque es cierto.

—Vale.

—¿Dejarás tu noche de peli y manta por mí?

—Lo haré, por lo que siéntete honrado. —Sonríe y sale del ascensor con un montón de gente más.

Creo que estoy sola, hasta que lo escucho.

—Quizás, para el viernes, tenga planes para ti.

Me giro para mirar a Wesly.

Va con un traje azul marino, que le queda como un guante. Lleva el pelo algo mojado de la ducha y, solo de imaginarlo desnudo, bajo la cascada de agua, me excito.

—No me mires así, que tenemos una reunión importante.

—El viernes he quedado con mis amigos. No voy a cambiar mis planes por ti —se lo digo retadora.

—No los cambies. Si quiero jugar contigo, puedo hacerlo a distancia.

Sale del ascensor, cuando se abre, sin darme más explicaciones.

Vamos hasta su despacho y Luben, y su secretaria, entran tras nosotros. Cori se hace cargo de las cosas de Wesly, y me mosquea.

«¿Ahora no me necesita? Solo eres su juguete sexual», pienso agitada. «Si estoy aquí trabajando, es para ganarme el sueldo», me mentalizo de eso, mientras preparamos todo para la reunión.

Se queda Cori con ellos y a mí me mandan a hacer otras tareas.

Siento que algo ha cambiado por aquí; como si mi partida como secretaria estuviera más cerca que nunca.

Me marchó antes de que Wesly regrese al despacho. Todas las instrucciones que me da son para enviar correos internos de la empresa.

«Mejor, porque así nunca me enamoraré de él... Otra vez».

A veces olvido que es el mismo chico que me sonreía de esa forma tan sincera, cuando tenía que soportar al imbécil de mi hermano en verano.

—Cómo has crecido, hermanita —me dijo Jeb nada más verme, cuando llegué a su casa para pasar el verano, con doce años. Hacía poco que me había venido la regla y mi cuerpo estaba cambiado. Ahora tenía curvas y tetas, donde antes era plana como una tabla—. Vas a ser una mujer muy guapa. Tendré que hacer de hermano mayor y cuidarte.

Me miró de una forma que estaba segura de que no era la mirada

que debía dedicarme un hermano.

Ahí empezó uno de los peores veranos de mi vida y fue el comienzo de algo peor.

No dejaba que nadie me mirara, que me tocara o me sonriera, pero Wesley siempre buscaba la forma de hacerme sentir mejor.

Llego a casa de Wesley y Roque me tiende la comida.

Como y congelo lo que me sobra. Lo de ayer también.

Bajo al sótano para ver cómo van las obras y me encanta cómo va quedando todo. Siento que, cuando esta obra acabe, se terminará todo para mí con Wesley.

Estoy preparada. O eso quiero creer.

Basil llega con su equipo. Trabajan también por la mañana, pero luego se toman un descanso.

Lo saludo y me sonrojo un poco, por lo que pasó ayer, por si nos escuchó. Luego, recuerdo que soy adulta y que puedo hacer con mi vida y mi cuerpo lo que quiera.

—¿Sabes lo que haces? —me pregunta cuando tomamos un café a media tarde. Estamos solos en la cocina. Lo miro sin comprender—. Con el jefe. —Su mirada es sincera—. No me importa lo que hagas. Solo te pregunto si sabes lo que haces. El señor Saunders no tiene fama de buscar algo serio, sino de mujeriego.

—Y yo que creía que en pleno siglo veintiuno una mujer podía follarse a su jefe sin que fuera cuestionada o juzgada. —Miro a Wesley, que está apoyado en la puerta que da a la cocina—. Hipócrita. Yo tengo fama de mujeriego, pero tú también.

—Solo quiero proteger a una amiga. —Se miran desafiantes.

—Estoy bien y tengo derecho a vivir mi vida. —Basil asiente y se marcha.

Wesley se queda mirándome, sin decir nada.

Acabo mi café y paso por su lado para ir a trabajar.

Llego a la habitación de invitados y, con ayuda de algunos trabajadores, abrimos muebles, que ordenan como les pido. Me ayudan con los cuadros, y se queda medio montada, antes de irme.

—Siento lo de antes —me dice Basil, cuando recojo mis cosas—. Nunca voy a juzgarte, pero siento que tú eres de las que se enamoran..., y hombres como él, o como yo... Bueno, que no

merecemos la pena.

—Creo que deberías dejar que me equivoque. Tengo derecho a vivir. No te lo tomes a mal, pero he vivido bajo un hermano protector en exceso. No quiero pasar por eso de nuevo.

—Lo siento. —Se pasa la mano por el pelo—. Tienes derecho y yo no debería meterme.

—No, no deberías, porque seguro que tú has cometido cientos de errores, y yo estoy aprendiendo a vivir. A ser feliz. No merezco que, por disfrutar, se me juzgue o me den consejos que no he pedido.

Trata de tocarme, pero me aparto.

Lo miro orgullosa de mí y me marchó sin despedirme.

No me gusta esta doble moral, donde ellos tienen fama de mujeriegos, y resulta que ahora yo estoy cometiendo un gran error, por hacer lo que quiero, sin hacer daño a nadie.

Entro al coche de Roque y me llega un mensaje de Wesley.

Wesley:

Que nadie te haga sentir mal por hacer lo que te dé la gana.

Ni tan siquiera yo.

Lo leo y, por un segundo, es como si fuera ese joven que conocí, cargado de ilusiones, antes de convertirse en un amargado. Por un momento, casi lo veo sonreír como antes. En sus ojos había tristeza, pero también ilusión.

No le respondo. No hace falta. He entendido lo que me quería decir y tiene razón. Si estoy aquí, es para vivir mi vida como yo quiera.

Capítulo 25

Renata

No he visto a Wesly desde el lunes. Se fue de viaje, con Cori y su socio.

Me ha mandado el trabajo por correo.

Hoy es viernes y estoy muy cansada, tras una semana muy caótica. He quedado con Eneas y sus amigos para cenar. Selena irá directamente al restaurante.

Estoy en la cocina de Wesly, viendo el espacio abierto que hay por las obras. Va a quedar muy bien, y en mi mente ya lo veo montado.

Basil se me acerca y me deja unas muestras de pinturas.

Solo hemos hablado de cosas profesionales desde lo del otro día.

—Mira, lo siento, ¿vale? —Lo miro y asiento—. Eres una gran profesional y te quiero en mi empresa. Solo estaba celoso.

—Nunca te he dado motivos para creer que buscaba algo de ti, y no sé si quiero estar en una empresa donde se juzgue lo que haga.

—Lo siento. ¿Lo intentamos como amigos de nuevo? Prometo no ser un capullo. —Asiento—. Me jodió no ser él. Si te soy sincero, me atraes mucho.

Noto cómo me sonrojo y el tema me incomoda. Creí que quería que siguiéramos como dos profesionales.

Trata de tocarme una vez más, pero me aparto.

Este tema ya me pone nerviosa. Sobre todo, al ver su cara de enfado. No me gusta y me da miedo.

—Largo de mi casa. —Me giro para mirar a Wesly. Parece furioso y a punto de sacarle la cabeza a Basil del sitio, pero él no me da miedo—. ¿Acaso no me has oído?

—No puedes echarme de tu casa a mitad del proyecto.

—¿No puedo? Por supuesto que sí. Largo, y llevaros todo.

—Eso te va a costar muy caro. —Basil se pone chulo.

—Dejadlo ya. Yo no merezco la pena.

Wesly me mira con fuego en los ojos.

—Hazle caso. Una mujer no merece la pena...

Wesly lo coge de la camisa y lo estampa contra la pared.

—Largo de mi casa o te hago una puta cara nueva.

Basil asiente y se marcha para decir a sus hombres que se largan.

Nos mira, antes de salir por la puerta, que está abierta, porque estaban metiendo cosas.

—Nadie os hará mejor esto que yo, y todo por una mujer que, a la primera de cambio, se abre de piernas con su jefe.

Noto cómo se me nubla la vista. Tarde, me doy cuenta de que son lágrimas.

Wesly va a por él, pero Basil sale corriendo, como el cobarde que es.

Roque, que está cerca, ha tenido que notar que algo no iba bien o escuchar algo desde la puerta abierta, le pone la zancadilla, y Basil cae al suelo.

Se levanta y se marcha a la furgoneta de la empresa.

Miro a Wesly, mientras busca agua y me la tiende.

—¡Deja de llorar!

Lo miro herida.

—Mejor me voy a casa. Yo solucionaré este desastre... Solo tengo que buscar otra empresa o me despides y... —Tira de mí y me abraza.

—Lo siento, no sé qué hacer cuando alguien llora. —Me dejo abrazar por él, aunque es raro, porque está rígido y parece agitado —. No mereces esto.

—Tuve sexo con mi jefe en horario de trabajo, con gente cerca. ¿En qué pensaba? Eso no es profesional. Así nadie me tomará en serio en esta ciudad.

Alza mi cabeza con su mano.

—A la mierda con todos los que no te dejan llegar lejos. Dales una puta patada y sigue volando.

—¿Y si tú eres uno de ellos?

Su mandíbula se tensa.

—Un día me darás la patada más grande. Lo tengo asumido, y en el fondo sé que tú también.

Lo triste es que no puedo contradecirlo, y por eso me separo. Me marcho para buscar una solución para este desastre, en uno de los

cuartos de la casa. Acabo en la salita con mi tableta, buscando empresas que puedan hacerse cargo.

Hablo con la que rechazamos y el lunes vendrán.

Acabo y dudo ante la puerta de Wesly.

—Pasa, Renata. —Entro y se aparta de la mesa—. Creo que necesitas distraerte.

—Quedé con Eneas, ¿recuerdas?

—Recuerdo. —Saca una caja y me la tiende. Son bolas chinas—. Póntelas antes de salir de tu casa, e ir a mi *pub*, para tomar unas copas. He avisado, y la entrada será gratis. Además de la primera consumición.

—¿Y qué les digo? ¿Que me acuesto con el jefe? No, gracias. Hoy no me apetece que la gente piense que soy una guarra...

—Vas a ir al *pub*, vas a tomarte unas copas y vas a meterte las bolas chinas en tu apretado coño, aunque eso te parezca de guarras. Lo vas a hacer, porque te gusta, porque lo disfrutas y porque yo te lo ordeno.

Su orden me saca de este caos. Necesito no pensar, y, por eso, cojo la caja.

Voy hasta la puerta.

—¿Te han llegado los análisis? —Asiento. Abre un cajón y me tiende unos papeles. Los leo, y compruebo que son los suyos. Está limpio—. No quiero usar preservativo contigo, Ren. ¿Estás limpia? ¿Tomas la píldora?

Noto que me sonrojo.

—Sí, a ambas, pero ¿haces esto con todas tus aventuras?

—No, pero siempre puedes negarte. Yo no te retengo. Si quieres irte, te vas. Ya te he dejado claro que soy peligroso y que te joderé la vida.

Cuando lo miro, parece que quiera que me vaya y, a su vez, que me quede. Por un segundo, veo a ese joven dulce, con una sonrisa que no alcanzaba sus bonitos ojos.

Una vez más, me tiende un puente para salir corriendo, pero, el problema es que, pensar en las bolas chinas, en tenerlo dentro de mí, sin nada..., me está excitando y haciéndome olvidar al capullo de Basil. A ese mujeriego que, de golpe, se piensa que, por ser mujer,

no puedo disfrutar de la vida, del sexo... De mis deseos.

No quiero huir.

—Ya veremos si te hago caso o no. —Salgo y me voy al coche—.

Gracias, Roque, por lo de antes.

—Ese hombre nunca me gustó —admite.

—¿Y te gusta tu jefe?

—No, pero me paga bien y le tengo respeto.

Los dos pensamos igual: lo respetamos, paga bien y sabemos que Wesley es el peor de todos.

Puedo salir corriendo..., pero no lo haré. La excitación es mayor que mi miedo.

Wesley

Debería mandar las fotos, acabar con esto y dejar de sentirme protector con ella. Dejar de odiar que otro la mire o, peor, que la trate mal.

Cuando Basil le dijo todo eso, sentí deseos de arrancarle la cabeza de los hombros, y nos sé en qué me convierte eso.

Renata es peligrosa, porque está sacando algo oscuro de mí, que no sé cómo mantener a raya.

Lo peor..., que no puedo huir de ella.

Capítulo 26

Renata

Tras arreglarme y llorar varias veces, he decidido plantearme mi futuro.

Llevo las bolas chinas en la mano. No sé qué hacer.

Tal vez, debería seguir siendo esa mujer de pelis, series y libros. Ponerme a estudiar un máster en Diseño, y dejar mi vida a un lado un poco más, hasta que tenga la fuerza para enfrentarme al mundo. En el fondo, sé que ahora que he decidido vivir, va a ser imposible ser como antes.

Suena mi móvil, y veo que es mi padre.

Tomo aire, antes de cogerlo, porque últimamente, cada vez que hablamos, la cosa no sale bien. Además, me recuerda a mi hermano, el ultra protector.

—Hola, papá. ¿Qué tal?

—Bien, estoy en casa de tu hermano cenando...

—¿Por qué me llamas desde allí?! ¿Y si rastrea la llamada?

—No imagines cosas que no haría nunca, Jeb. —Mi padre parece cansado, pero me da igual—. Hija, está muy preocupado por ti.

—No, lo está. Solo está obsesionado conmigo.

—Sabes que eso no es verdad. Se ha casado, va a tener una hija... ¡Esa niña es tu sobrina! Por esa niña, deberías dejar el pasado y hacer las paces.

—No voy a dejar el pasado atrás. Tengo que dejarte, he quedado.

—¿Con quién? —pregunta la voz de mi hermano por detrás y se me hiela la sangre. Mi padre me ha vendido—. Vamos, Renata. Solo estoy preocupado por ti... Solo... —Cuelgo.

No puedo escucharlo. No me puedo creer que mi padre haya puesto el manos libres, para tenderme esta trampa.

Tomo aire. No puedo dejar que me dominen. Mi padre está cambiando y, desde que su hijo volvió a su vida, se ha volcado en él, haciendo todo lo que él le pide para no perderlo. Tiene tanto miedo de que lo desprecie de nuevo como padre, que está perdiendo el

norte.

Tomo una dura decisión: bloqueo a mi padre y llamo a mi madre.

—Mamá, papá me ha tendido una trampa. —Se lo cuento todo y se pone a llorar—. ¿Qué pasa, mamá?

—Tu padre solo tiene ojos para Jeb. Está descuidando el trabajo, porque tu hermano le está aconsejando nuevas formas de crecer como empresa. ¿Y ahora te hace esto? Yo le diré que le has bloqueado. Si quiere hablar contigo, será conmigo delante.

Mis padres no pasan por su mejor momento como pareja. Tengo miedo de que todo esto los separe, aunque tal vez sea lo mejor. Mi madre merece a alguien que no la ponga en segundo lugar. Para mi padre lo primero en su vida es Jeb.

—Gracias, mamá.

—No dejes que esto te cambie. He visto tus últimas fotos en redes y estás preciosa. Tienes una luz especial, y me alegra que al final hayas decidido darte una oportunidad. Tú no tienes la culpa de lo que pasó. No merecías todo eso. Ni tener un hermano tan controlador.

Seco una tonta lágrima de mi mejilla.

—Estoy conociendo a alguien. Solo es sexo, pero me siento libre a su lado.

—Disfruta.

—La gente murmura cosas de mí.

—La gente siempre hablará de ti, ya lo sabes, pero si eres feliz, si estás disfrutando, que hablen, mientras sea de tu felicidad.

Sonrí, porque mi madre siempre me ha apoyado en todo.

—Gracias, mamá.

—De nada. Manda saludos a Selena.

—Lo haré. ¿Estarás bien?

—Sí, estoy esperando que la crisis de los cincuenta se le pase pronto a tu padre y vuelva a ser él mismo.

—Seguro que pronto es el mismo de siempre.

—Eso espero.

Cuelgo y dejo el pasado y mi odioso hermano a un lado. Si por él fuera, viviría en una cárcel de oro, para que pudiera mirarme como un tesoro.

Necesito no pensar en nada.

Miro las bolas chinas y abro las piernas, para meterlas, tras apartar la ropa interior. Una vez las tengo dentro, siento una vibración en las paredes de mi vagina. Joder..., esto va a ser una tortura.

Miro la hora que es. En Google aconsejan tenerlas máximo tres horas dentro. Mando a Wesly un mensaje con la cuenta atrás.

Le da a me gusta y termino de arreglarme.

Salgo de la casa, tremendamente excitada y sintiendo la ropa interior muy mojada.

No puedo pensar en nada que no sea mi propio placer, y es justo lo que necesitaba.

Wesly lo sabía: el sexo hace que me olvide de la realidad.

Capítulo 27

Renata

Selena llega cuando han servido la cena.

Le presento a todos y enseguida se hace con ellos, como si los conociera de toda la vida. Por eso, somos grandes amigas, porque, cuando estoy con ella, no necesito esforzarme mucho. Aunque últimamente estoy dando pasos de gigante. Prueba de ello, es que llevo bolas chinas dentro.

Con cada movimiento, se mueven y pienso en Wesly.

Al acabar la cena, Selena y yo vamos al aseo para retocarnos.

—Ponme al día, que tienes una cara rara. No sé si es por la cerveza.

—Wesly ha despedido a Basil y llevo bolas chinas dentro. —Agranda los ojos—. Hay mucho más que contar.

—Joder..., esta noche duermes en mi cama y me cuentas todo. —Me abraza—. Todo irá bien. Tú disfruta y, cuando se jodan las cosas, te compro un camión de helados. —Nos reímos juntas.

Retoco mis labios rojos y salimos. Ya hemos pagado y están en la calle esperando.

Les propongo ir al *pub* de Wesly, que me sugirió invitarnos a la primera.

—¿Y eso? —se interesa Eneas, cuando vamos de camino—. El jefe nunca tiene un detalle con sus empleados.

—Tuve un altercado con el jefe de obra, en su casa. Supongo que me vio mal y quiso tener un detalle.

—Es raro. —Me mira serio—. No me meto, Renny. Haz lo que quieres con tu vida, pero ten cuidado.

—Llevo años viviendo en una burbuja, y, por primera vez, quiero cometer errores.

—Vale, cuando todo se vaya a la mierda, seguiré aquí, pero la gente de la empresa va a hablar tras esto. Espero que estés preparada.

—Lo estoy, o eso quiero creer. No hago nada malo.

Llegamos al *pub* y nos dejan pasar al decir mi nombre.

Vamos hasta la barra y nos sirven una copa gratis.

Ya noto cómo hablan de mí o me miran, como si tuviera algo que esconder. Es como si fuera algo malo sentir atracción por otra persona, solo porque es tu jefe.

Mi meta no es seguir en la empresa de Wesley, aunque, ahora que lo de Basil se ha estropeado, no tengo otra salida. Tal vez no sería mala idea estudiar un máster los fines de semana...

—Para. —Selena levanta mi copa—. Bebe, disfruta y no pienses en nada. Baila, para sentir placer, y olvídate del puto mundo.

Se mueve delante de mí y bebo, mientras bailo con ella, sintiendo que las bolas chinas chocan entre ellas, y me dan placer. Joder, esto es demasiado bueno.

Vamos con los demás y bailamos juntas. Selena y yo hemos bailado solas en su cuarto desde niñas. En él, yo podía ser libre. No tenía miedo de que mi hermano estuviera cerca y me viera bailar de esta forma.

Aquí, tampoco está mi hermano ultra protector.

Pongo las manos en mis caderas y muevo mi cuerpo. Alzo las manos, y dejo que la música me acaricie el cuerpo.

«Soy libre...».

—Esa es mi chica. —Mi amiga me da un mordisco en el cuello.

—Tonta.

—No lo soy. Somos parte de la otra. Pase lo que pase, y te hagan lo que te hagan, siempre estaremos juntas. —La abrazo y me da un beso en la mejilla.

Cuando se marcha a beber algo más, me quedo sola bailando.

Eneas me mira con una sonrisa tontita, por la bebida, y se me acerca.

Me paraliza. Cuando pone sus manos en mi cintura, no sé qué hacer. No puedo moverme.

«Muévete...».

—Tu amiga me gusta mucho —me susurra al oído, y me relaja. Solo somos amigos—. Sé que la acabo de conocer, pero, joder, es impresionante. Aunque nunca se fijaría en un pardillo como yo, y más cuando no deja de mirar a los jefazos. Se nota que le gusta

Luben.

—Luben no le conviene —digo—. A mí tampoco, Wesly, pero lo deseo. Lo deseo tanto que duele.

Sonríe con tristeza.

—Bueno, a veces quien menos te lo esperas, te jode la vida. Tal vez, de quien más esperas que te haga daño, es al contrario. Nunca se sabe. No hay nada cierto en la vida.

—Tampoco que tú no le puedas gustar a mi amiga.

—Ella juega en otras ligas.

Paso mis brazos por su cuello y bailo con él. Es muy guapo, ojos azules y pelo rubio. Es solo que no sabe vestir. Siempre lleva ropa holgada y sus gafas de pasta negra, que no ayudan. A mí me parece increíble, pero mucha gente no verá tras todo eso.

—Eres muy guapo. Si ella no lo ve, es quien tiene el problema.

—Alguien viene hacia aquí con cara de mala leche. Bueno, al menos sabemos que al jefe no le gusta que otros te toquen.

Me guiña un ojo y se aparta.

Cuando me giro, veo a Wesly venir hacia mí. Su paso es firme y la gente se aparta a su lado, como si sintieran que es peligroso.

Nos miramos a los ojos y mi cuerpo vibra por él. Es tan jodidamente guapo, que me duele mirarlo. La respiración se me agita y el cuerpo vibra, cuando bailo para él, mientras se acerca. Las bolas chinas chocan entre ellas. Muerdo el labio y se me escapa un gemido.

Su mandíbula se tensa y noto que el deseo de su mirada me quema.

Lo imagino en la cama, entrando en mi cuerpo. Noto su dura polla tocando lo más hondo de mi ser. Su mirada ardiente, mientras sus músculos se contraen por la penetración, por el esfuerzo de follarme... Joder.

Las bolas chinas no ayudan a que tenga pensamientos menos ardientes.

Llega a mi lado, me mira y me tiende una mano. Si antes solo había rumores, si lo sigo, no solo serán habladurías. Será real.

«A la mierda el mundo».

Cojo su mano y la aprieto.

Tira de mí fuera de este mar de gente.

Lo sigo con el corazón latiendo con fuerza. Con cada paso, las bolas chinas chocan.

Cuando llegamos al despacho que tienen en el local, estoy caliente, ardiente y muy cachonda.

Estoy deseando seguir el juego con mi jefe... Con mi primer amor.

Capítulo 28

Renata

Wesly cierra la puerta y se quita la chaqueta. La deja en un sofá y viene hacia mí.

—Me apuesto lo que quieras a que estás jodidamente mojada.

—Muy mojada. Esto es una tortura. —Pasa los dedos por mi labio, y lo muerdo.

—Eres preciosa. *La donna più bella che abbia mai visto in vita mia*⁶.

Sus palabras en italiano, así susurradas, casi me hacen correrme.

Acerca su boca a la mía y nos besamos como dos jodidos hambrientos.

No es un beso dulce, sino uno demoledor. Donde mis dientes y los suyos muerden el labio del otro, y la lengua lame la zona lastimada.

Joder..., sus besos me derriten. Sobre todo, cuando introduce la lengua en mi boca y me devora, hasta que casi no puedo respirar. Cuando se separa, jadeo y tiro de su camisa. Su cuerpo fibroso me tienta.

—No sabes lo que me pone verte bailar, sabiendo que tienes las bolas instaladas en tu sexo. Que, con cada movimiento de tu cuerpo, estas chocan y te dan placer, pensando en mí. Porque te juro que esto se acaba, si piensas en otro.

—Dudo que pueda pensar en alguien que no seas tú. —Tarde, me doy cuenta de lo que acabo de admitir—. De momento.

—De momento. —Lleva sus manos a mi trasero y lo masajea—. Un día tu culo será todo mío...

Sube la tela y me toca el sexo por detrás.

Me besa mientras toca mi sexo mojado desde detrás y tira un poco de las bolas. Aprieto los muslos por el temblor de placer. Tira un poco más de las bolas, mientras baja los besos por el cuello. Aparta mi escote hacia abajo y se pueden ver mis pechos recubiertos por un sujetador de encaje.

—No tiene cierre delante...

—No he tenido tiempo de comprarme nada.

—Existe la compra *online*. Me has desafiado. —Muerde mi boca.

—No me importa desafiarte. —Sonríe y baja mi sujetador de forma brusca, hasta que mis pezones erectos se quedan a la vista.

Lleva la boca a mis pezones y se mete uno, para pasar luego al otro. Su mano busca mi clítoris y me esparce los jugos por este. Estoy tan mojada que notar cómo desliza sus dedos por mi sexo es increíble.

—Tan mojada, joder... No puedo esperar a estar dentro de ti. ¿Me deseas dentro de ti?

—Sí. —Mi sexo tiembla, con solo imaginar su polla dura dentro de mí—. Por favor.

—Me encanta que supliques, pero antes de meterte la polla en tu apretado coño, quiero follarme tu boquita. Este pintalabios de color rojo me pone mucho. De rodillas, Ren.

Hago lo que me dice y me pongo de rodillas.

Lo miro desde abajo y me siento poderosa.

Me observa como si fuera una diosa. Es como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida.

Tiro de su cinturón y luego abro su pantalón. Le quito el bóxer negro y libero su polla. En cuanto la veo, se me hace la boca agua, y eso que nunca he hecho esto. Solo tengo un leve conocimiento de lo que debo hacer.

—¿Te mueres por tenerla en tu boca?

—Sí, pero tendrás que enseñarme...

—Joder, no sabes cómo me pone saber que esta es tu primera vez. —Se tensa—. Aunque te desearía igual, si no lo fuera —admite casi para sí—. Lame la punta.

Hago lo que me dice y lo miro. Es muy suave y caliente. Enseguida me hago con ello y necesito algo más que la punta en mi boca. Me meto gran parte y lo miro, mientras la succiono.

—Joder...

Como le gusta, repito y me muevo hacia delante y atrás.

Pone sus manos en mi cabeza y me anima a que me la meta lo máximo.

Lo hago poco a poco, mientras mi cuerpo se mueve, al mismo

tiempo que mis bolas. Gimo de placer y lo miro. Tan poderoso y rendido a mí.

Cuando está a punto, me levanta para besarme.

Aplasta mi cuerpo contra la pared, mientras nos besamos con dureza.

Me encantan sus besos duros, y sentir cómo su cuerpo se aplasta con el mío. Los pezones se me ponen duros, por la fricción de la tela de su camisa.

Lleva su mano a mi sexo y tira del tanga. Se cae al suelo y luego saca las bolas chinas, sin preliminares.

Casi me corro por la impresión.

Usa la pared para levantarme. Enredo mis piernas en sus caderas y noto su polla en mi entrada. Me mira, antes de entrar en mi cuerpo, con una firme y certera estocada.

—Voy a ser duro.

—No quiero que sea de otra forma —afirmo, gimiendo.

«Es muy bueno...».

—Joder, Ren. Es increíble hacerlo sin nada... Pienso marcarte. Nadie te follará como yo en la vida.

En el fondo, siento que es cierto, y que me costará sentir por otro, lo mismo que por él. Me he pasado años con una persona, que no quería sexo, y me daba igual, pero, con Wesly, lo deseo tanto que duele.

Entra más hondo. Jadeo y sale, para entrar más fuerte.

Joder, esto es una pasada.

Nos besamos, mientras se mueve y las tetas rebotan con cada embestida.

—Me encanta tu lado guarrillo. —Sus palabras sucias me excitan y casi me corro—. Joder, no sabes cómo me pone saber que te gusta que te diga cosas guarras. Eres una mujer muy ardiente. Te pone que sea duro contigo. Eres una guarrilla.

De nuevo, mi sexo vibra. No debería excitarme, pero lo hace.

Sale y entra con ímpetu, mientras su boca me devora. Lo noto tan hondo, tan duro, que el orgasmo se anida en mi sexo.

—Wes...

—Córrete. Córrete conmigo dentro. Quiero notar tu sexo latir en

torno a mi polla, mientras te follo aún más duro.

Y lo hace.

Entra y sale con más fuerza.

Me corro, pero no deja de moverse. Su cara se tensa por mi placer. El orgasmo es demoledor y lo peor es que, como no deja de moverse, noto que uno nuevo se anida en mi sexo.

Frota mi clítoris y se mueve con fuerza, hasta que se corre dentro de mí y lo sigo. Me corro notando cómo derrama su semen caliente en mi sexo.

No puedo moverme.

Su polla late en mi sexo. Me siento excitada de nuevo. No me canso de él.

Saca la polla y pasa su mano por mi sexo.

—Estás mojada por mi semen... Te follaría de nuevo, si no estuvieras tan reventada.

—Si quieres follar con una muerta, puedo quedarme quieta. —Me besa en la frente, con algo parecido al cariño—. No puedo moverme.

Wesly me coge en brazos y me lleva a su sillón.

Cuando me acomoda en él, no me quejo. Solo quiero descansar un poquito. Solo un poquito y salgo a la fiesta. Me tapa con una manta y me hago un ovillo.

Cuando me estoy durmiendo, noto lágrimas en los ojos. Todo lo que he vivido hoy, estaba esperando a que bajara la guardia. Por suerte, el sueño me atrapa y dejo de pensar.

[6](#) La mujer más bella que he visto en mi vida.

Capítulo 29

Wesly

Observo a Renata dormir.

He intentado trabajar sin éxito. No dejo de mirarla de reojo. De ver cómo llora en sueños, a veces, mientras pienso que debería alejarme de ella. O acabar con todo ya.

No puedo, porque la idea de dejarlo, ahora se me resiste.

Más, tras lo que hemos compartido.

Ha sido el mejor sexo de toda mi vida. No he necesitado nada, salvo a ella, para correrme. No he tenido que atarla o someterla, pero lo deseo mucho. Deseo que me entregue su confianza.

«A pesar de que la traicionarás...», me dice la poca conciencia que me queda.

Renata se despierta de golpe, agitada, y al verme apoyado en mi mesa, se relaja.

Sonríe. Tiene los labios hinchados por mis besos y, cuando se levanta, la manta cae y muestra su cuerpo a medio vestir. Noto que mi polla da una sacudida, porque deseo follarla de nuevo.

No hago nada. Solo la veo arreglarse la ropa.

—Dime que no he dormido mucho.

—Tres horas. —Agranda los ojos.

—Mierda, Selena debe estar preocupada.

—Mandé a alguien para que la avisara de que estabas aquí, conmigo. Roque la ha llevado a su casa hace una hora.

—Gracias. —Sonríe y noto dolor en sus ojos, ahora que se le ha pasado el calentón.

Si es por Basil, pienso darle una paliza.

«Hipócrita», me chilla mi puñetera conciencia, de nuevo. La prefería callada, como todos estos últimos años.

Renata se levanta, y trata de adecentarse. Cada vez que me mira, se sonroja. Su inocencia, mezclada con ese fuego, me vuelve loco.

—Te llevo a casa. —Cojo las llaves de mi coche y vamos hasta la puerta.

Al salir, no hay nadie, salvo los trabajadores. Me tienden su abrigo y su bolso, que su amiga dejó en el guardarropa.

Mira el móvil y no tiene nada.

Vamos hasta mi coche, un deportivo de color negro.

Entramos y conduzco hasta su casa. La observo de reojo. Tiene la mirada perdida, y hay dolor en sus ojos violetas. Mucho dolor...

«Y tú le harás más». A este punto, mi puta conciencia me tiene hasta los cojones.

—¿Todo bien? —Se gira y me mira, tratando de ocultar el dolor de sus ojos.

Hemos llegado a su casa y aparco en doble fila.

—No somos amigos, Wes. Solo nos atraemos. Mejor no cruzar una línea que solo me haría daño a mí.

Tiene razón. Joder, tiene toda la razón, y por eso no debería desear tenerlo todo. Tener su confianza, y algo más.

Asiento, porque es lo mejor.

Abre la puerta y se marcha. Sin beso de despedida y sin nada más. Solo un frío adiós. Como yo hice tantas veces con otras mujeres, que ya yacen en mis recuerdos, sin rostro.

A Renata sé que nunca la podré olvidar.

Pongo el coche en marcha, cuando entra a su portal y me marchó a mi casa.

Es mejor así.



Luben viene a mi casa a media mañana. Se sirve una copa y entra a mi despacho.

—Así me gusta, que trabajes. —Da un largo trago.

—Si no trabajo yo, la empresa se va a la mierda.

Se ríe, porque sabe que es verdad.

—Yo soy la cara simpática de ella, y la que se entera de todo. Se rumorea que ayer follaste con Renata. Espero que lo grabaras todo.

—Fue en mi despacho.

—Entonces, está todo grabado. —Asiento molesto, y notando que

me cuesta respirar.

Mi amigo se frota las manos.

—Yo lo mandaré.

—Pues hazlo, viaja a San Francisco y acaba con esto. Cori se puede hacer cargo de los dos despachos.

—Sobre todo, porque yo tengo todo el peso. —Se ríe.

—Por eso mismo. Ella conmigo se aburría, y está capacitada para algo más grande. Es lo mejor, y Renata... Bueno, que se busque la vida. Seguro que pronto le sale otra cosa.

—Tienes muchas ganas de acabar con esto.

—Llevo años esperando, y los dos sabemos que Jeb era muy protector con ella. No dejaba ni que la miráramos. Va a rabiar cuando lo vea.

Pero yo la miré. Vi a esa niña dulce y sola, a la que le daba dulces, que su hermano le prohibía. Para mí era solo una niña preciosa, que se estaba convirtiendo en mujer, pero su hermano se ponía muy protector con ella.

Una vez, pilló a uno mirándola mientras se bañaba en la piscina y le dio una paliza.

Renata siempre estaba sola por la mansión, pero siempre tenía la misma rutina, y sabía cuándo darle algún dulce o algo, para animarla.

No estaba feliz allí, aunque creía que sí. Pero yo tampoco lo era. Me cegó el lujo.—Sí, va a rabiar.

—¿Y folla bien?

Esa pregunta me la hace cada vez que sabe que he tenido sexo, pero esta vez me molesta mucho.

—Vamos, no te guardes eso para ti. Su amiga dijo que era virgen. Debe tener el coño muy estrecho...

Aprieto las manos en la silla, para no partirle la cara.

—No pienso hablar de ello.

—Ahora no me dirás que te gusta. Esa zorra solo sirve para joder a Jeb.

Antes de que pueda evitarlo, tengo a mi amigo contra la pared. El vaso se ha caído al suelo y se rompe en cientos de cristales. Pongo mi brazo en su cuello y presiono.—No es una zorra.

—Alguien que se abre de piernas por el jefe, siempre lo es —dice casi sin voz—. Ahora, todos lo saben... Sabrán que es una mujer fácil. —Aprieto el agarre—. ¡Vamos, Wesly! Yo soy tu amigo. Soy yo con el que estuviste ingresado en el hospital, por ese cabrón. ¿Te vas a poner así por una mujer facilona?

Lo miro, y sé que es como si fuera mi hermano. Hemos pasado por mucho, juntos. Va puesto de algo, seguro, pero eso no cambia sus palabras.

—No vuelvas a insultar a ninguna mujer en mi presencia, porque tenga sexo cuando le dé la gana. Vayas o no hasta arriba de drogas.

Aparta la mirada, porque he dado en el clavo.

—Vale. Perfecto. No lo haré. —Lo aparto, sabiendo que me dan igual el resto de las mujeres, y que esto es solo por una en especial—. Joder, no sé qué me pasa. —Se sienta en el sofá—. Yo antes no era así. —Es cierto, antes era un buen tío, pero, tras lo que pasó, empezó a tomar demasiadas malas decisiones, y una de ellas fueron las drogas—. Tienes que acabar con esto... Solo eso nos dará paz. Necesito poder pasar página, antes de ser solo un puto cabrón. Quiero que sufra. Por nosotros, por ellas... Por ella, Wesly.

Asiento, porque pensar en «ellas» siempre me angustia.

Se lo debo.

Tal vez luego, todos podamos respirar sin que el pasado duela tanto.

Quizás así pueda salvar a mi amigo, antes de que las drogas lo maten.

Luben se queda en mi casa.

No hablamos mucho. Pone deporte en la tele, en mi nueva salita, y pedimos algo para cenar.

Antes no éramos así. Antes teníamos metas, sueños e ilusiones. Antes no teníamos solo en mente la venganza, pero esta nos hizo perder el resto por el camino.

Cuando lo miro, a veces lo odio. A veces no lo soporto, y es porque veo un reflejo de mí. De esa persona que juraba que nunca sería.

Nuestro descanso, a cambio de joder a una mujer que no tiene la culpa de nada...

¿O sí? Una parte de mí quiere justificar todo esto, pensando que tal vez Renata no es tan inocente como parece. Al fin y al cabo, Jeb y ella son hermanos. Me quiero engañar a mí mismo, creyendo que tal vez ella no sea como se ve. Para no sentirme tan inhumano, por lo que estoy a punto de hacer.

Capítulo 30

Renata

Al llegar al trabajo el lunes, en las oficinas de Wesley, sé que todo el mundo lo sabe. El rumor no ha tardado en esparcirse como la pólvora. Llevo todo el fin de semana hablando con Selena de esto, de que no he hecho nada malo. Nada que no hagan cientos de hombres cada día, y nadie los señala con el dedo. Tengo derecho a ser feliz, a elegir con quien quiero estar. Si deseo a Wesley y él a mí, no hago daño a nadie. Sería mentira si no admitiera que, entrar en el ascensor y ver a todos hablar de mí, me inquieta. Hasta que Wesley entra en la planta dos y los fulmina con la mirada.

Se pone a mi lado. Vibro, mi cuerpo late por su cercanía y, cuando tomo aire, me llega su perfume. Eso hace que lo recuerde, entrando en mi cuerpo con fuerza.

«Vale, tengo que controlarme. Se supone que debería desearlo menos... Se supone».

El resto de los ocupantes del ascensor van saliendo en pisos anteriores, y nos quedamos solos en el ascensor.

—¿Tacones de aguja?

—Idea de Selena para comerme el mundo, y a los cotillas. —Me parece ver en su cara una sonrisa—. Son muy incómodos, por lo que espero que den la imagen que esperaba.

—No necesitas unos tacones para imponer respeto. —Miro sus zapatos de diseño—. Pues que hablen, Ren. La gente siempre quiere hacer daño al que creen más débil.

—De ahí los tacones y el modelazo. Llevo horas preparándome. —De nuevo, parece que en sus ojos brilla algo así como una sonrisa—. Me jode todo esto, pero no me importa. Volvería a hacerlo. —Noto que me sonrojo.

Salimos y cuando vamos a su despacho, Luben y Cori están en él. Siento que aquí sobro. Wesley me manda tareas que distan mucho de lo que me estaba pidiendo últimamente. Acabo por bajar a ayudar a Eneas, que su secretaria está de baja.

Mi amigo es el único, en toda la empresa, que no me mira como si, por tener sexo con el jefe, fuera lo peor. Es increíble cómo la gente te juzga por algo natural y que, como dice Selenia, no ha hecho daño a nadie.

A media mañana estoy cansada de tantas miraditas y Eneas me dice de ir a la cafetería.

—Estoy pensando en esconderme en una sala y leer...

—No has hecho nada malo y eres increíble. Mira todo lo que me has ayudado en una mañana.

Lo cierto es que su secretaria tenía mucho retraso y he ayudado a Eneas a organizarlo todo.

—Se me da bien organizar cosas. Mi padre es un desastre y, bueno, gracias a mí no perdía pedidos.

Al pensar en mi padre me duele el pecho. Lo he bloqueado. ¿Qué clase de hija soy?

—Vamos a comer. No me gusta verte triste y hay algo en tu mirada que me da escalofríos.

Lo sigo hasta la cafetería y pedimos lo de siempre.

Al llegar a nuestra mesa, Cori nos mira desafiante.

—Entonces, ¿tú eras la que se creía mejor que el resto? Ah, claro, que contabas con el plus de saberte abrir de piernas mejor que las demás.

Se ríen y mi mente viaja en el tiempo, al instante en el que mi mundo cambió.

—Mírala, es una fresca —me suelta una, y se ríen.

Tomo aire. Ya no soy esa joven, y no estoy en el instituto. Yo no tuve la culpa de lo que ocurrió, y no he hecho nada malo.

Tomo aire, me trago las lágrimas y las miro.

—Creí que la gente maduraba con los años. Que, quien era idiota, dejaba de serlo, pero es triste darse cuenta de que solo se convierten en personas más despreciables, que se creen que la vida es un eterno patio de colegio. —Cori me mira con rabia—. Sí, me he acostado con el jefe, y lo volvería a hacer porque quiero, y puedo.

Cori me observa muerta de rabia, y el resto han perdido la sonrisa.

No dejo de mirarla, a pesar de que me estoy ahogando. A pesar

de que estoy temblando.

Eneas me da un apretón en la mano y tira de mí hacia la silla, alejándome de ellas.

—Eres increíble —me dice.

—No puedo tragar —indico mirando la comida.

Como un poco, pero el resto se lo come él. Casi no hablamos.

Al salir, camino con paso firme y comiéndome el mundo.

Empiezo a entender la insistencia de Selena en los taconazos, porque, para no caerte, solo puedes andar firme, recta y con la cabeza alta.

Solo cuando estoy sola, en el cuarto del aseo, me quito los zapatos y lloro para sacar los nervios.

«Joder, odio a las zorras de manual».

Wesly

Cori entra en mi despacho. Se cree la diosa de todo.

Sigo buscando secretaria, porque dudo que pueda soportar mucho sus aires de grandeza.

Sé lo que ha pasado en la cafetería, porque me llegaron rumores y porque vi las cámaras.

Cori deja las carpetas en mi mesa.

—La próxima vez que increpe a la señorita Hill, estás fuera de la empresa —se lo digo sin mirarla a la cara. Es como si no me importara lo más mínimo.

—¿Y todo porque se acuesta con usted?

Alzo la cabeza y veo cómo tiembla, por mi mirada.

—Todo esto es porque soy el jefe, porque puedo, y porque, por si no lo sabe, no están prohibidas las relaciones entre el personal. Si no, ya estaría fuera. ¿Hace falta que le recuerde con cuántos se ha acostado?

Su sonrojo le llega hasta la raíz.

—No hace falta.

—No la hace, y ahora, largo de mi despacho.

Miro otra vez el vídeo y algo en mi pecho vibra.

Pongo un vídeo de Renata, de cuando llegó a esta empresa, y lo comparo con la mujer de ahora, y parece otra mujer. No ha pasado tanto tiempo para este cambio.

Por lo que sé, acababa de venir de Los Ángeles. ¿Es posible que allí algo le impidiera crecer?

No me importa.

La miro, mientras sale de la cafetería, temblando, pero con paso firme. Me pregunto qué quedará de ella cuando yo cumpla mi venganza.

«Eres despreciable, Wesly», me dice la voz de la razón, y lo sé, pero sigo adelante.

Capítulo 31

Renata

Me paso lo que queda de semana haciendo recados para Cori y Wesly.

Por las tardes, voy a casa de Wesly, para comprobar cómo van los nuevos obreros, y, la verdad, es que lo hacen muy bien.

Trabajo codo con codo con el nuevo jefe de obra, que es uno de los dueños de la empresa. Se llama Jan Reyes.

He cambiado algunos pedidos, porque Jan me ha dado ideas. Sabe de diseño de interiores, y se nota que es profesional. No trata de buscar nada de mí. Ni yo de él. Ya tuve la mala experiencia con Basil, por creer que podíamos ser amigos.

Ahora estoy haciendo fotocopias en la empresa de Wesly para Cori.

No hemos hablado en todo el día. Es como si me ignorara, pero, a pesar de eso, cuando entro a su despacho, me mira de forma descarada. Su mirada me calienta, y me hace arder.

Como ahora, que estoy dejando unas cosas en mi mesa. Bueno, la mesa que ocupamos todos, de un tiempo a esta parte, cuando siento su mirada puesta en cada centímetro de mi cuerpo.

Lo miro de reojo. Sus ojos verde azulados me observan como si quisiera devorarme.

Voy hasta su mesa enfadada, por trabajar en algo que no está a mi altura, y porque lleve tantos días ignorándome. Por eso digo lo primero que se me pasa por la cabeza, sin pensar.

—¿Acaso me pagas para no hacer nada? ¿Soy solo esa puta a la que puedes devorar con la mirada para cuando decidas follarla?

Me he pasado, y lo sé. Pero, tras todo lo vivido, estoy nerviosa y, aunque voy siempre con la cabeza alta, en el fondo todo duele. Solo hacemos como que las palabras hirientes no nos dañan. Si he aprendido algo de estos días, es que no me da igual todo lo que me rodea. Tal vez, por eso, en el pasado se me hizo tanto daño.

Aunque dije que solo era sexo y que no íbamos a tener nada más,

una parte de mí desea más, y se pregunta qué ha cambiado para este distanciamiento.

No me es tan indiferente como me gustaría.

—¿Eso piensas de mí? —Su tono de voz es tan duro, que me da escalofríos. He despertado a la bestia—. ¿Piensas que solo te pago para calentarme la polla cuando tenga un arrebató de placer en la oficina?

—Viendo mi trabajo, sí. He pasado de sentir que me ganaba cada dólar, a pensar que estoy aquí simplemente para que me mires, a la espera de hacer algo más.

—Si quisiera una puta, pagaría por una, pero, si quieres que te trate como tal... —se acerca y coge mi cara entre sus manos—, lo haré. Tal vez es que te pone el rol de jugar a que lo eres.

Me besa y pido a mi cuerpo que no reaccione, pero lo hace.

Llevo días deseando a este hombre en silencio. He odiado cada mirada caliente que sentía de él, en la distancia, sin acortar los centímetros que nos separaban. Debería negarme, correr lejos de él, antes de que me destruya, pero estoy presa de lo que empiezo a sentir, de este deseo que me calienta la piel y me hace sentir más viva que nunca. La adrenalina corre rápido por mis venas, mientras espero su siguiente movimiento. Soy adicta a lo que produce en mí.

—Si crees que eres mi putita, lo vas a ser. Quítate el vestido.

Se separa y me mira, a la espera de que cumpla su orden.

Puedo salir corriendo y alejarme de él.

Puedo, pero no lo hago, porque en el fondo espero que esto solo sea un juego y, al acabar..., me mire como si fuera algo más. Soy patética, lo sé.

Tiro de la cremallera hasta abajo y deajo caer el vestido por mi cuerpo, quedando solo con la ropa interior y un liguero que sujeta mis negras medias gruesas, para el frío.

Lo observo desafiante, subida a mis zapatos negros de aguja.

Su mirada vaga por mi cuerpo. No deja ni un rincón sin devorar por sus ojos. Cuando alcanza los míos, veo fuego ardiendo en sus pupilas.

—Tócate —me pide y se sienta en la silla—. Súbete a la mesa y date placer, para que yo te vea.

Hago lo que me pide, y pongo una de mis piernas en el reposabrazos de su sillón. Si quiere que juguemos, lo haremos los dos.

Por su mirada sé, que mi acción lo ha excitado. No deja de mirarme, mientras abro el sujetador por delante y libero mis senos, que ya están sensibles y receptivos. Su mirada calienta mi piel, mientras llevo mis manos a mis pechos.

Tocarme delante de él, sacude mi cuerpo de placer.

Abre un cajón y saca un vibrador negro. Lo abre delante de mí.

—Se me ocurrió traer uno de los juguetes de mi cuarto especial.

Compré varios vibradores porque intuí que, tras usarlos con una mujer, los tiraría.

—Entonces, admites que solo estoy aquí para calentarte la polla.

—Lo admito.

Cojo el vibrador, enfadada, sabiendo que, cuando el deseo se enfríe, me tocará tomar decisiones. Siento que esto es una despedida.

Llevo el juguete a mi boca y lo lamo, como si fuera su polla, y, por su mirada, le gusta ver cómo se pierde por mis labios rojos. Observo el bulto de sus pantalones y, cuando me lo meto en la boca, se hace más grande.

Pongo mi pie en esa parte y su mirada se hace más oscura. Sobre todo, cuando aprieto.

Aparta mi pierna y deja un beso en el interior de mis muslos, antes de apoyarla en la silla.

Miro el gran ventanal, con cristales ahumados. Por fuera no pueden verme, pero yo sí soy testigo del mundo. También soy consciente de que la puerta no está cerrada con pestillo, y cualquiera puede entrar.

—No pienso cerrar la puerta. Las putitas no sienten vergüenza — me reta.

Sé que es un reto, para que siga el juego o me marche.

Saco el vibrador de mi boca y lo paso por mis pechos erectos, como respuesta.

Tensa la mandíbula, cuando se me escapa un gemido de placer.

Contoneo mi cuerpo y pongo mi otra pierna en el reposabrazos.

Lo siento cerca. Lo tengo cerca. No se pierde ni uno solo de mis movimientos.

Bajo el juguete por mi estómago, hasta llegar a mis braguitas de encaje. Lo paso duro sobre ellas, notando cómo se moja por mis jugos. Le doy al botón y siento cómo vibra sobre mi sexo. Gimo, presa del placer.

Wesly no me toca, pero, por cómo me mira, me siento derretida. Su mirada ardiente calienta mi piel.

Tiro de mis braguitas, hasta quitármelas y se las lanzo.

Alza una ceja por mi descaro, antes de guardarlas en su pantalón.

Llevo el vibrador a mi sexo y aumento su movimiento. Lo paso por mis pliegues, y me ayudo con los dedos para abrirlos, para que vea la humedad bajar por mi zona más íntima.

Llevo el vibrador a mi vagina y lo meto dentro. Hasta el fondo. Tiene un agarre para mis dedos y puedo moverlo con facilidad.

Cierro los ojos, presa del placer, y jadeo mientras noto cómo las paredes de mi sexo se tensan por el orgasmo que se anida en ellas.

Toco mis pechos, tiro de mis pezones y me llevo al límite.

Wesly no hace nada. Solo me mira.

—No puedes correrte hasta que no te dé permiso.

Asiento y aumento las vibraciones, notando cómo mi sexo se moja más.

Saco y lo meto con fuerza. Juego con mis jugos con la mano y los llevo a mis pezones. Noto que esto le pone mucho, porque su polla da una sacudida.

Me remuevo. Estoy cada vez más mojada y siento el orgasmo cerca.

Quiero correrme.

Cierro los ojos y lo escucho moverse. No sé qué hace, hasta que noto su boca en mi clítoris.

—No sabes cómo me pone verte tan mojada. Eres una putita muy complaciente.

Que me llame así, debería molestarme, pero no lo hace. Tengo un lado salvaje y morboso que desconocía. Me estoy abriendo a este rol de juegos sexuales.

Miro cómo me devora, mientras el vibrador se queda dentro de mi

sexo, llenándome.

Tiro de su pelo. Si sigue así, voy a correrme. Su lengua me devora.

—Pienso follarme este coñito tuyo hasta que te duela.

—Hazlo... Hazlo ya —digo cuando no puedo más.

Se separa y busca mi boca. Nos besamos, mientras se desabrocha los pantalones, antes de liberar su polla. Me quita el vibrador y lo sustituye por su miembro largo y ancho.

La diferencia es abismal. Sentir su piel, casi hace que me corra.

Entra hasta el fondo y me mueve para sentir más placer.

—No sabes cómo me pone tenerte cachonda y mojada sobre mi mesa. Lista para cuando yo quiera follarte, porque para eso te pago, ¿no? —Noto un deje de cabreo en su voz.

—Al parecer, sí —indico retadora—. Al parecer, para ti, solo soy esto.

Su mirada se hace más oscura. Sale y entra hasta el fondo, y lo hace de forma dura. Sin miramientos.

Me encanta.

Se mueve mientras tira de mis pezones con una mano y con la otra estruja mi trasero, hasta que me duele. Pero es un dolor placentero, que solo hace avivar las llamas para mi propio disfrute.

Nuestros cuerpos chocan, al tiempo que nuestras bocas. Nos estamos devorando. Es un choque de intenciones.

Se mueve con fuerza, hasta que se corre dentro de mí.

Pienso en seguirlo, pero no me ha dado permiso y no sé por qué, eso hace que no pueda dejarme llevar.

Sale de mi sexo y se sube los pantalones, tras limpiarse.

—Puedes irte a trabajar.

Lo miro enfadada.

—¿Piensas dejarme así?

—A las putas no se las paga para darles placer. —Le cruzo la cara. Llevo mi mano a mi sexo y me acaricio notando su semen en mis dedos—. No te he dado permiso para correrme. —No dejo de tocarme sin dejar de mirarlo desafiante—. Si te corres, juro que esto se acaba aquí y ahora.

No dejo de tocarme. Meto un par de dedos dentro de mí, que

resbalan con facilidad, y me toco con el pulgar el clítoris. Lo hago, ante su mirada enfadada, hasta que me corro con fuerza.

—No soy tu puta, y esto acaba aquí —le indico. Bajo de la mesa y me arreglo la ropa—. Puedo jugar a serlo —comento, agitada—. Me pone serlo, si es un juego, pero me miras como si te hubiera hecho algo malo. Como si mereciera un castigo. No he hecho nada malo. Quizás, solo desearte tanto como lo hago. —No dice nada—. Gracias por un sexo increíble, pero el lunes traeré mi carta de renuncia.

Voy hasta la puerta y, hasta el último momento, espero que me llame. Que se arrepienta, que luche por mí..., aunque eso, a la larga, me haga daño.

Paso por el aseo antes de irme y, cuando me marchó de la empresa, noto el corazón pesado y las lágrimas a punto de rodar por mis mejillas.

Wesly Saunders me gusta más de lo que pensaba.

Si solo fuera sexo, no dolería tanto saber que esto se ha acabado.

Capítulo 32

Wesly

Me odio a mí mismo. Me odio tanto que no sé en qué momento de mi vida me convertí en este ser tan horrible y despreciable.

Bueno, sí lo sé. Lo sé perfectamente, porque tengo cicatrices de ese día.

Toco mi costado, mientras me meto en las imágenes de lo que ha pasado en el despacho.

Veo a Renata sobre la mesa.

No tocarla fue casi un castigo. Quería saber si era capaz de vivir sin perderme en ella.

Fallé, pero tuve que dejarla ir. Quería que me odiara, antes de que le jodiera la vida, para que todo sea más fácil.

Paro la imagen y compruebo que en su mirada hay dolor. Las lágrimas estaban a punto de derramarse.

Tengo que acabar con esto.

Necesito olvidarme para siempre de Jeb, del pasado y de todo lo que pasó. Tal vez así no sea tarde para mí.

La miro tan dolida y sé que ya es tarde.

Borro las imágenes, tras guardarlas.

Hice lo mismo con las del despacho. No quiero que nadie la vea. Me siento posesivo con ella. No sé cómo voy a llevar que me odie.

—Me marcho de viaje —le anuncio a Luben.

—¿Dónde?

Pienso decirle que voy a enseñar a Jeb todo, ya que es parte de esto, pero no lo hago. Necesito tener claro el paso que voy a dar, porque, si se lo cuento, no habrá vuelta atrás.

—Un asunto personal.

Asiente.

—Yo me encargo de todo, y Cori lo hará muy bien —por cómo lo dice, sé que se acuesta con ella.

Entre esos dos hay algo especial, pero son muy cabezotas para admitirlo. No es la primera vez que se acuestan, y luego hacen como

si nada.

No me importa, pero Cori fue de digna ante Renata, sabiendo que, al igual que ella, puede hacer con su cuerpo y su vida lo que quiera.

No la soporto, y le he dicho a Eneas que me siga buscando secretaria. No quiero este plan de Luben, donde Cori nos ayuda a los dos.

Salgo de la empresa, tras pedir que preparen mi avión.

Subo al avión, sintiéndome pesado.

Al despegar, me doy una larga ducha en mi habitación privada y no dejo de pensar en Renata. En su mirada y en su boca, tentándome. En su cuerpo, abriéndose a mí de forma tan perfecta. Se ha metido bajo mi piel.

Todo esto acabará, pero la huella que me va a dejar será peor que las que marcan mi piel.

No puedo no seguir con mi venganza... y por eso me acerqué a ella.

Jeb va a saber todo lo que hemos estado haciendo su hermana y yo, y va a sufrir.

Como lo hice yo.

Con seguridad, esto lo destruya, y ojalá sea así porque quiero verlo caer.

Renata

Selena quería cancelar su viaje para venir a casa, pero le dije que estaba bien.

Mentí. Estoy destrozada.

He escrito mil veces mi carta de renuncia, sin saber muy bien cómo expresar por qué me marchó.

No salgo de mi casa. Pido comida a domicilio y me pongo una película romántica, tras otra. Lloro con todas, y no sé por qué soy tan masoquista. Es como si quisiera ahondar en mi pena.

Wesly no debería gustarme tanto. No debería sentir que he perdido algo importante. No debería doler.

Se suponía que solo era sexo. Se suponía que podía controlar no sentir nada.

Idiota...



Vuelvo a pedir comida a domicilio, porque no tengo ganas de cocinar nada.

Así llevo desde el viernes.

Tras comer, me doy una larga ducha. Mi piel sigue añorando la de Wesly. No entiendo cómo es posible. No entiendo por qué me siento vacía.

Eneas me llamó, para ver si estaba bien, y le conté que lo mío con Wesly no había acabado bien. Le informé de que el lunes iría a dejar mi carta de renuncia.

Lo que más pena me da, es dejar la casa a medias. Quería ver cómo habían quedado mis ideas. Quería hacer fotos y que así me sirvieran para tener un portafolios, para futuros trabajos.

Ahora no tengo nada.

Debo empezar de cero, otra vez.

Voy hasta el sofá, tras ponerme ropa cómoda, y me tapo hasta las orejas, buscando otra película romántica que me haga llorar.

No estoy enamorada de Wesly, pero, cuando me besaba, era como acariciar el paraíso. Lo que sentía, cuando teníamos sexo, hacía que me olvidara de todo. Hasta de que hace años alguien me rompió.

Solo existíamos él y yo. Sin fantasmas, sin pasado y sin miedo.

Acaba la película y empieza a llover fuera. Escucho los truenos y la lluvia golpear con fuerza las ventanas. Una tarde perfecta de manta y película. La tormenta va en aumento y se va la luz.

Grito por la impresión, pero sobre todo porque golpean la puerta.

¿Quién puede ser justo ahora?

Busco la linterna del móvil y la pongo para ir hasta la puerta.

Tocan de nuevo y pienso que es algún vecino, para ver si tengo luz o si se me ha ido. Miro por la mirilla y no se ve nada.

—¿Quién es?

—Soy yo. Wesly. —Me quedo quieta, un rayo ilumina mi casa y el

ruido me hace temblar—. Abre.

—No deberías estar aquí —indico, y no sé si me ha escuchado.

—Lo sé..., pero aquí estoy. Abre.

Dudo, sin saber qué hacer. Siento que la tormenta es un presagio de lo que me pasará, si le dejo entrar.

Capítulo 33

Renata

Abro y veo a Wesly empapado. Lleva una cazadora de cuero y un jersey que parece gris. El pelo negro le cae sobre la frente, goteando.

Se me acelera el corazón por verlo así. No parece mi jefe inaccesible, sino un hombre sexi a rabiar.

—Debiste esperar a que menguara la tormenta.

—Solo pensaba en verte —indica, y no parece feliz de esto.

Entra a mi casa y cierra la puerta. Dejo el móvil en la entrada y su luz nos alumbra.

—No puedes dejar el trabajo a medias.

—Si has venido a hablar de trabajo... —Me callo cuando coge mi cara entre sus manos y deja su frente caer sobre la mía.

—No debería estar aquí... ¡Joder! —Acaricia mi boca con sus dedos—. Nunca podrías ser para mí una putita, a no ser que fuera un juego sexual. Nunca podrías importarme tan poco. Ahora lo sé. —Noto que se me aceleran los latidos—. No soy bueno para ti, y deberías salir corriendo..., pero no puedo dejarte ir. No puedo alejarme de ti. —Besa mi boca y, aunque al principio no lo respondo, al final abro la boca y su lengua me acaricia—. Esto no se acaba aquí.

—No me gusta ser solo un juguete para ti.

—Lo sé. No quiero solo eso de ti, pero no sé cómo hacerlo sin hacerte daño. Sin que mis decisiones te destruyan.

—Solo quiero que te abras a mí.

—Hace tiempo que no sé pensar en algo que no sean mis metas. Ese chico que conociste, lleno de sueños, murió. No queda nada de él en mí. —Noto dolor en mi pecho—. Pero, a tu lado, no siento tanto asco por la persona en la que me he convertido. No quiero acabar... No quiero acabar con esto, sea lo que sea lo nuestro.

Un nuevo trueno estalla cerca e ilumina el cuarto.

«Corre», me dice la voz de la conciencia.

Lo miro, me pierdo en sus ojos y, sobre todo, en lo que yo siento cuando me toca.

No puedo huir.

Hay algo más fuerte que nosotros en esta historia.

Tal vez sea el destino. Tal vez una historia de amor que está por contarse.

«Huye», grita la razón, pero el corazón hace que me alce, y lo bese, porque quiero arriesgarme, tras años viviendo a medias. Quiero aferrarme a él, aun con miedo y manos temblorosas.

Quiero vivir.

Wesly

No pude hacerlo y tal vez nunca pueda destruirla.

Tal vez, Renata sea más grande que toda la venganza, pero no puedo contar nada de esto a Luben. Siento que, si se lo dijera, iría contra Renata, pero no lo hará, si cree que tengo un plan.

No lo tengo. Solo sé que no puedo hacerlo, de momento.

Tal vez necesito más tiempo, y solo deba aprender a pasar página, dejando a un lado la venganza.

Solo sé que era incapaz de no pensar en volver a ella y perderla.

Nos besamos con hambre voraz.

No hay juegos. Hoy solo existe un nosotros. La necesito demasiado, como para no pensar en estar dentro de ella.

Vamos a tientas hasta el sofá y tiro de su ropa. No lleva sujetador y sus pechos, apenas iluminados por la luz del móvil, me reciben.

Tiro de los pezones con mis dientes, antes de meterlos en mi boca y devorarlos. Mis manos van hasta sus caderas y tiro de sus mayas. La dejo desnuda, para mi disfrute.

Tira de mi cazadora y me la quito. Cuando trata de quitarme el jersey, me aparto.

—No me gusta estar desnudo.

—Ya te vi sin camiseta y tus marcas no me importan.

—A mí sí.

Meto las manos en su sexo. Ya está mojada y lista para mí. Es tan receptiva que no puedo pensar en otra cosa que en las mil formas de darle placer. De jugar con ella hasta que no pueda más.

Un día la tendré atada para mi disfrute.

Un día, pero hoy no.

—*La mia dea*⁷.

—Me encanta cuando hablas en tu idioma natal. —Besa mi boca y la dejo, hasta que acabemos tumbados en el sofá.

Enreda su cuerpo con el mío y nos besamos, hasta que casi se corre, con solo el roce de nuestros cuerpos.

Echa la cabeza hacia atrás y muerdo su cuello. Lamo su piel y tiro del cierre de mis pantalones, para liberar mi polla y así meterme dentro de ella.

Está tan mojada, tan apretada, tan caliente...

Se mueve y me muero de placer.

La tormenta no cesa, y cada vez es más intensa.

Salgo de ella y entro hasta el fondo. Jadea con fuerza, y beso su boca, mientras su cuerpo se abre a mí por completo. Tiro de su labio. Lo muerdo. La penetro más hondo. Más fuerte y duro. Pongo la mano en el sofá, para clavarme más en ella.

Grita de placer. Su sexo palpita, como si quisiera exprimirme.

Cierro los ojos, sabiendo que no podré aguantar mucho.

—Estás a punto —digo en su oído—. ¿Quieres correrte?

—Sí, y si me dejas a medias, juro que me correré de nuevo delante de ti.

Sonrío, porque me encanta que me discuta. Que sea sumisa, solo en el punto justo.

Salgo de ella y entro con fuerza en su cuerpo.

Sus grititos son más fuertes que la tormenta. Me encanta, me la pone muy dura verla tan cachonda bajo mis brazos.

Nos movemos, hasta que me corro dentro de ella y no dejo de moverme, hasta que me sigue. Notar su orgasmo es una puta pasada.

Nos quedamos quiero.

No sé qué estoy haciendo. Solo sé que quiero estar aquí; entre todos los lugares del mundo, solo pensaba en volver a ella.



—Ha vuelto la luz, pero no podemos pedir nada para cenar con esta lluvia.

—Seguro que tienes algo en tu cocina para hacer.

Hemos estado un rato en el sofá, sin hacer nada, hasta que Renata se marchó para darse una ducha, cuando volvió la luz. Ha salido hace poco y mira los armarios de la cocina como si fuéramos a morir de hambre.

Mi madre hacía lo mismo. No le gustaba cocinar y, cuando estaba agobiada o deprimida, miraba los armarios diciendo que no teníamos cosas para comer. Solo se le daba bien hacer lasaña, y la hacía siempre que yo estaba triste, para alegrarme.

Cuando nos vinimos a los Estados Unidos, esperaba tanto de la vida, de mi padrastro, que, cuando todo se torció, la depresión la obligó a no poder levantarse de la cama.

En ese tiempo, era yo quien cocinaba para todos, y quien se preocupaba de que Chiara hiciera los deberes, y no perdiera clases.

Nunca me importó. Éramos un equipo y, en ese momento, me tocaba cuidar de todos. A veces siento que eso pasó hace demasiado tiempo. Es como si ese chico nunca hubiera existido dentro de mí.

—Por suerte, para ti, me gusta cocinar.

Me arremango el jersey y busco entre sus armarios. Tiene pasta y verduras.

Le pido que corte las verduras, mientras hago una salsa y pongo la pasta a cocer.

No deja de mirarme, como si no se creyera que esto fuera real.

—Mañana no irás a la oficina.

—Te has cansado de tenerme calentándote a todas horas — bromea.

—No, la verdad, pero en mi casa te necesitan más, y así se puede acelerar todo lo del diseño y la obra.

—Mejor, porque me siento más cómoda allí, y no haciendo de sombra de Cori.

En realidad, no es por eso, por lo que la quiero en mi casa. Deseo que esté lejos de Luben, porque no sé qué hará cuando los días pasen y vea que no hago nada con nuestro plan.

Aunque no tengo claro que no deba hacer nada... ¡¡Joder!! ¿Acaso no se puede tener todo en la vida?

Hace tiempo que sé que no.

La puerta se abre y aparece Selenia por el salón que comunica con la cocina. Al verme, pone caras y luego sonrío, al dejar la maleta cerca.

—Vaya, esto no lo esperaba. Cena lista y un cocinero buenorro.

—Para —le pide Renata, divertida.

—Vale, hazme cena para mí también, y tú... —mira Renata—..., a mi cuarto ahora mismo. Necesito saber qué ha pasado aquí, para pasar de querer matarlo a follártelo. Porque aquí ha habido sexo, no soy tonta.

Renata se sonroja y la sigue.

Preparo cena para los tres, sin saber por qué sigo así. Debería estar en mi casa, trabajando. El viaje ha hecho que deje muchas cosas aplazadas. No tendría que estar aquí.

Pongo las cosas en la mesa.

Esta casa se nota que no la ha decorado Renata. No tiene su toque personal. Es una casa alquilada, con muebles.

Las dos amigas vienen y se sientan a la mesa.

Renata no lleva nada de maquillaje. Tiene el pelo castaño en una cola alta, mal hecha, y las pecas son más visibles. Por primera vez, desde que la conozco, soy consciente de los años que nos separan; aunque seis años no son tantos. Solo son un número.

—Entonces, sois novios.

—No —decimos los dos a la vez, a la dichosa entrometida.

—Vale, sexo sin compromiso... Lo mismo de antes. Ah, no, que antes la tratabas como tu puta. —Renata le da una patada por debajo de la mesa—. Es cierto. ¿Qué ha cambiado?

—Nada —respondo y Selenia me mira como si quisiera sacarme la cabeza—. Ella puede no aceptar. Creo que es mayor para librar sus propias batallas, a menos que no la creas capaz.

Abre la boca para debatirme.

Renata sonrío, al ver que he dejado a su amiga sin palabras.

—Entonces, eres un jodido hombre de negocios que odia las relaciones sentimentales. Vale, ponle el nombre que quieras. Eso no

cambiará que, si solo folláis, el uno con el otro..., sois una pareja.

Nos miramos desafiantes y Renata le da otra patada bajo la mesa.

Tiene razón, y no se lo puedo discutir, pero no puedo pensar en esa palabra. Nunca he tenido pareja. Nunca ha creído en el amor. Ni creo que sea capaz de amar a nadie. Estoy demasiado roto para sentir nada.

Miro la cena y me levanto.

—Te espero mañana en mi casa. No tardes.

—Cobarde —dice Selenia, y tal vez lo sea.

Renata me sigue hasta la puerta y me da mis cosas.

—No le hagas caso. Para mí, todo está bien así...

—¡Porque estás loca por él desde que eras una cría! —grita Selenia, la entrometida.

—¿Cómo es eso? —pregunto y noto que me falta el aire.

—Es mentira...

—Sabes que no —insiste su amiga, con la boca llena. Empiezo a odiarla.

—Solo tenía doce años, Wes. ¿Qué sabe una preadolescente de amor? Nada. No sabe nada.

—Ya, y por eso te pasaste años comparando a todos los tíos con Wesly. Nadie de este mundo estaba a su altura, antes de que... Me callo.

«¿Antes de qué? ¿Ahora se calla?».

—No le hagas caso. —Cojo su cara entre mis manos—. Solo era una niña...

—Soy un puto egoísta —admito—. No deberías sentir nada por mí. Ni antes, ni ahora.

—Solo es sexo. Hasta que se apague todo, ¿no?

—Sí —afirmo, pero no lo siento así. La beso lentamente—. Nos vemos mañana. No tardes que, como jefe, no voy a tener piedad.

—Como si no lo supiera.

—Eso es porque hay mucho en ti que puedes dar, Ren. Es hora de que lo veas tú también, y te comas el mundo.

Sonríe y me marcho de la casa, agitado.

Renata me sigue viendo como ese joven dulce, que cuidaba de ella, y no se da cuenta de que está ante un monstruo.

No me queda alma. Lo sé en este instante porque, de quedarme algo, me alejaría de ella.

[Z](#) Mi diosa.

Capítulo 34

Renata

Llego a casa de Wesley a primera hora. No está, pero hay café recién hecho, con galletas. Al lado, hay una nota:

Intenta no
destrozarme la casa,
en venganza por lo
que te hice el
viernes.

Wesley

Sonríó y me tomo el café con las galletas, antes de ponerme manos a la obra.

Jan llega con su equipo y me comenta varias cosas que van a ralentizar las obras. Al parecer, Basil era más barato, porque no era tan profesional como parecía. Hay que deshacer muchas cosas y empezar de cero. Sobre todo, en la piscina y el jardín.

—La piscina debe tener un buen aislante, que evite la pérdida de agua. No lo tiene. Las tuberías no están bien puestas... Es un desastre, que visualmente habría quedado precioso, pero, con el tiempo, habría salido caro.

Se hacen cargo de todo y mando *email* a Wesley, para informarle.

Me responde enseguida:

Las cosas a veces pasan por algo.

P.D.: Tengo una nueva secretaria. Intentaré no ser un capullo.

Le indico que lo dudo mucho, y lo puedo imaginar sonriendo.

Su sonrisa siniestra, no debería ponerme tanto.

El día se me pasa volando.

Como con Roque, porque, como siempre, hay comida de más y le digo de hacerlo juntos, mientras el resto también hace un alto para almorzar.

Tras la comida, Roque se marcha para hacer unos recados para Wesly y reviso cómo van quedando los cuartos.

El segundo problema que se han encontrado es en el cuarto del terror. La ducha tiene pérdidas de agua, y lo sabemos porque ha explotado una tubería.

Veo cómo el agua cae por los objetos, y sé que algunos se echarán a perder, por ser de cuero.

Todo mi trabajo estropeado. Hay que pintar de nuevo.

Sacamos todo lo que podemos y escribo a Wesly.

No dice nada, y eso casi que me da más miedo. Siento que va a ir a visitar a Basil.

Espero a Wesly, cuando se van todos, pero, al ver que no llega, pido a Roque que me lleve a casa algo desanimada.

Tal vez esperaba algo diferente, pero él no me ha engañado. He sido yo.



El viernes hay café, galletas y una caja.

La abro y veo un precioso vestido negro, con encaje.

Lo saco y compruebo que tiene abertura por detrás, con una cremallera dorada.

Bajo este, hay lencería y un juguete sexual. Lo reviso y veo que es para meterlo en tu sexo. Vibra con una aplicación, que controlas tú u otra persona. Compré varios para Wesly, y este me gustó por su forma y porque un parte se posa en tu clítoris.

Claro que nunca imaginé que lo utilizaría yo.

Guardo todo en una bolsa y lo dejo en el armario de la entrada con mis cosas, para llevármelo luego, cuando me vaya.

Intento no pensar en ello, pero soy incapaz de no dar vueltas al tema o pensar en dónde me llevará Wesly. Me muero por estar a su lado... Solos.

Wesly

—Hemos perdido otra compra importante. Estamos perdiendo

mercado. ¿No vas a hacer nada? —Luben parece nervioso, agobiado y fuera de sí.

No soy tonto para no saber que, de nuevo, ha jugado con las drogas, que le están dominando.

He perdido la cuenta de las veces que he tratado de sacarlo de esa mierda, pero nunca hace caso. A veces creo que, hasta que no se pegue un gran susto, no hará nada.

No se droga delante de mí, porque sabe que le destrozaría todo, antes de que se las metiera en la boca o en la nariz.

Pero, por desgracia, sé muy bien cómo está una persona puesta hasta arriba, por culpa de las drogas.

—Me dijiste que dejarías esa mierda —le echo en cara, mirando el ordenador.

—Y tú que usarías a Renata para joder a Jeb. ¿Cuándo?

—Pronto —miento, pero necesito más tiempo para saber si estamos juntos en esto o no.

—Vale, esta noche tengo una cena. A ver si descubro quién está detrás de estas compras.

—Cuento con ello.

—Deberías venir.

—Tengo otros planes.

Su mirada no me gusta, pero la mía le deja claro que no me toque los cojones. Por eso, se marcha, porque me tiene miedo, y eso no sé en qué lugar me deja. Somos amigos, y es como un hermano para mí, pero ahora lo miro y siento que todo esto nos está separando.



Aparco cerca de la empresa de Basil y entro en su despacho sin llamar.

Lleva días sin querer cogerme la llamada.

Tiro unas carpetas que llevo sobre su mesa.

—Pero ¿qué haces aquí?

—En la carpeta está grabado todo —indico, ignorando su pregunta —. Lo incompetentes que sois y lo mal que habéis hecho el trabajo.

Además de que algunos de tus hombres robaron cosas en mi casa. Tengo cámaras ocultas por toda la vivienda, por si no lo sabías. — Por su cara, sé que lo desconocía—. O me devuelves mi dinero, o te hundo. Tú eliges, y te juro que estoy deseando que escojas la opción donde dejas que te hunda.

Por su mirada, sé que he ganado.

—Ella no te merece.

—Ni a ti tampoco. No vayas ahora de protector de las mujeres.

—Un día la cagarás con ella, y ahí estaré yo...

Lo agarro de la camisa, enfurecido.

—Como te acerques a Renata, esté o no conmigo, juro que te hundo. —Se queda pálido. Es solo un capullo sin sangre—. ¿Te ha quedado claro? —Asiente.

Lo suelto y me marcho de este lugar.

No soporto a la gente incompetente, pero mucho menos a los ladrones. Su empresa va de una cosa que no es, y la mitad de las opiniones buenas de internet están compradas o son de clientes, justo cuando terminan el trabajo.

He tenido suerte de darme cuenta a tiempo.

Dejé todo en manos de Renata sin ayuda, sin tener en cuenta que es nueva en este mundo de buitres. Por eso, ahora Roque anda cerca y la ayuda para que no pase de nuevo.



Llego al restaurante, antes que Renata, y la espero en la puerta del City Sightseeing.

En cuanto la siento, juego con la aplicación y, por el bote que da, antes de llegar, sé que ha sido buena, y está usando mi regalo.

Llega muy abrigada, con gorro y todo.

—El vestido que te he regalado, no pega con esta ropa. —No es una crítica. Es por meterme con ella.

Sonríe.

—¿Tengo cara de que me importe? Estamos a siete grados, y prefiero ir caliente. —Subo la intensidad del juguete—. ¡Wes!

—Y yo que creía que tendrías suficiente con el juguete y conmigo. Me decepcionas.

Sonríe y entramos dentro.

Vamos hasta el ascensor y subimos con otras personas.

Activo de nuevo las vibraciones y sus mejillas se sonrojan. Muerde su boca y aprieta los muslos.

Me giro hacia ella y cojo su cara, para besarla, importándome una mierda quien pueda mirar o lo inapropiados que puedan ser sus gemidos.

—Me gusta que mi comida se caliente a fuego lento. —Lamo su boca y se sonroja más.

«Joder, esta mujer me hace arder».

Salimos y caminamos para ver la ciudad desde todos los ángulos. Aunque, al ser por la noche, solo se ven luces.

A Renata no parece importarle. Lo mira todo con una ilusión que envidio.

Yo solo veo una ciudad donde me instalé para crear mi imperio. Me daba igual una que otra. Solo quería no dejar de crecer.

—Las luces siempre me han parecido estrellas caídas o cientos de vidas por contar.

El cielo está nublado y muy blanco. Seguro que nevará.

—¿Te gusta la Navidad? —me pregunta.

—Solo si consigo dinero con ella.

—¿En serio, Wes? —Alza una ceja y, para joderla un poco y disfrutar de ella, subo la intensidad del aparato.

Se acerca a mí y se alza para besarme, mientras el juguete no deja de vibrar en su apretado coño.

—¿Cuál es tu época favorita de año? —insiste, por querer saber algo más de mí.

Voy a ese chico que tenía sueños y era algo más que yo.

—El verano —admito.

—¿Por qué?

—Supongo que, en verano, la gente está más relajada, y no hay tanto estrés en el ambiente.

«Y porque, en verano, el frío no nos congelaba los huesos, y mi madre no lloraba tanto por no poder pagar la calefacción». Aparto

ese pensamiento de mi mente. Ese niño tenía sueños, pero poco más.

—Es raro que digas eso, cuando solo vives para trabajar.

—Ahora me la suda el tiempo o las estaciones. Pensaba en le Wesly que conociste.

—Ya me extrañaba a mí. —Sonríe y tira de mí para seguir contemplando este lugar, al que yo no le veo nada especial, pero ella lo encuentra fascinante.

Anda por la sala, hasta mirar hacia donde está mi casa.

Pongo el juguete en marcha.

—Dime algo de ti. Algo que no sepa nadie.

—Que seguramente un día me odies —lo señalo sin atisbo de broma.

—¿Y quieres que te odie? —pregunta con la mirada triste.

Guardo el móvil, agitado.

—No, pero eso poco importa.

Vamos hasta donde sirven algo para cenar y nos dan una mesa junto a la ventana.

El sitio no es lujoso y, cuando se quita la chaqueta, su vestido destaca. Sobre todo, con esos zapatos de infarto.

Es una jodida ninfa.

Se da una vuelta y veo la cremallera. Quiero tirar de ella y dejar su trasero desnudo. Quiero entrar en ella desde detrás, quiero correrme en su culo...

—Perfecto para lo que tengo en mente.

—Miedo me das.

—Si te diera miedo, no estarías aquí. Eres una jodida masoquista.

—Sonríe y se sienta frente a mí.

Dejo el móvil en la mesa y, mientras mira la carta, doy al vibrador unos segundos.

Cruza las piernas y, por su cara, el placer aumenta.

El camarero llega y subo la intensidad.

—Que pida ella. —Me mira como si me quisiera matar.

Pide con una divertida voz chillona, mientras yo subo la intensidad al aparatito. Veo cómo una gota de sudor baja por su cuello, hasta el valle de sus pechos, y que las mejillas se ponen más rojas. Está a

punto. Ahora mismo, su clítoris debe estar palpitando de puro gozo.

El camarero se marcha y ella me mira, como si me quisiera asesinar.

—¿Todo bien, Ren?

—Perfectamente.

Miente, y lo hace fatal. Me pregunto si sabe mentir.

—¿Qué tal con tu familia? —me intereso, porque quiero saber si se lleva bien con Jeb o no.

Su mirada se nubla y veo cómo se enfría. Vale, tema peliagudo.

—No somos amigos, Wes. Solo te estás divirtiendo conmigo..., y yo contigo.

Cojo su mano, que está sobre la mesa, y paso los dedos por su interior.

—Eso era antes. Ahora quiero saber más de ti.

—¿Y dónde nos lleva eso?

—No lo sé, pero no hay nada seguro en la vida.

—Salvo que un día te odiaré, ¿no?

—Salvo eso. —Aparto la mano y el camarero llega con algo de comer.

Miro la ciudad bajo nuestros pies.

—No están las cosas bien con mi familia —me cuenta. La miro, sin saber si quiero que siga o no, porque, cuanto más sepa de ella, más difícil será todo—. Mi padre lo pasó mal, cuando mi hermano lo rechazó, eclipsado por el dinero de su padrastro. Ya sabes que Jeb se cambió el apellido. Bueno, su madre lo hizo, pero no quiso anular a mi padre de la vida de Jeb. Según ella, lo del apellido era para que tuviera un futuro mejor, como heredero de un hombre rico. Todo esto lo debes saber. —Asiento—. Cuando era pequeño, repudió a mi padre. A mí, no, y así, utilizándome a mí, mi padre lo pudo ver. Hasta que Jeb decidió ser parte de su vida. Desde entonces, mi padre no ve más allá de mi hermano. Me quiere. Lo sé, pero tiene tanto miedo a perder a su hijo mayor, que me está perdiendo a mí.

—¿No te llevas bien con Jeb?

Por su mirada pasa odio. Es un sentimiento tan visceral, que veo en ella algo oscuro que me sorprende mucho.

—No, no me hablo con él, desde que tenía dieciocho años. —Mira

agitada el plato—. Aunque él ha intentado siempre ser parte de mi vida.

Esto me hace sentir aún más miserable.

«Sal de aquí», me dice una voz. «¿No ves el dolor en su mirada? ¿No ves que Jeb también le hizo daño?».

Cuando me mira, siento que está lejos de aquí, perdida en un pasado que parece tener un regusto amargo.

Sé qué hacer para que no piense, para que no le duela. Para que el mundo se quede lejos, mientras nos perdemos en el otro.

Debería huir..., pero no puedo.

—Vamos.

Me levanto y dejo mi chaqueta aquí.

—¿Dónde?

—A que dejes de pensar en lo que te pone triste.

—¿Y no es suficiente con el juguete?

—No.

Vamos hasta los aseos juntos y entramos en uno de ellos.

No sé si esto lo hago por ella o por mí. Si solo es sexo, no me faltaría el aire.

La giro y abro su vestido.

Su trasero me recibe.

Le hago que coloque las manos sobre la cisterna del aseo. No es el mejor lugar para esto, pero necesito que sea solo sexo, porque me estoy asfixiando. Cuanto más sé de ella, más quiero conocer cada detalle de su vida.

Tiro de su tanga y pulso el máximo de vibraciones del juguete.

Gime, y se retuerce.

Meto mis dedos entre sus piernas y noto cómo los jugos traspasan la tela. Toco su sexo, sin sacar el juguete, notando cómo vibra, y cómo se humedece más.

Aprieta los puños. Su piel se perla de sudor.

Doy un azote en una de sus nalgas y gime de placer. Se pone roja, y me gusta cómo se sonroja.

Hago lo mismo en la otra, sabiendo cómo el vibrador no deja de funcionar.

Sonrojo su trasero y paso los dedos por su sexo. Está muy

mojada, quiere correrse y yo también, pero tengo otros planes para ella. Por eso, le pongo el vestido y salgo del cubículo.

—¡Te mato!

—Me gustaría ver cómo lo intentas. Vamos, la cena se enfría.

—Ahora iré.

Cojo su cara y la beso.

—Si te corres, se acaba el juego.

—No lo haré. Te toca confiar en mí. ¿Puedes hacerlo?

—No, pero tendrá que valer. —Noto el dolor en sus ojos, porque no confíe en ella—. ¿Acaso confías tú en mí para que haga con tu cuerpo lo que quiera? —Aparta la mirada—. Pues no me pidas lo mismo.

Salgo del aseo y regreso a la mesa.

Al poco, aparece y empezamos a cenar.

Los primeros copos empiezan a caer y se levanta para mirarlos de cerca. Sus ojos brillan de emoción y, para aumentar su placer, hago vibrar el aparato. Cierra los ojos y la veo disfrutar en solitario. Al abrirlos, más copos caen.

—Nos vamos o no llegaremos a mi casa.

Pago la cuenta y nos marchamos.

Se abriga con su gorro demasiado pomposo y salimos.

Al hacerlo, voy hacia el coche, hasta que veo que no me sigue. Su cara mira el cielo, y los copos de nieve caen sobre sus labios, y se derriten al besar su cuerpo.

Saco el móvil para darle al vibrador, pero le doy a la cámara e inmortalizo este momento. Estoy haciendo otra foto, cuando se gira y me mira de una forma que hace que se pare todo el mundo. Solo existe ella.

—Me encanta la nieve. Mi época favorita es el invierno.

—Por lo de la manta y series. —Se ríe.

—Y chocolate caliente, la nieve... Porque en invierno te quedas en casa, sin sentir que deberías estar en cualquier otra parte. Cuando eres alguien que está feliz estudiando, cuesta explicar por qué prefieres estar en casa, que salir.

—Ahora dime la verdad. Te he visto cambiar en este tiempo. ¿Eras feliz estudiando o era más fácil estudiar que vivir?

—Era más fácil.

De nuevo me muero por saber la razón, pero, en vez de insistir, aumento las vibraciones.

Eleva el rostro a la nieve, que va aumentando de intensidad, y deja que su sexo lata, mientras el hielo se funde con su piel.

Tiro de ella hacia el coche y conduzco hasta mi casa, temiendo habernos quedado demasiado tiempo.

—¿Y Roque? ¿Estará bien?

—Sí, lo mandé a su casa cuando llegué. —Asiente.

Cada vez hay más nieve en las calles.

Pierdo un poco de estabilidad. Noto cómo me pongo tenso.

—¿Quieres que conduzca yo?

La miro, como si la viera por primera vez.

—No.

Sueno frío y brusco, pero ahora mismo no puedo ser menos... yo.

Con esfuerzo, llegamos a mi casa, y le digo que me espere en mi cuarto. Necesito un momento para mí.

Me sirvo una copa, tomo aire y dejo el pasado a un lado.

No puedo volver a ese punto. No puedo dejar que me ahogue.

Voy hasta mi cuarto, pero no está. La busco por la casa y no la encuentro, pero su abrigo sigue en la puerta.

Voy al jardín y la veo bajo la nieve, solo con el vestido puesto.

Ando hasta ella, perdido en esa diosa. Llego por detrás y tiro de su cremallera hasta dejarla desnuda. Solo lleva la ropa interior.

—Te gusta rebatirme... —Muerdo el lóbulo de su oreja.

—Querías estar solo. Solo cambié el lugar donde debí esperarte.

La nieve cae sobre nosotros.

Veó cómo cae sobre sus pechos. El sujetador es tan transparente, que puedo ver cómo estos se endurecen por el frío. Llevo mi mano a su sexo, mientras beso y lamo la curva de su cuello.

Echa la cabeza hacia atrás.

Tiro de su sujetador hasta dejarla desnuda, y disfruto de su imagen, con cientos de copos cayendo sobre su cuerpo.

Toco su clítoris y uno de sus pechos, mientras gira la cabeza y nos besamos.

Se remueve y gime. Seguramente, se deberá a que nota el

vibrador en su sexo, porque, aunque no esté en marcha, se siente llena. Es preciosa.

La llevo al límite antes de tirar de ella y llevarla a mi dormitorio.

—Pensé que no querías a nadie aquí.

—No hay otra cama donde te desee esta noche. —Vamos hasta mi cama—. Súbete en la cama y espérame con las piernas abiertas.

—¿Dónde vas?

—A servirme otra copa.

Hace lo que le pido y se sube a la cama, tras quitarse los zapatos.

Abre las piernas y me muestra su sexo desnudo, y mojado.

Voy a por una copa y a por pinzas para los pezones. Al volver, cojo la bebida en mi boca y la beso, pasándole el líquido.

Se lo bebe y lo que cae por su boca, lo lamo. Después, cojo las pinzas y pongo una en uno de sus pezones. Se sobresalta, por la punzada de dolor, pero luego gime, por el placer.

Le pongo la otra.

Doy otro trago y cojo el hielo del vaso. Lo paso alrededor de sus pezones.

—No voy a atarte..., de momento —dejo claro—. Pero quiero que subas las manos sobre tu cabeza y no las muevas.

Asiente y lo hace.

Da un respingo, al notar cómo sus pezones vibran bajo las pinzas. Tiro de ellas y se retuerce. Bajo la cabeza por su estómago y paso el hielo por su sexo. Luego, cojo bebida y, cuando acerco la boca a su clítoris, la bebida acaricia su tierna piel y la hace arder.

Lamo su mojado sexo, hasta que casi se corre.

Saco el vibrador, para meter mis dedos.

Se retuerce. No baja las manos. Suplica y contonea su cuerpo.

«Preciosa, sensual... Mía». Este último pensamiento me aterra, y por eso busco su boca, para tirar de mi ropa, hasta entrar en ella y meter la polla hasta el fondo.

Pongo una de mis manos sobre las de ella, y me clavo hasta el fondo.

—¿Más duro? —Asiente.

Apoyo mi mano en el cabecero y entro más hondo.

Salgo y me clavo hasta el fondo. Más duro y fuerte.

La beso, devorando su boca.

Noto cómo está a punto. Suplica, y me pide por favor que le dé lo que quiere.

—¿Quieres correrte? —Asiente—. ¿Quieres que llene tu coño con mi semen?

—¡Sí! —grita, cuando entro más hondo.

—Será un placer.

Me muevo más fuerte, hasta que casi se corre, y, cuando lo hace, tiro de las pinzas de los pezones. Esto aumenta el placer. Grita y su orgasmo arrastra el mío.

Me corro dentro de ella con un gruñido.

Cada vez es mejor. Cada vez la siento más metida bajo mi piel.

¿Qué narices voy a hacer?

—Abrazame —me pide, cogiendo mi cara entre sus manos—. ¿Puedes?

Me pierdo en sus ojos violetas y noto cómo me rompe, poco a poco, por dentro.

—Puedo. —La abrazo, notando la ansiedad crecer en mi pecho.

No la suelto, a pesar de sentir que me estoy ahogando. Tal vez, porque, si muriera así, entre sus brazos, no sería una mala forma de dejar este mundo.

Capítulo 35

Renata

Salgo de darme una larga ducha en el cuarto de aseo de Wesley.

Cuando desperté, no estaba, pero tenía ropa limpia y cómoda a los pies de la cama.

Bajo para buscarlo, sintiendo un sinfín de burbujas en el estómago, a las que me niego a llamar mariposas. Hay algo que me frena para sentir más por él, pero, cuando lo tengo delante, se me olvidan los motivos por los que no debería sentir nada más que deseo.

Bajo hasta su despacho y lo escucho hablando por el móvil.

Sonríó y, sin avisarle, voy a la cocina para comer algo. Ha preparado un desayuno de tortitas, y algunas cosas saladas.

Cojo un poco de todo y me siento en la isla de la cocina, para tomarlo.

Reviso el móvil y veo un mensaje de mi madre.

Mamá:
Hola, hija.

¿Qué tal?

Lláname cuando te levantes.

Miro la hora a la que lo ha mandado.

Hace solo treinta minutos. Como un poco más, antes de recoger y llamarla. Es mi madre, y está de mi parte. Llamo, mirando la nieve que ha caído por el jardín.

—Hola, hija —me dice mi padre, y me quedo helada.

—Hola. ¿Está mamá?

—Ha salido a comprar. No puedes evitarme, soy tu padre. ¿Acaso has dejado de quererme?

Cierro los ojos para contener las lágrimas.

—Sabes que no es eso. Es tu insistencia de que me olvide de todo, como si nunca hubiera pasado.

—¿Acaso no es lo que haces tú? —Ese golpe bajo casi me dobla por la mitad.

—Sí, pero es para poder seguir viviendo.

—¿Y no entiendes que yo quiero lo mismo? Soy abuelo, y acaba de nacer mi nieta. Y es preciosa. —Esa niña no tiene la culpa. Lo sé, pero no puedo dejar que Jeb me controle más—. Jeb ha cambiado mucho, y ayer, con su hija en los brazos, se le veía otro hombre. Se arrepiente de todo. Creo que ahora, como padre, entiende que lo que hizo estuvo mal. Su forma de protegerte, para que nada malo te pasara, se le fue de las manos.

—Debería estar en la cárcel...

—Solo fue una chiquillada, y lo otro fue por amor...

—Tenía veinticuatro años cuando pasó. Creo que la adolescencia ya había pasado.

—Solo quiero que entiendas que se arrepiente. Hace ya seis años de eso, Renata, y tuviste novio. Si tan marcada te dejó, no podrías estar con nadie. Creo que tal vez es lo que dijeron los médicos: que estabas demasiado borracha para recordar con claridad lo que pasó, y lo que no.

—No me puedo creer que digas esto...

—Tenías más alcohol de lo que deberías...

—¿Y si me drogaron?!

—Hija, y si no lo tienes claro. Existe una posibilidad de que lo entendieras todo mal. —Siento que me ahogo—. Aun así, se arrepiente de no haberte sacado de ese lugar antes. Él solo quería cuidarte, como ha hecho siempre.

—¿Ahora se le llama cuidar a no dejar que ningún hombre me mirara siquiera?

—Solo estaba preocupado por ti.

Me estoy ahogando... Veo borroso y, si sigo con esta conversación, me voy a hundir. Siento cómo la caja donde guardo todo se está resquebrajando.

—Pues yo lo siento por su hija, porque, si la trata como a mí,

acabará por vivir un infierno. O peor, enterrarse en vida, porque vivir es agotador cuando una persona no te deja respirar.

—Se arrepentía, y solo quería enmendarlo y protegerte. Está dispuesto a cambiar...

—No sé qué me agota más en todo esto: que sientas que yo debo pedir perdón o que hayas dejado que te coma la cabeza, ese encantador de serpientes. ¡Tú sabes todo lo que me ha hecho!

—Hija...

—No, yo sí he estado ahí siempre, y ahora parece que solo tienes un hijo. Para ti, yo fui la de repuesto, mientras él volvía. No quiero saber nada de él y lo siento por mi sobrina, pero si estar a su lado implica perdonar a su padre, tampoco quiero saber nada de ella. — Cuelgo el móvil y lo apago.

Estoy temblando, agitada y nerviosa. Lo peor, es que siento que esperan que acepte que todo fue por mi culpa. ¡No, joder! ¡No fue mi culpa! ¡Yo fui la víctima!

Llevo muchos años convenciéndome de eso, para no sentir el peso de la culpa. No sentir que me lo merecía, y que todo pasó porque yo lo provoqué.

Llevo años no queriendo pensar en ello, pero, a la vez, tratando de avanzar.

Ahora, es como si nada hubiera pasado, como si no tuviera derecho a estar mal.

Tengo la edad que tenía mi hermano cuando todo ocurrió y a mí no se me pasa por la cabeza hacer algo tan cruel. Ni eso, ni todo lo que me hizo desde los doce años.

Nunca habría actuado así, para, supuestamente, «proteger» a alguien. ¿Acaso nadie lo ve?

Salgo al jardín. El cielo está nublado y con seguridad nevará más.

Hago varias bolas de nieve y las lanzo con rabia contra un cubo.

—Vas a coger frío. —Wesly pone una manta sobre mis hombros.

—No lo siento —admito, pero tengo los dedos rojos.

—¿Quieres hablar?

—No puedo. —Lanzo la bola y se estrella en pedazos.

Wesly se queda a mi lado, sin decir nada.

Lo miro, mientras hago otra bola de nieve. Lleva unos vaqueros y

una sudadera, y parece mucho más joven. Me gusta verlo así.

Le tiro una bola al estómago.

Su mirada se oscurece y le lanzo otra.

—Para —me pide con ese tono de voz autoritario.

—¿O si no qué?

—Se me ocurren cientos de castigos para ti —por cómo lo dice, sé que todos son sexuales.

Le lanzo una bola y luego otra, hasta que se cansa y viene hacia mí.

Me carga sobre su hombro y le golpeo el culo con las manos, mientras me sube a su cuarto. Tiene el trasero jodidamente duro. Todo en él es sexi a rabiar. Me tira sobre la cama y reboto en ella.

Se cierne sobre mí y nos besamos como dos hambrientos.

Quiero mi ropa fuera y su cuerpo duro en cada rincón.

Su beso es caliente y demoledor.

Me besa como si follara. Acabo por gemir, y más cuando noto su polla dura apretándose contra mi sexo.

Restriego mi cuerpo contra ella.

Pone mis manos sobre la cabeza y se frota contra mi cuerpo, mientras me besa.

—Tu castigo es nada de sexo en el fin de semana. —Tira de mi labio y luego lo chupa—. Solo besos.

—¿En serio, Wes? —Asiente, con algo parecido a una sonrisa—. ¿De veras podrás resistirte?

—¿No lo hago en el trabajo cada vez que vienes con altos tacones y vestidos que se ajustan a tu deseable figura?

Es cierto, joder, y se me instala en el pecho la duda y el miedo de que tal vez no me desee tanto como yo a él.

—Vale, lo acepto. —Salgo de la cama y voy al aseo, para meter mis manos en agua caliente. Las tengo latiendo por la humedad y el frío.

Lo que necesitaba no era su castigo, sino sexo loco, de esos que hacen que me olvide del mundo.

Tomo aire y aparto la sensación de rechazo. Lo de mi padre y lo de Wesley me está afectando.

Capítulo 36

Wesly

Esperaba que Renata jugara sus cartas para seducirme y hacerme claudicar, pero no lo hace.

La casa está sumida en el silencio de siempre, y no parece que esté por aquí.

Cierro el portátil y salgo para buscarla.

La encuentro en la salita, tapada con una manta y leyendo en su tableta.

—¿Me has cambiado por un libro?

—Al menos en el libro follan como conejos y no piensan en nada.

Me fijo en algo que no vi antes: el dolor en sus ojos y las lágrimas a punto de derramarse. No sé qué hacer con todo eso. No sé qué decir. No sé cómo ser bueno para ella, y si quiero serlo.

Levanto sus piernas y las pongo sobre mí, antes de sentarme.

—Vamos, léeme un poco. —Se sonroja—. No puede ser tan fuerte.

—No es para hombres que no desean tener sexo.

Alzo una ceja y le quito la tableta.

Leo la escena, donde la mujer tiene sexo con dos personas a la vez.

La miro y su sonrojo se acentúa.

—¿Te excita esto?

—En los libros, sí, pero en la vida real no podría tener sexo con dos personas a la vez. Como lectora busco unas cosas, y, como mujer, otras. ¿Lo entiendes?

—Me encanta leer libros de asesinatos y eso no me convierte en alguien que apruebe lo que pase en la vida real.

—Mi padre nunca lo comprendió. —Noto que se tensa—. Siempre leía este tipo de libros a escondidas, al igual que mi madre. Ella lee en el móvil, porque mi padre no quiere saber qué lee, y se excita leyendo novelas así. Un día, le dije que esto le hacía sentir menos hombre. Dio a entender que mi madre necesitaba excitarse con un libro, porque en la cama él no lo daba todo.

—Esas son inseguridades de tu padre, y no de tu madre. Ella sabe lo que quiere, lo que desea. Lo que desea de la realidad. Es tu padre quien tiene el puto problema.

—Eso pensaba yo, pero me sentía mal, por pensar así de mi padre.

Metó la mano bajo la manta y la llevo hasta su sexo. La toco sobre las mallas.

—A mí me excita saber que, cuando lees, te pones tan cachonda. No me crea inseguridad saber que leer te excita tanto, pero que, en la vida real, solo me deseas a mí.

—Eso por ahora...

Su descaro hace que la ponga sobre mí.

—No pienso compartirte. Soy como tú. Solo te permito excitarte con los libros. —Pasa las manos por mi cuello.

—¿Solo eso?

Asiento y me besa. Su boca me vuelve loco.

—¿Por qué estabas triste antes?

Duda un momento.

—Mi padre me llamó, y tuvimos una acalorada charla. —Veo la tristeza en sus ojos—. Siento que mis padres no están tampoco en su mejor momento.

—¿Por?

—Su historia siempre ha sido complicada. Mi madre y mi padre eran buenos amigos. Cuando se acostaron, ella se quedó embarazada de mí, o al menos es lo que me dijeron, porque siempre he sentido que callan algo. Mi padre insistió en casarse y formar una familia. No soportaba perder otro hijo y que fuera criado por otro hombre. A veces creo que su amistad se convirtió en amor. Otras, que solo están juntos por mí. Ahora que no estoy en casa, no sé qué quedará de ellos como pareja.

—Casarse solo por compromiso, al final es un fracaso.

—Lo es, pero yo no lo veía. Estaba tan metida en mis estudios, en mi mundo, que es ahora cuando veo todas las carencias. Hasta tuve un novio al que casi no vi durante cuatro años. No tuvimos sexo nunca...

—¿Y cómo lo soportabas? Porque conmigo no has aguantado mi

castigo.

—Porque no lo deseaba, pero quería ser parte de algo. —Paso mis manos por su espalda—. Me hice cómoda, porque a su lado sentía que era capaz de tener todo. Que podía ser novia de alguien sin dolor. —Se calla algo, pero la dejo, porque me está contando muchas cosas—. Pero contigo no puedo conformarme con migajas. No puedo. —Se mueve y noto que su sexo golpea el mío—. A veces siento que eso es lo único que tú estás dispuesto a darme.

Lo triste, es que es verdad.

Tal vez, por eso, la beso. Ahora mismo no sé qué decir.

Nos besamos, hasta que gime en mi boca. Pongo mis manos en su trasero y lo estrujo, mientras se restriega sobre mí.

—Puedes imaginar que entre las sombras hay alguien mirando cómo te toco. —Lamo la curva de su barbilla, y tiro de su sudadera.

—Puedo imaginar...

Que le guste jugar tanto como a mí, no lo esperaba, cuando empecé todo esto. Siempre he dejado a un lado mis juegos, porque ninguna mujer me intrigaba lo suficiente para tener una segunda cita, y así probar cosas nuevas. Espera que, con ella, todo fuera igual. Un polvo, unas fotos y un corto olvido. Pero... aquí estoy, y siento que mi sed de ella no hace más que crecer. Por primera vez en toda mi vida, me permito ser yo mismo con una mujer en la cama.

Centro mi atención en ella, en los jadeos de su boca y su respiración entrecortada.

—Ahora mismo se muere de envidia de no tener en su boca estos duros pezones, aún rojos por las pezoneras. ¿Te gustó?

—Sí. Fue excitante.

—Tengo mucho que mostrarte...

—No puedes atarme.

—Un día deberías confiar en mí.

—Si un día confío en ti, es porque te amo, Wes. Solo si te amo con toda mi alma, podré confiar en que no me fallarás, y tú no quieres que te ame.

Duele. El pecho me duele, ante la idea de que me ame. De la misma forma que me duele imaginarla con otro. Tal vez, por eso, la

beso, porque quiero que el dolor se marche, se mitigue o que sea sustituido por otro.

—¿Quieres jugar?

—¿Ya no estoy castigada?

—Te deseo demasiado para soportar tu castigo. —La giro y alzo su cara hasta un punto de la pared—. Eso de ahí es una cámara. Va a grabar cómo te follo. Imagina que, tras la cámara, hay uno de tus amores literarios, que se mueren por follarte.

—Mis amores literarios son posesivos y no dejarían que me tocaras ni con un palo. —Muerdo su cuello.

—Pues que se joda, porque tú eres mía —en cuanto suelto eso, quiero retirarlo, pero lo dejo ahí, porque así es como me siento.

—¿Luego nos verás follar?

—Lo podemos ver juntos. Ahora juega conmigo. Juega a creer que hay alguien más.

Mira la cámara y le quito el sujetador. Tiro de sus pezones y los retuerzo con las manos. Se mueve adelante y atrás, mientras los huevos me van a explotar por el contoneo de sus caderas.

—Tus tetas son solo mías. Nadie las puede tocar. Nadie puede darte este placer.

—Solo tuyas —afirma y que me dé este poder, me excita.

—¿Te gusta que te vea tan cachonda por mí?

—Y por él. Lo imagino metiendo su mano dentro del pantalón y haciéndose una paja, mientras siento tu polla en mi trasero.

—Dejemos entonces que vea lo mojada que estás por mí. —Tiro de su ropa, hasta dejarla desnuda.

Abro sus piernas sobre mi cuerpo. Expuesta, deseable y preciosa.

—Tócate, Ren. Quiero que sufra por no tenerte.

Veo cómo lleva sus manos hasta su sexo y cómo se lo toca. Tiro de sus pezones, mientras sus dedos juegan con los pliegues y el sexo abierto, y expuesto.

Llevo mi mano a la de ella y la toco. Juntos acariciamos cada parte sensible de su sexo.

Meto un par de dedos y ella se acaricia el clítoris. Se remueve.

—Seguro que se muere por meterte la polla, pero este coño es mío. Solo mío.

—Sí. —Introduzco los dedos más hondo—. Te deseo dentro, Wes. Fóllame.

No puedo rechazar su invitación.

Libero mi polla y entro en ella por detrás. Gime y su vagina late con fuerza. Está muy caliente y estrecha. Apoyo la frente en su espalda. Pongo mi mano en su cintura, y nos quedamos quietos, sintiéndonos.

—Muévete, para que vea cómo follamos. Cómo te reviento el coño.

Su sexo late por mis guarras palabras. Le pone mucho que le diga guarradas, los juegos..., y sé que un día le excitará estar atada, sin saber lo que tengo planeado para ella. Solo de imaginar atarla a mi cama, abierta para mí, puedo correrme. Lo deseo todo de ella... ¿Aunque eso implique amor? Aparto ese pensamiento de mi mente y me centro solo en el sexo. Solo en el sexo tengo el control.

Entro más hondo en ella. Más fuerte y duro.

Jadea, y se retuerce.

Toco su sexo y luego sus pezones duros, con sus propios jugos. Llevo mi dedo a la boca y me lo chupa, como si me lo follara.

—Ahora mismo está rabiando por no poder sentir lo que es tener su polla clavada en ti. —Su sexo late por el placer—. Grita más fuerte, para que vea lo guarrilla que eres.

Gime excitada por todo. Me muevo más fuerte, y grita.

—Más duro. —Pongo las manos en sus caderas y cuando entro en ella, la aprieto hacia abajo, para que me sienta más dentro—. Joder..., voy a correrme.

Aumento las embestidas, hasta que se corre con fuerza.

No tardo en seguirla, notando cómo su sexo se aprieta en torno a mi polla, y cómo late con fuerza. Se deja caer hacia atrás y, cuando la saco de su sexo, le abro las piernas.

—Que vea a quien pertenece esta guarrilla. —Paso mi semen por su sexo y noto cómo tiembla.

Le pone cachonda esto. Le pone mucho notar mi esencia.

Joder..., no puedo creer lo que me pone tenerla así.

La dejo en el sofá y la beso con fuerza. No puedo dejar de besarla y sentirla.

Ella es mía, y saberlo me asfixia.

Capítulo 37

Renata

Wesly me deja en mi casa el domingo por la noche, para poder hablar con Selenia. Su idea era que me quedara con él, pero necesitaba coger mi ropa y centrarme un poco. Estar a su lado es demoledor. Solo pienso en él, en su boca y en tenerlo para mí.

Pero están siempre presentes sus miedos, y los míos.

Quiere atarme. Lo sé. Lo desea. Lo ha dejado caer y no puedo.

—Vaya cara de bien follada —dice mi amiga, cuando me dejo caer a su lado, en el sofá.

—Ha sido increíble.

—Pero...

—¿Y si me enamoro de él?

—Pues sufrirás, pero tú misma.

Miro la tele, y veo que está viendo un *reality*, donde la gente se mete en cabinas para buscar el amor. Se conocen sin verse y se enamoran. Después, cuando salen de esas cabinas, todo cambia, porque ya no están en su burbuja, y existen más cosas. Los gestos, las miradas, la vida, el estrés... Lo de las cabinas no es real. Ahí te imaginas a alguien perfecto para ti, pero luego tienes que unir la imagen con la persona.

A Selenia le encantan este tipo de programas y nos los tragamos todos.

—Mi hermano ha tenido a su hija. —Cojo algo de comer que hay en la mesa—. No puedo perdonarlo tampoco por ella.

—Lo sé.

—Tengo miedo de que a ella le pase por lo mismo que a mí. —Me observa aterrada—. No eso, exactamente, pero sí que no la deje vivir. Sabes que Jeb era peor que mi novio. No me dejaba salir, y, cuando lo hacía, me llevaba de vuelta a casa..., y cosas peores. —Tiemblo, porque no quiero recordar.

—No pienses en él. Esa niña es tu sobrina, pero no puedes perdonarlo por ella. Al final, eso te acabará por matar a ti. —Asiento.

En la tele aparece una de las parejas, que se ve en persona y se besan como si se amaran. En lo que avanzan del próximo episodio, ya se están gritando enfadados.

«¿Y si el amor es solo un espejismo? No, no lo es, porque, si lo fuera, no dolería tanto».

Estoy un rato con Selena, hasta que me marchó a la cama.

Tengo una llamada de un número desconocido, que me ha dejado un mensaje de voz. Lo escucho con el corazón acelerado, porque es de Jeb:

—Ella no merece todo esto... Ya te he pedido perdón. Solo quiero arreglar las cosas. Solo quiero recuperar a mi hermana. Te quiero. Te quiero mucho...

Tiro el móvil y se lo cuento a Selena.

—Tienes que cambiar de teléfono.

—¿Y si estoy siendo exagerada? —Me da un bofetón—. ¡Joder, que eso duele!

—Te violaron. Tú no eres exagerada. —Tiemblo al escuchar esa palabra; por lo que implica aceptar que lo que pasó fue real y no un sueño—. Así que, no. No eres exagerada. El tiempo no cura una mierda, cuando te han violado. Punto. Y tampoco a un hermano ultra controlador. ¿Quieres que te recuerde todo lo que te hizo?

No puedo hablar, ni moverme. Mi mente va a esa noche.

Selena se da cuenta tarde de que estoy entrando en un ataque de pánico.

No consigo calmarme. No consigo respirar. No consigo aferrarme a la vida.

Es mejor creer que yo no fui esa persona y que eso no me sucedió a mí...

Capítulo 38

Renata

Llego a casa de Wesley y me pongo a trabajar.

No he dejado de estudiar en toda la noche. Estudiar y leer siempre me han ayudado a no pensar. A no recordar.

Jan llega y me dice todo lo que está mal en mis diseños.

—Pareces un profesor de esos odiosos.

—Eso es porque veo potencial en ti. Vamos a corregir todo.

Lo hago y me explica sus ideas.

La verdad es que tiene razón, y eso hace que me sienta inútil. Pensaba que era increíble y, en realidad, solo soy un proyecto.

—Quita esa cara y a currar, señorita Hill.

—No es mi mejor día.

—¿Tengo cara de que me importe? A currar.

En realidad, que sea así, me ayuda más que si me tuviera pena o me preguntara qué me pasa. No le importa, y no debo contárselo. Debo ser profesional.

Me paso todo el día trabajando y haciendo mejoras.

Al acabar la jornada, me deja un panfleto.

—Doy un máster a unas pocas personas con talento. Deberías apuntarte. Es los fines de semana.

—Es una pasta, el precio —indico al ver el importe.

—Puedes pedir un préstamo y pagarlo a plazos. Si quieres crecer en este mundillo, debes destacar.

—Lo pensaré.

—Te iré informando de los másteres que vamos haciendo.

Le digo que vale.

Se marcha y le escribo a Wesley, para pedirle que me haga otro tipo de contrato, si no tiene en mente despedirme, porque quiero pedir un préstamo.

Me llama de camino a mi casa.

—Yo puedo prestarte el dinero.

—No quiero tu dinero, Wes. Quiero currarme las cosas.

Se queda callado.

—Hablaré con Eneas. Te haremos otro tipo de contrato, que haga que te den un préstamo.

—Gracias, y cuando acaben las obras de tu casa, me puedes despedir...

—No tengo en mente despedirte.

Lo creo y en mi estómago danzan mariposas.

«No quiero mariposas. Prefiero capullos en forma de gusanos... Aunque eso no cambia, que un día acaben siendo mariposas», pienso con tristeza.

—En dos semanas iremos a ver El Cascanueces.

—¿En serio?

—Es la obra favorita de mi madre, y pensé que te gustaría.

—Sí, me gusta el teatro.

—Entonces te llevaré.

Hablamos hasta que llego a mi casa, y él sigue trabajando.

Me pregunto por qué Wes no es capaz de salir de su burbuja. Una parte egoísta de mí esperaba que, al estar conmigo, deseara más tiempo libre, pero no es así.

Los días pasan y no nos vemos. Solo hablamos por teléfono, pero nada más.

Le dije a Wes lo del cambio de número del móvil, y me comentó que cuando quisiera se lo contara.

—El cuarto de juego está acabado —me informa Jan.

Asiento y subo para verlo.

Han instalado los muebles que no se han dañado y algunos nuevos.

Trabajo en él, sintiendo el corazón muy pesado. Alguien que hace esto, es porque quiere usarlo y disfrutarlo.

Pongo todas las cosas, sintiendo el alma pesada. Cuando miro la cama y las ataduras, mi mente viaja a esa noche.

«—¡Para! ¡Suéltame!».

Aparto ese pensamiento de mi mente y creo que lo tengo superado, hasta que noto las lágrimas caer en mis manos. A su lado nunca podré ser lo que Wesly desea.

Me paso todo el día en el cuarto y me ayudan para que esté listo.

Mando una foto a Wesley y le digo que está preparado.

Miro el sitio, agitada. Es muy bonito, pero habla de una historia que contará sin mí, porque lo nuestro se apagará. Un día solo seremos cenizas de un recuerdo olvidado.

La puerta del ascensor se abre y lo miro.

Entra con la chaqueta en la mano y la camisa entreabierta.

—Te has dado prisa por ver cómo estaba el cuarto del terror.

—Suponía, y esperaba, que estuvieras aquí.

—Ya... lo podrás usar, en cuanto lo nuestro acabe...

Coge mi cara entre sus manos.

—¿Acaso te estás despidiendo?

—Es que yo no formo parte de todo esto.

—Cuando confíes en mí, entenderás que aquí solo buscaré tu placer.

Noto dolor en el pecho.

—Prefiero irme. No me gusta estar aquí.

Salgo de la estancia, y me deja ir.

Bajo las escaleras hasta la cocina. Tomo un vaso de agua.

Wesley se pone por detrás y me acaricia el estómago. No puedo ser quien él espera.

—Siento que te estás ocultando al mundo. He visto cómo te gusta el sexo y cómo te gusta que te domine. Ren, te gusta que juguemos... Creo que eres como esa habitación: un diseño oculto, a la espera de ser liberado.

—Eso lo dices, porque deseas que sea así. Tal vez debas plantearte buscar a otra.

—No quiero a otra.

—Ahora, pero tal vez mañana... sí. —No dice nada. Me separo y le sonrío—. Todo está bien. ¿Nos vemos en el teatro?

—Sí. —Parece tenso y molesto.

Me alzo para darle un beso.

Nos miramos, perdidos en los ojos del otro. No me deja ir, y no hago por marcharme. Siento más por este hombre, de lo que quiero admitir a mí misma.

Le dedico una sonrisa triste y me marcho. Esta vez sí me deja ir, y duele, porque noto que, tal vez, cada vez nos quede menos tiempo

juntos.

Tengo un mal presentimiento.

Wesly

—Hola, hijo. Qué raro que me llames y no me mandes un *email*, contándome cosas, mientras esperas que te responda. —Se ríe—. ¿Qué tal todo?

Mi madre me habla en italiano.

Tras lo que pasó, se marchó con mi hermana de vuelta a Sicilia. Allí viven las dos juntas, mientras que yo me quedé, porque tenía planes muy ambiciosos, que solo podía realizar aquí.

—Bien. ¿Cómo está Chiara?

Se hace el silencio y cierra la puerta.

—Sigue igual. No habla con nadie. Se centra en sus ramos de flores. Es la mejor de la ciudad, pero no sale de ahí.

Noto el dolor entre las palabras de mi madre.

Mi hermana lleva años sin hablar, metida en su mundo. No quiere saber nada de nadie. Solo de las flores. Mi madre puso una floristería, y las dos han ganado varios premios, porque mi hermana hace arte con los ramos.

Tiene la edad de Renata y no sé cómo llegar a ella.

Tampoco creo que pueda, porque, lo que le pasó, fue por mi culpa.

Ese sentimiento hace que no sea capaz de estar a su lado. Sus gritos resuenan en mi mente con frecuencia, echándome la culpa de todo.

—Os mandaré más dinero para ampliar el negocio.

—No hace falta, pero podrías venir. Te echo de menos. Eres mi pequeño. —Se le rompe la voz.

Aparto el teléfono, nervioso.

—Tengo que dejarte. Tengo mucho trabajo.

—Wes, deja de castigarte. No fue tu culpa...

—Sí, lo fue.

Cuelgo y voy a buscar una copa. Estoy nervioso, agitado y el pasado me está matando. De nuevo, veo las imágenes de Renata follando conmigo, sus gemidos me la ponen dura, pero también me

recuerdan que tengo en mis manos la oportunidad de hacer justicia.
De vengarme por mí y por mi hermana.

Capítulo 39

Renata

Ahora estoy en la oficina de Eneas, para firmar mi nuevo contrato, y luego iré a pedir el préstamo. Además, esta tarde, tras el trabajo, me prepararé para El Cascanueces.

—Diseñadora de interiores —lee Eneas en voz alta, orgulloso, al ver mi nuevo contrato—. Al menos, harás algo que te gusta. A ver si lo próximo es para la empresa, que te echo de menos en los almuerzos.

—Yo a ti también, la verdad. —Firmo al lado de Wesly, y Eneas me da una copia.

—¿Cómo va todo? —me pregunta.

—Pues... sin parar de trabajar. Al llegar a casa, solo puedo centrarme en aprender.

—¿Y eso?

—Cuando trabajo, no pienso.

—¿Y en qué no quieres pensar? —En que me violaron... Pero no lo digo, y él no insiste. Nota algo en mis ojos, de que no estoy bien—. Tengo que ir a al banco.

—Te acompaño a lo del préstamo, y podemos almorzar juntos.

Acepto y salimos juntos.

Antes de llegar a la calle, nos encontramos con Luben. Su mirada me hace temblar. Hay algo en él que no me gusta.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—He venido a firmar mi nuevo contrato.

—¿En serio? Qué raro. Pensaba que te despediríamos. —Lo miro impactada, y más cuando se acerca a mi oído—. Debes de follar muy bien, si lo has convencido para que siga pagando por tus servicios.

«¡Dale una bofetada!», grita mi alma, pero no hago nada. Solo lo veo irse, sabiendo que me ha faltado el respeto.

—¿Qué te ha dicho? —se interesa Eneas.

—Nada, nada...

Luben es el mejor amigo de Wesly, y no puedo enfrentarlos.

Sigo a Eneas al banco, sintiéndome sucia... Como hace años. Es como si todo lo que me pasa fuera porque yo lo he provocado.

Wesly

—¿Cómo es eso de que la hemos contratado? ¡Tendría que estar en la puta calle y los vídeos en manos de su hermano! —Luben se pasea nervioso por mi despacho.

—O te tranquilizas o te largas.

—¡Ella solo es nuestra misión! ¡Por su culpa no puedo dejar de meterme de todo, por la ansiedad de no saber cuándo le dirás todo a ese capullo!

Lo veo fuera de sí, pero no le digo nada. No le informo de que tal vez no haga nada. No, porque ahora está fuera de sí. Está poseído por las drogas.

—Vete a casa, y que nadie te vea en ese estado. Como no aceptes ayuda para curarte la adicción, lo mismo te dejo fuera de todo. ¡Te vas a acabar matando!

—¿Y si no quiero hacerte caso?

—Te cierro el grifo.

Me mira desafiante, pero se marcha dando un portazo.

«Mierda, esto se está complicando».

Saco el móvil, donde tengo las imágenes y vídeos guardados de Renata.

Le doy al *play*, al último, donde folló mirando hacia la cámara. La veo preciosa, montada sobre mí. Si no estoy cerca de ella, es porque no tengo claro qué hacer, pero la deseo. Cada puto día la deseo más que el anterior.

No paro de trabajar todo el día, y bastante tarde vuelve a aparecer Luben. Me informa de que irá a una fiesta, y que tal vez descubra quién está detrás de la compra de las empresas.

Le digo que vale.

Ha regresado más sereno tras la comida, y ha estado trabajando. O haciendo como que trabaja.

Antes de irme al teatro, Luben entra en mi despacho, cuando ya estoy recogiendo.

—¿Vas a mandar los vídeos a Jeb? Porque estoy cansado de

esperar. Es ella o yo, y te recuerdo que, cuando estuviste en la mierda, yo estuve a tu lado. ¡Somos hermanos, tío! No me puedes cambiar por una mujer.

—Ella no tiene la culpa de nada.

—¡Tampoco nuestras hermanas! ¿Es ella o yo?

—Creo que sigues afectado por las drogas, deberías irte a casa y lo hablamos el lunes.

—¡Y una mierda! Voy a ir a esa fiesta, voy a saber quién está detrás de las compras y voy a ver cómo le podemos ganar. Pero te juro, Wesly, que no pienso dejar a un lado mi venganza. Aunque tenga que follarme yo a Renata.

Voy hacia él, pero el cobarde huye.

—¡Como la toques un pelo, te mato! —le grito y me mira desde el pasillo.

—Entonces, queda claro que has elegido. No olvides que somos como él, porque, si no fuera así, nunca te habrías acercado a ella para seducirla, follarla y usarla, solo por la venganza. Crees que eres mejor que yo, o que él, pero ella solo está aquí por la venganza. Hasta ahora, nunca te importó.

Lo veo irse y golpeo la silla. ¡Mierda! Todo se me está yendo de las manos, y lo peor es que tiene razón.

Soy un monstruo.

No soy mejor que Jeb, porque pensaba usar a Renata sin importarme nada más.

Salgo a por Renata.

Llegamos tarde, y no estoy de humor. Lo nota en cuanto entra en el coche.

La cosa está tensa entre los dos: ella rayada por el cuarto sexual y yo porque no me fío de Luben.

—Pase lo que pase, no te fíes de Luben —le indico al salir, de camino al teatro.

—¿Por qué?

—No te fíes de él —insisto y asiente. Si le pone un solo dedo encima, siento deseos de matarlo.

No puedo entregarla.

Entramos y coge el programa. Entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Estás así por mi culpa? Por no querer usar eso... —La dulzura en sus ojos me paraliza el corazón, y no puedo con la culpa, con el peso de saber que, hasta hace poco, pensaba llegar hasta el final—. Tal vez... Quizás un día lo pueda intentar, pero lo malo es que puede que sea porque me he enamorado de ti. Que no digo que ahora lo esté. —Se pone nerviosa y la beso.

Soy un monstruo, y ella nunca debió tener la mala suerte de cruzarse en mi camino.

La obra empieza y Renata la vive con intensidad. Es todo luz, ilusión y sueños por cumplir. Apenas está saliendo de su burbuja. ¿De verdad iba a destrozarla, solo por una venganza?

Sí, joder. Lo iba a hacer.

Renata llora con el final; cuando la niña despierta y en realidad todo ha sido un sueño.

Nos quedamos quietos. No puedo moverme. Siento el corazón pesado y no paro de gritar que ella es mía, a pesar de todo.

Vamos hasta mi coche y, al llegar a mi garaje, Renata insiste en ir al ascensor que lleva directo al cuarto sexual.

Entramos y mira nerviosa el sitio. Al salir, sus nervios se acentúan.

—No puedo pedirte que renuncies a todo esto por mí, pero sí que entiendas por qué me costará llegar a este punto contigo.

Noto el dolor en sus ojos, y veo a Chiara. Antes de que diga nada, sé lo que va a salir de su boca, porque viví esto hace años, con alguien parecida a ella.

—Me violaron.

Noto cómo la vida se me va del cuerpo. Cómo me matan para rematarme, una y otra vez. La violaron y yo... Yo quería destruirla, sin importarme nada, sin pensar que tal vez ella no era más que otra víctima de Jeb.

Soy un egoísta. Soy un monstruo... Al final me parezco más a Jeb y a mi padre de lo que creía.

Capítulo 40

Wesly

—Yo tenía dieciocho años recién cumplidos y tenía un novio que era amigo de Jeb. Mi hermano insistió mucho en que saliera con él. Nunca le habían gustado los chicos con los que tonteaba y, de golpe, veía bien que lo hiciera con su amigo, a pesar de la diferencia de edad.

«¿Un amigo? ¿Quién fue? Pienso matarlo. Joder, pienso destruirlo».

—Sigue. —Mi voz suena más dura de lo que pretendía.

—Me invitaron a una fiesta en casa de mi hermano. Sus padres estaban de viaje. Fui, e insistieron en que bebiera. Llegó un momento en que no sabía lo que hacía. Entonces..., mi novio me invitó a ir a su habitación. Al llegar, me ató. Le dije que no quería, pero me dijo que era excitante. Yo no estaba bien. Estaba como en una nube. Cuando entró en mi cuerpo, lloré y le dije que parara. Pero me indicó que la cosa mejoraría. Grité que se detuviera, pero me dijo que lo mejor llegaba luego... —Se rompe a llorar—. Pero eso no fue lo peor. —Noto que el terror se agranda en su mirada—. Llevo años haciendo como que esa noche no pasó. Estaba tan drogada, que acabé en el hospital y, cuando dije lo que me había pasado, nadie me creyó, porque todos lo negaron. Todos dijeron que me había dormido en el sofá y que, si tuve sexo, fue con otra persona.

»Mi hermano juró que no pasó, y la gente siempre lo cree a él, porque, ante todos, es el niño bueno.

»Mi padre dijo que tal vez lo imaginé, pero que lo de dejar que me drogaran no estuvo bien. Según él, Jeb debió controlarme más. Piensa que estoy enfadada con mi hermano por dejarme beber, hasta el punto de acabar en el hospital. —La miro, sin dar crédito, porque es lo mismo que le pasó a Chiara. Todos la dieron por loca. Todos dijeron que era mentira—. Como nadie me creía, salvo mi madre, empecé a convencerme a mí misma de que nunca pasó, y me centré en los estudios.

—Esa era tu burbuja. —Para mi hermana son las flores y no hablar.

—Sí, pero, al venir aquí, me alejé de todo. Quise vivir algo más que pesadillas. Confío en ti, Wes, pero no sé si un día podré darte toda mi confianza en esto.

Voy hacia ella y la abrazo con fuerza. Quiero decirle la verdad de este cuarto, de por qué lo mandé hacer por ella, pero la sed de sangre, por lo que le pasó, me puede.

—Quiero un nombre. Eran amigos míos.

—Sí, pero tú no estabas esa noche.

—Esa noche no...

—¿Tú alguna vez?

—No.

Pero hay mucho más, detrás de ese no. Mucho, que no sé cómo contar; que no sé cómo asumir o cómo perdonarme.

Yo sí estaba cuando pasaban estas cosas, pero no lo sabía.

Joder, yo no sabía que abusaban de mujeres que drogaban, hasta que le pasó a mi hermana y a la de Luben. Nosotros las llevamos allí, porque creíamos que Jeb y sus amigos eran buenos... Luego, pasó el accidente, y solo me quedó la venganza.

Al fin y al cabo, un alma no muere por nada. Cuando lo hace, es porque vivir es más duro que dejarse llevar.

La miro perdido en ella. Perdido en el dolor que ha pasado y en el que iba a pasar por mi culpa. ¿Y si mi venganza la hubiera destruido? No me importaba. Estaba cegado por el odio. No soy mejor que Jeb.

—Dime quién fue —le pido, sabiendo que necesito centrar mi furia en una persona.

—Erasmus —me indica con un hilo de voz.

Asiento y me quedo rígido.

Solo podré seguir, si le hago pagar a él. Solo podré seguir, si centro mi atención en otra persona que no sea yo mismo.

—Te llevo a casa, que tengo algo que hacer.

—Claro.

La estoy haciendo daño, pero no sé cómo seguir con esto.

Vamos hasta su casa y, cuando va a salir, la beso.

—Odio que hayas sido parte de esto. —Esa es la verdad.

—No fue tu culpa, Wes. No fue mi culpa. Nada de lo que pasó lo fue, pero a veces duele mucho.

—Eres muy fuerte. —Acaricio su mejilla—. No dejes que nadie te destruya. Eso sería darle mucho poder a quien nunca te mereció. —
Sonríe con tristeza.

Lo triste es que siento que quien no la merece soy yo.

Cojo su cara entre mis manos, y la beso, temiendo que este sea la última vez. Temo que un día ansíe perderme en ella y solo encuentre el regusto amargo de un pasado que nunca volverá.

Me cuesta mucho alejarme de ella, como si tuviera un mal presentimiento.

Al final, lo hago, porque necesito hacer algo bueno por ella.

Voy al aeropuerto.

Erasmus tiene una cita conmigo y no lo sabe.

Capítulo 41

Renata

No sé nada de Wesley en toda la noche.

Al despertarme, estoy agotada por las pesadillas.

Lo peor es que, al contarle todo a Wesley, até cabos, que antes no había atado.

Wesley era amigo de mi hermano. ¿Y si él también participó en sus fiestas? Quiero pensar que no, y él me ha dicho que no. Quiero creer que él nunca usó las drogas para tener sexo con nadie, pero quiere un cuarto del terror... Del placer, me digo, porque no deseo esa posibilidad.

Me duele, porque siento por Wesley más de lo que debería. Estoy enamorada de ese hombre, aunque nunca quise dejar crecer mis mariposas.

«Un día me odiarás...», me lo dijo, y ahora la angustia me tiene en un sinvivir. Para colmo, estoy sola. Selena no está porque se ha ido de viaje de negocios.

Tocan a la puerta y abro, esperando que sea Wesley. Tenemos que hablar. Quiero que me jure que nunca violó a nadie. Que nunca miro a otro lado... Quiero...

Abro la puerta y el alma se me va a los pies.

Ante mí, está mi hermano y su mirada es enfurecida.

Entra en mi casa, mientras lo miro paralizada. No puedo moverme.

—¿Cómo has sido capaz de follarte a uno de mis antiguos amigos?! —Lo miro sin comprender y veo la imagen de Wesley y de mí, en la discoteca; donde me tocó con los dedos para que me corriera—. ¡No eres más que una zorra! —Sus palabras me duelen como bofetadas—. Que sepas que solo te contrataron para vengarse de mí. Wesley no te desea, pero te quería grabar follando con él, para hacerme daño. —Mi mente va a las cámaras, y a lo que hicimos jugando—. Para él, solo has sido esto: una venganza, porque saben lo mucho que te quiero. Por eso, me voy a quedar cerca. No voy a

dejar que nadie más te toque. Yo te protegeré. —Trata de tocarme, pero me voy hacia atrás.

Se marcha y me marcho para vomitar.

No, no puedo ser posible, pero lo triste es que sé que es real. Wesly solo se acercó a mí, cuando supo de quién era hermana.

Llamo a Wesly, pero lo tiene apagado.

Dejo un mensaje en el contestador:

—Te odio mucho. Solo me has usado para vengarte de mi hermano. No sé por qué, pero yo nunca hice nada malo a nadie. Solo era una víctima, y lo sabías. Ayer te lo conté y tú... Te ha dado igual. ¡Has sabido que estaba destrozada y has ido a él de todos modos! ¡Eres despreciable! Siempre supe que eras egoísta, pero ahora sé cuánto. Nunca debí cruzarme en tu camino, porque eres como él. Por eso erais amigos. ¡Eres un monstruo! Yo empezaba a quererte... A querer a alguien que nunca ha existido. ¿Verdad? Si te hubiera importado un poco, nunca me habrías traicionado. No, cuando te acababa de contar lo de mi violación. Podía entender tus motivos, para querer vengarte de Jeb, pero no que, a pesar de todo lo vivido, se lo contaras justo ahora. ¡Eres un puto monstruo, Wesly Saunders!

Me ahogo con los sollozos y le cuelgo.

Selena me llama para ver cómo estoy, y no soy capaz de hablar.

Manda a Eneas para que esté conmigo.

Sé que teme que haga una tontería; algo que ya intenté, cuando eres consciente de que has sido violada y nadie te cree, o le restan importancia. Es como si ese desgraciado no te hubiera roto el alma con cada embestida, mientras rogabas que parara.

Lo intenté, pero no pude, porque vivir era más tentador que la muerte.

A pesar de eso, Eneas no se separa de mi lado, porque llevo años haciendo como que esa noche no pasó, por miedo a volver a ese momento, donde me pregunté por un segundo si merecía la pena vivir.

Cuando llega mi amiga, lloramos juntas como hace años. Cuando nadie, salvo ella y mi madre, me creía. Cuando nadie entendía mi dolor.

—Pienso matarlo...

—Él ya está muerto. Solo alguien sin alma es capaz de ser tan cruel; de hacer todo esto justo ahora...

Es triste, pero cierto. Aunque eso no hace que duela menos.

Me siento morir. Es como si la historia se repitiera.

¿Acaso no tengo derecho a ser feliz? Tal vez, no.

Lo triste es que la otra vez no fue mi culpa, pero esta sí, porque habría seguido a Wesly al fin del mundo, y, sin quererlo, le entregué en bandeja la venganza perfecta.

Lo peor es que, cuando nos despedimos, creí ver en sus ojos lo mucho que le costaba dejarme ir. Era como si temiera esto, o como si supiera lo que iba a hacer.

Yo creía que le importaba, sin saber que era una despedida, porque iba a destruirme para vengarse de Jeb.

Siempre supe que debí salir corriendo la primera vez que me ofreció la oportunidad de huir, pero no lo hice, porque la tentación de conquistar a mi primer amor era más grande que la de alejarme de él.

El deseo me nubló la mente, mientras el amor se abría paso de nuevo por mi pecho, hasta latir con tanta fuerza, que ahora me mata todo lo que siento por él.

Elegí vivir, pero siento que a veces mi vida pesa demasiado.

Wesly

Al final, doy una paliza a Erasmo y jura que confesará todo, a cambio de no destruir las empresas de su familia. Su hermana podrá quedarse con todo y él, bueno, me la suda si acaba en la cárcel.

Lo peor, es que pelearme con él no me ha calmado y saber sus trapos sucios, gracias a mi detective, tampoco. No me ha costado mucho dar con todo. En lo que tardé en viajar, mi detective tenía una lista de todos sus delitos fiscales.

Miro el móvil apagado.

Mierda, no lo puse a cargar.

Subo al avión de vuelta. Tengo que llegar a Renata, y ver la forma de poder estar juntos.

El pasado ya nos ha hecho demasiado daño. Lo peor es que la

culpa me está matando.

Tengo varios mensajes y escucho primero el de Renata.

El mundo se detiene. No, no puede ser. No puede ser...

«¡Eres un monstruo!».

Esa palabra se repite en mi mente, tras escuchar su mensaje.

Renata estaba destrozada y esto solo lo ha empeorado todo.

Sus palabras se repiten, pero sobre todo la de monstruo. En el fondo, siempre he temido serlo, porque lo llevo en la sangre... Hice de todo para llegar aquí, para ser mejor que Jeb, para destruirle, hasta acercarme a ella, solo para hacerle daño. Solo la quería usar y, hasta hace poco, no tenía claro si podría o no seguir adelante.

¿En qué me convierte eso? En un monstruo. En un ser despreciable.

Toco mi costado, el que tanto odio. Incluso con lo que nos hizo, no dejé de ver a Jeb como si fuera el mejor, porque su poder me tenía cegado. Creía que, a su lado, nada malo podría pasarme. Quería ser algo más que el hijo de un delincuente y, a su lado, creí que podría comerme el mundo, porque nadie volvería a hacerme daño.

Yo he destrozado a Renata. La he destruido. Todo esto es por mi culpa.

Pulso el mensaje de voz de Luben:

—Jeb es quien está detrás de las empresas. Va por nosotros, pero le he dado a matar. Le he enseñado todo. No va a destruirnos de nuevo. Esto es la guerra. Ha rabiado al verte con su hermana. ¡Que se joda!

¿Qué he hecho? Sobrevivir... Algo raro, viniendo de un muerto. Tal vez, habría sido mejor que esa noche acabara muerto, y que no me empeñara en vivir, porque en el fondo sabía que nada sería lo mismo. Yo nunca volvería a ser igual.

El Wesley de hace años, murió, y solo dejó aquí a este monstruo, que ha jugado con el corazón inocente de una mujer, que su único pecado fue acercarse a mí... y quererme.

Ahora toca dejarla ir... ¿Podré? Mi alma sigue gritando que ella es mía.

Toca librar una guerra. Una muy grande.

La historia sigue en...
Diseño Liberador